

Eclosión

Antología de cuentos



Editorial

Antología de cuentos

Eclosión

Eclosión

@ Editorial Y, los autores

EDICIÓN Y COORDINACIÓN Sebastian Ocampos

CORRECCIÓN DE ESTILO Maybell Lebron

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN Alexandra Pose

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTAS José Galeano

FOTOGRAFÍA DE MANIQUÍES Andrea Gamarra

EDITORIAL Y

bene.edicion@gmail.com

ASUNCIÓN, PARAGUAY

Eclosión. 1ª edición. Asunción. Editorial Y. 2016.

160 páginas; 15 x 21 cm.

ISBN: 978-99967-0-180-1

1. Cuentos. 2. Literatura paraguaya. 3. Literatura latinoamericana.

ISBN: 978-99967-0-180-1

Queda hecho el depósito que establece la Ley N° 1328/98.

Eclosión

ANTOLOGÍA
DE CUENTOS

Asunción, 2016

Índice

| | | |
|--------------------------------|-----|--------------------------|
| INTRODUCCIÓN | 9 | Sebastian Ocampos |
| <i>Aurora</i> | 17 | Zunilda Acosta Fernández |
| <i>Planes robados</i> | 21 | Arturo Aguilera |
| <i>Best Seller</i> | 27 | Adan Amarilla |
| <i>Cosecha</i> | 33 | Hernán Aquino |
| <i>El héroe de Arasa Valle</i> | 35 | Alicia Aranda |
| <i>La novia de mi viejo</i> | 39 | César Barreto |
| <i>La señora florentina</i> | 45 | Inés Bazzano |
| <i>Incandescentes</i> | 49 | María Luz Benítez |
| <i>Amor muerto</i> | 55 | José Biancotti |
| <i>El cristal roto</i> | 59 | Patricia Cabañas Giménez |
| <i>Benzodiazepina</i> | 63 | Lilian Córdoba |
| <i>La chica y el disfraz</i> | 67 | Rubén Cuevas |
| <i>La adúltera y el poeta</i> | 71 | Erasmus Martín Fonseca |
| <i>Q. E. P. D.</i> | 79 | José Galeano Sosa |
| <i>Volver a casa</i> | 83 | María Rosa Gil |
| <i>En el ascensor</i> | 89 | Pamela González Cañete |
| <i>La función de cine</i> | 93 | Oscar González Villalba |
| <i>Atascado</i> | 97 | Eliana González Ugarte |
| <i>Conjuro</i> | 103 | Esteban Hermosa |
| <i>Yo el funcionario</i> | 109 | Giovanni Lobatti |
| <i>El desencuentro</i> | 111 | Ricardo Loup |
| <i>El hijo</i> | 119 | Adriana Marecos Gamarra |
| <i>Testimonio</i> | 123 | Juan Monges Pacce |
| <i>El último disparo</i> | 127 | Fernando Pereira |
| <i>La sombra de la duda</i> | 129 | Alexandra Pose |
| <i>Bruma</i> | 135 | Jazmín Sánchez |
| <i>La última cena</i> | 139 | Giuliano Sardi |
| <i>Rutina</i> | 141 | Tania Sosa Caniza |
| <i>El artista</i> | 143 | Juan de Dios Valdez |
| <i>Juego de niños</i> | 147 | Paulina Velázquez |
| <i>Los libros dedicados</i> | 149 | Sebastian Ocampos |

Introducción

Enseñar para aprender

SEBASTIAN OCAMPOS

Experiencia

En 2009, me propusieron que fuera el responsable de la materia de redacción en la Escuela de Periodismo de Cootrapar Ltda. Mi experiencia en el área se basaba en enseñanzas informales a quienes lo necesitaran, en general a amigos que posiblemente no tenían otra opción. Es decir, nunca había estado frente a un grupo de alumnos como profesor, título que hasta ahora pido el favor de que no me adjudiquen (no lo soy, no lo merezco). Acepté el reto y durante un par de meses hablé de redacción periodística como si fuera un género literario a un grupo muy diverso de personas, en el que se hallaban niños de doce años y adultos mayores de seis décadas, en medio de muchos jóvenes ávidos de todo el conocimiento y todas las herramientas de investigación que pudiéramos ponerles en las manos.

A finales del mismo año, como le había tomado el gusto al acto de enseñar para aprender, acepté otros cursos y organicé un taller de redacción en la empresa cultural Statio. El resultado fue bueno para la empresa —los ingresos ayudaron a su difícil sostenimiento financiero— y mejor para mí, pues acumulé bastante experiencia y me vi exigido por algunos de los participantes a profundizar en el castellano, en su historia, evolución e involución, en sus reglas y las formas de violarlas, en su riqueza lingüística inabarcable. Desde entonces dirigí más de una docena de talleres en distintos espacios relacionados al arte y la cultura. En ellos, hasta el momento, han participado más de doscientas cincuenta personas, de las cuales varias continuaron su deformación literaria en el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES).

Formación

A mi deformación autodidacta de autor adolescente de cientos de poemáticos y lector compulsivo a partir de los 18 años, tuve la suerte de sumarle dos actividades esenciales en mi oficio literario, iniciadas en 2003.

Primero: con un par de jóvenes muy jóvenes fundamos el Salón de Lectura, dirigido por Maybell Lebron, actual Premio Nacional de Literatura. En ese taller, al que asistí cada sábado hasta diciembre de 2008, aprendimos a leer, analizar y criticar poemas, cuentos y novelas de los autores clásicos y contemporáneos de gran reconocimiento internacional y de los noveles, entre quienes nos encontrábamos, siempre cautelosos al compartir las primeras creaciones. Maybell puso a disposición nuestra sus conocimientos y biblioteca (importantísima para quienes no la teníamos), y nos enseñó el valor primordial de la honestidad literaria, de opinar lo que en verdad pensábamos de la obra del otro sin que eso fuera una opinión sobre las personas detrás de los escritos, sin la malicia característica de muchos autores y críticos. Unos aguantamos estoicamente la generosa severidad del grupo, otros no pudieron contener las lágrimas y algunos decidieron retomar el camino individual o buscar talleres distintos, en los que la propuesta fuera más bien superar la timidez animando a los participantes a presentar sus textos solo para compartirlos.

Segundo: en ese mismo periodo fui el editor y coordinador de la revista semisecreta *Acción Cooperativa*, llevada adelante por los maestros de la economía solidaria Enzo Di Tore Chartran (1926-2014) y Ricardo Franco Lanceta (1924-2013), apoyados por Margarita Prieto Yegros, Antonio Bonzi (1921-2012) y Sinforiano Rodríguez. Durante casi seis años, mes tras mes me tocó trabajar con el ingeniero Luis Mozart Fleytas, devenido en escritor y corrector de estilo. Él se tomaba el tiempo para explicarme todas las correcciones puntillosas señaladas con sus temibles bolígrafos o marcadores rojos. Era un corrector que vivía rodeado de diccionarios, enciclopedias y manuales de redacción y escritura, entre miles de otros libros. Ante cualquier duda recurría a uno de ellos con obsesiva meticulosidad —como lo hacen todos los escritores amigos—, hábito que obviamente terminé padeciendo con placer.

TES

En 2011, con unos participantes del taller de redacción nos propusimos fundar un taller literario. Lo formamos y mantuvimos un par de meses. Quizá lo único memorable de ese grupo fue la elección del nombre. En el primer encuentro recomendé Omnisciente y uno de los muchachos no pudo evitar la sonrisa y rápidamente dijo que no podíamos ser así de soberbios... Tras los votos a favor y en contra y unas sugerencias más, recordé la charla de Eduardo Galeano en el Teatro Municipal del miércoles 13 de agosto de 2008, cuando contó la anécdota del subtítulo del libro *Especiosos*. Confesó que la primera opción era *Una historia universal* y que cuando le increparon lo mismo que el muchacho me dijo a mí, Galeano solucionó el problema con un adverbio: *Una historia casi universal*. Entonces, reencarnando a Arquímedes, propuse con cierta euforia agregarle el prefijo semi a omnisciente, y por suerte todos quedamos contentos.

Dos años después, al liquidar Statio —el sueño cooperativo y cultural que duró cuarenta y cuatro meses—, decidí dedicarme exclusivamente a la literatura: por primera vez, todo lo que haría —incluso para que mis acreedores no me demandaran— debía estar relacionado al arte que «establece un vínculo entre el sujeto y la humanidad», arte al que desde hacía una década le dedicaba una buena parte de mi vida. Por lo tanto, refundé el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES) en el espacio Ciudad Vieja y un pequeño grupo de diez jóvenes se inscribió y participó semanalmente (cuatro de ellos forman parte de esta antología). A partir de 2014, gracias a la organización de la Revista Y y el apoyo del Centro Cultural de España Juan de Salazar, el TES pudo ser gratuito y mantuvo a un grupo de treinta participantes durante cada año.

¿Método?

Muchos de los grandes escritores que leemos aprendieron a escribir a solas, no en talleres de escritura, sobre todo teniendo en cuenta que la literatura fue el último arte en enseñarse y aprenderse en forma grupal. Los demás artistas, desde hace siglos, algunos ¡milenios!, han contado con un maestro

o una institución que los orientara en las primeras escaramuzas con la creación. Músicos, pintores, escultores, dramaturgos, danzarines, arquitectos, casi todos ellos primero fueron discípulos de un experto o recibieron los preceptos iniciáticos en una escuela o academia.

La enseñanza de la escritura literaria debió esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX. De Europa pasó a los Estados Unidos y de ahí a América Latina y el resto del mundo. A pesar de los detractores que todavía ponen en duda la relevancia de los talleres, la realidad nos demuestra desde hace décadas que muchos de los grandes escritores contemporáneos salieron de alguno de ellos. Solo en el Paraguay, varias de las escritoras que empezaron a publicar en los 80 asistieron al Taller Cuento Breve de Hugo Rodríguez-Alcalá (1917-2007). Y unas de ellas continuaron su formación en el taller de Carlos Villagra Marsal.

En el TES practicamos tres actividades básicas y pedagógicas no certificadas por ninguna institución: primero, comunicamos con el ejemplo placentero que el hábito de la lectura diaria es la base de todo escritor; segundo, compartimos los textos (ensayos, cartas, entrevistas, artículos, etc.) de los autores que analizan sus propias obras y las de sus escritores envidiados, respetados y admirados para que nos ayuden a comprender el humano y muchas veces idealizado proceso de la creación literaria; tercero, presentamos al grupo nuestras obras escritas en forma individual, solo las que valen la pena leer, analizar, criticar y pulir en grupo, pues le dedicamos bastante tiempo a cada una. Y de tanto en tanto recibimos la visita de un escritor para conversar sobre los temas literarios que se les ocurra hablar a los presentes. Entre 2013 y 2015 tuvimos la suerte y el gusto de charlar y beber con los connacionales Miguel Ángel Fernández, Javier Viveros, Arístides Ortiz, Julio Benegas y por supuesto Maybell Lebron. También con el salvadoreño Elmer Menjívar y el boliviano Rodrigo Urquiola Flores, quienes nos introdujeron a la literatura de sus países, que desconocíamos casi por completo.

Las tres actividades mencionadas se realizaron todas a la vez y en todos los lugares posibles: en los encuentros sabatinos —cuando nos veíamos las caras, sobrevivíamos a las ironías y los sarcasmos y terminábamos compartiendo la merienda colectiva—, en las tertulias semanales —cuando estábamos más interesados en embriagarnos suavemente y discutíamos sobre

cualquier tema—, en los viajes al interior y al exterior —cuando participábamos en foros y ferias del libro— y en los espacios virtuales (correo electrónico, Facebook, Telegram, Whatsapp), canales digitales sumamente importantes porque a través de ellos hicimos llegar gratuitamente todos los materiales al grupo.

En los tres años del TES, leímos y releímos a muchos de los considerados maestros internacionales de la escritura breve, desde los clásicos Edgar Allan Poe y Villiers de L'Isle Adam hasta los jóvenes finalistas y ganadores del Premio Gabriel García Márquez de Cuento Hispanoamericano; así como a los grandes cuentistas paraguayos, desde Rafael Barrett («en el Paraguay y al lado tuyo me hice al fin hombre», escribió a Panchita), José Antonio Villarejo, Gabriel Casaccia, Roa Bastos, Bareiro Saguier y Ana Iris Chávez hasta los nuevos ganadores de los concursos nacionales.

A la vez, para tener noción de qué es un cuento leímos los ensayos *Método de composición* de Poe, *Para escribir cuentos* de O'Connor, *Algunos aspectos del cuento* y *Del cuento breve y sus alrededores* de Cortázar, y *El relato* de Ramírez Santacruz; las notas y las cartas didácticas de Chéjov; los decálogos de Horacio Quiroga, Augusto Monterroso, Julio Ramón Ribeyro y Roberto Bolaño; la entrevista en la que Hemingway habla del principio del témpano; las experiencias como alumno de John Gardner y como cuentista de Raymond Carver; las historias de García Márquez en *Cómo se cuenta un cuento*; las tesis sobre el cuento de Ricardo Piglia; los preceptos y las entrevistas de Mempo Giardinelli en *Así se escribe un cuento*, entre otras disquisiciones que nos aclararon el panorama de las formas del género más antiguo de la literatura.

También leímos el bello prefacio de *Música para camaleones* de Capote y el imprescindible *El telón* de Kundera. El primero para conocer el proceso de aprendizaje de las técnicas narrativas del escritor estadounidense de ficción y no ficción, y el segundo para entender el tratamiento de los temas que sustentan toda la tradición literaria, para aprender a desgarrar el telón de la preinterpretación del mundo, en palabras del escritor francocheco.

Y como si fuera poco, vimos unas muestras de lo mejor de la cinematografía actual emitida como series de televisión. Visionamos unos capítulos de *Lost*, *Orange is the New Black*, *Masters of Sex*, *The Wire*, *Black Mirror* y sobre

todo *Mad Men*, con la que hicimos el ejercicio recomendado por Enrique Vila-Matas: analizamos sus capítulos estructurados como cuentos y concluimos que Matthew Weiner, su creador, es el mejor cuentista del presente siglo.

A la par que hacíamos todo eso, que aprendíamos a ver cómo construían sus historias los mejores escritores del mundo, los participantes escribían en sus casas, lugares de trabajo o donde pudieran, y en casi cada encuentro sabatino leímos uno o dos de sus cuentos. Muchos pusimos nuestra mejor voluntad para practicar la honestidad literaria, pues los elogios falsos usuales en el ambiente artístico solo provocan autores mediocres. La mayoría recibió de buena manera, a veces con agradecimiento efusivo, los comentarios, las sugerencias, las correcciones. Nadie se puso a llorar ni representó una escena telenovelesca ni murmuró o gritó amenazas de ningún tipo (solo llegaron a mí las bromas habituales de que tendría pesadillas con Murakami u otro ser similar de la industria de los *best seller*). La única reacción llamativa fue la de un muchacho que no pudo contener el sudor cuando vio por primera vez proyectado su relato y empezamos la lectura grupal.

Lo dicho no significa que el taller estuvo exento de situaciones poco felices, por llamarlas de alguna manera. Toda historia tiene sus vaivenes, más aún si como la del TES cuenta con muchos protagonistas y escenarios. En un encuentro en la Librería Asunción 2015 vivimos el único conflicto de voces elevadas en nuestra historia, que por suerte terminó sin heridos: una joven chilena se sintió ofendida en su «identidad femenina y araucana» cuando dije que Isabel Allende no merecía mucha lectura —no recuerdo las palabras exactas—. Se ofendió tanto que contraatacó con la afirmación de que «Roa Bastos era un pedo al aire». Ya habíamos diseccionado unas veces al supremo, ¡incluso corregido uno de sus cuentos!, pero semejantes palabras exacerbaban los ánimos de los demás y al final me vi obligado a hacer de árbitro y mandar a todos a sus esquinas. Lastimosamente, aunque le garanticé la inmunidad diplomática, la joven no volvió a unirse al grupo. Y el resto, que continuó sin sacralizar a ningún escritor, la echó de menos.

Eclosión

Una de las dagas sostenidas por los detractores de los talleres de escritura es la influencia de sus orientadores en los participantes. La influencia es inevitable, pero no absoluta, sobre todo si en los grupos se recomiendan entre sí a muchos autores y comparten, intercambian y obsequian libros, como lo hacemos en el TES. Las vidas y las lecturas diversas aportan una heterogeneidad necesaria en la formación general de cualquier persona, más aún en la de los artistas.

El recorrido literario de cada uno de los treinta narradores de la presente antología es único. Unos tuvieron los recursos para volverse lectores desde niños o adolescentes, otros debieron hacer su propio camino hacia la biblioteca personal. Varios tuvieron el privilegio de participar en otros talleres o de contar con la amistad de profesores o escritores que les encauzaran en sus primeros pasos con la escritura. A todos les une el hecho de haber compartido un periodo de sus existencias en el TES, espacio en el que adquirieron o revalidaron las herramientas para practicar el oficio de escribir en soledad, como todos los escritores de todos los tiempos.

El resultado de la labor resumida es *Eclosión*, primera publicación de la mayoría de los autores en formato de libro. Los lectores reconocerán rápidamente que las historias y la forma de narrarlas varían de cuento a cuento; que los contextos (el Paraguay y otros lugares del mundo) están desentrañados desde diferentes apreciaciones y cuestionamientos; que la riqueza lingüística no se limita a un idioma, en este caso el castellano; que algunos tienen intención poética y otros están en proceso de tenerla.

Ya les tocará a ustedes, estimados lectores, al llegar a la página final de esta antología, decirnos si el trabajo solidario que realizamos desde 2013 merece vuestra consideración.

A mí solo me queda agradecer a las personas que hicieron posible este lindo aporte editorial a la bibliografía paraguaya: a Maybell Lebron por la corrección de estilo, a Alexandra Pose por el diseño y la diagramación, a José Galeano por la ilustración de las cubiertas, a Andrea Gamarra por las fotografías de los maniqués y a todos los autores. ¡Gracias!

Aurora

Aurora yace en la cama, de espaldas a la puerta por la que entré sigilosamente. Su cabello gris, su extrema delgadez, no me dejan ver la mujer que fue alguna vez. Respira agitada. Por momentos parece que despierta y balbucea unas palabras inentendibles. Estiro una silla y me siento a contemplarla y escucharla. Voltea un poco y por fin puedo ver su rostro. ¿Qué fue de la mujer que conocí alguna vez? Ahora solo veo un cuerpo esquelético que respira con dificultad.

Ya nada es igual a su alrededor. Al lado de la cama, sobre una mesita veo unos libros de Roa Bastos y García Márquez llenos de polvo, un pequeño velador, unas tazas sucias que parecen haber estado bastante tiempo allí. La casa huele a vejez, y con una mezcla de perfume viejo y de pastillas para dormir que acostumbra tomar mi madre. ¿Por qué estoy aquí después de tantos años? No hay explicación. Pude no venir, pero al recibir su carta tomé el primer autobús que me deja a pocas cuadras de aquí. Viajé toda la noche. La ansiedad y la curiosidad no me permitieron descansar ni una hora. Al llegar al vecindario vi que la puerta de su casa estaba entreabierta. Tímidamente la golpeé y nadie respondió. Entonces me animé a entrar muy despacio, como lo hacía cuando era niña.

La época en que conocí a Aurora yo tenía siete u ocho años. Fue la mejor época de mi vida. La tía Ñeca vivía en la casa número 7. Yo pasaba todos los fines de semana en su casa. Es más, a veces me quedaba varias semanas seguidas porque mamá también debía trabajar los viernes, los sábados y los domingos, y no podía ir y venir para buscarme. El vecindario tenía un patio en el centro, rodeado por las diez casas con las puertas numeradas. Tenía un gran corredor lleno de majestuosos pilares cuyos pies estaban adornados de

flores de variados colores. Y cerca de la entrada había un gran pozo que ya en esa época no se usaba, alrededor del cual me gustaba correr.

La casa de Aurora era la número 2. Yo cruzaba todo el patio y el jardín para entrar en su sala llena de colores. Las ventanas abiertas dejaban entrar mucha luz. Todos los rincones tenían algo en particular, cuadros de diferentes pintores, jarrones, un gran mueble lleno de libros con dibujos que yo acostumbraba mirar. Ella vivía con Cori, una señora de más o menos su edad. Nunca supe si eran hermanas o amigas, ni siquiera supe si tenían algún parentesco. Cada una tenía su rutina en el día a día. Ambas se levantaban a las 5 de la mañana. Aurora preparaba unos mates. Desayunaban a las 6 en punto. Corina salía para su trabajo a las 7. Aurora se pasaba limpiando la casa, preparando comida y tortas, y le quedaba tiempo para leer y escribir. Cuando Corina regresaba puntualmente a las 15, se sentaban a hablar durante horas.

Una vez las escuché conversar sobre algo que les había ocurrido ese día: Corina se quejaba de lo mucho que tuvo que caminar para llegar, pues las calles estaban cerradas por los policías que registraban a todas las personas que pasaban por ahí, buscando a unos presos fugados de la cárcel de Takumbu. Los policías habían recibido la información de que los malhechores se escondían en los alrededores del vecindario. También escuché hablar sobre una caperucita roja encargada de arrestar gente. En mi mundo de fantasía no pude interpretar esa conversación, pero me sentía muy triste porque esos acontecimientos afectaban a esas señoras, les hacía perder el brillo de sus sonrisas durante bastante tiempo.

A pesar de todo, la casa de Aurora y Cori era la mejor para pasar un fin de semana. Me divertía mucho con sus historias. Los sábados se vestían con sus elegantes trajes, se perfumaban y maquillaban de manera extravagante, bebían *champagne* y escuchaban discos de tangos —iguales a los que papá escuchaba—, bailaban, se divertían... Y yo, a escondidas, bebía un poco de sus copas y veía sus hermosos sombreros con plumas de colores. Recuerdo cuando tomé uno de los sombreros para esconderlos en mi habitación. Cuando mi tía Ñeca se dio cuenta me tomó de las manos, y a estirones me exigió devolverlo y pedirles disculpas. Recuerdo que Aurora se agachó hasta ponerse a mi altura y con una voz dulce y una mirada cómplice me dijo: ¿Ol-

vidaste que ese era mi regalo? Y me guiñó un ojo. Nunca olvidaré ese gesto.

Todos los sábados participaba de sus fiestas privadas y casi siempre me quedaba dormida en la sala, viendo películas. Eran las únicas dueñas de un televisor en la vecindad. Eso era toda una atracción para mí. A menudo me quedaba dormida viendo películas y amanecía bien arropada en una habitación que reservaban exclusivamente para las visitas de sus sobrinas.

En uno de los inviernos mi tía enfermó de pulmonía y durante meses no pude ir al vecindario. Me aburrí mucho y ansié que se recuperase... Cuando mamá me dijo que podía regresar al vecindario, mi corazón latió precipitadamente: volvería al mágico lugar, a saborear el aroma a rosas de los perfumes, a recibir los regalos de Corina, a las lecturas de cuentos, a la música, sobre todo al televisor que era mi mayor diversión.

En cuanto estuve en la vecindad crucé el jardín de flores perfumadas, corrí alrededor del pozo, toqué los grandes pilares, golpeé la puerta de la casa número 2 que estaba entreabierta y la abrí despacito, como hoy. No encontré a nadie en la sala. Solo había un silencio aterrador. Fui a la habitación. Todo estaba impecablemente ordenado. Nada más que la luz de un velador iluminaba el lugar. Se sentía la tristeza en el aire. En un rincón vi a Aurora sentada frente a su escritorio, agachada, con un lápiz en las manos, tratando de escribir en un cuaderno viejo de tapa dura color marrón. Di unos pasos hacia ella y me escuchó. Se volvió, se secó unas lágrimas y caminó hacia mí. Nunca entendí que pasó esa noche. Aurora estaba sola.

Durante ese año y el año siguiente viví con mi tía Ñeca. La gente murmuraba a mi alrededor pero no recuerdo qué exactamente ocurrió con Corina. Luego, la tía Ñeca tuvo que mudarse de la vecindad. Lloré mucho ese día. Me aferré a los grandes pilares, me tiré sobre el pasto del jardín y me escondí detrás del pozo hasta que Aurora prometió escribirme todos los fines de semana e ir a visitarme. Solo eso logró calmarme un poco.

Debieron pasar 22 años para que volviera a saber de ella. Hoy recibí su carta, en la que me pide perdón por no cumplir con su palabra y cuenta los cambios que hubo en la vecindad, en el barrio y en el país, y finalmente me pide que la visite en la misma vecindad para entregarme su tesoro más preciado. La carta tenía fecha de seis meses atrás.

Y aquí estoy, frente a una mujer distinta a la que conocí, en un lugar que

geográficamente es el mismo pero que no huele ni se siente igual. Me acerco a la cama. Ella siente mis pasos y, con una voz apenas perceptible, dice que me acerque más. Toma mi mano y me regala una tierna y esforzada sonrisa. Una enfermera ingresa precipitadamente en la habitación, se acerca y me dice que no debo hablarle mucho porque ella está convaleciente y su corazón no resistirá. Con movimientos muy lentos toma un cuaderno de tapa color marrón que está debajo de su almohada. Abre la primera página y leo «Cartas a un amor» escrito con letras grandes. La siguiente página está dedicada a su eterna amiga Corina. Intento mirar las demás páginas. Todas están escritas con su puño y letra. Ella no deja que lea el resto pero me entrega el libro. Lo aprieta contra mi pecho y unas lágrimas recorren sus mejillas. La enfermera me acompaña hasta la puerta. Ésta será su última noche, señorita, estamos esperando lo peor, gracias por venir. No puedo decir nada, las palabras se me traban. Me despido con nada más que una leve sonrisa. Estoy agitada de felicidad y tristeza a la vez. No sé a dónde ir, no sé qué pensar. Quisiera abrir el libro, pero aún no me siento lista.

Planes robados

Por el desnivel del piso sobre el que se posaba la maqueta, los asistentes forenses tuvieron que bordear el vestíbulo por completo para retirar los tres cadáveres. Una vez que el transporte partió, el oficial a cargo inspeccionó los documentos archivados en la recepción. En la bandeja encontró, junto con algunas facturas impagas, dos fichas de registro que habían sido llenadas la tarde anterior.

La noche llevaba media batalla ganada a la luz cuando el automóvil color plata aparcó frente al acceso principal del hotel. Sentada en la recepción, Antonia observó a los cuatro jóvenes descender en dos bloques: dos hombres vestidos con el exacerbado conjunto de pretenciosos ademanes capitalinos que le resultaba tan insoportable y dos mujeres que no conseguían ocultar un aire de campo y trabajo. Con el tiempo, había aprendido a diferenciar a primera vista a los extranjeros de los turistas nacionales, por el curioso escrutinio al que sometían los primeros a las pasionarias agrupadas junto a la fuente y por el afectado aire de superioridad que se esforzaban en exhibir los segundos.

El edificio del otrora exclusivo y acogedor hotel Los Manantiales conservaba aún el atractivo de una fachada imponente. Sin embargo, las molduras agrietadas, el granito sin pulir y el mobiliario gastado eran síntomas palpables de la decadencia que había tomado posesión del complejo.

—Bienvenidos —dijo Antonia, con una sonrisa mecánica. Vestida con pantalones azul marino y una remera amarilla, el contraste entre su aspecto y sus modales resultaba no menos que llamativo.

El hombre que conducía el automóvil y parecía liderar al grupo se acercó lentamente, mientras guardaba sus gafas oscuras en el bolsillo de la camisa.

El otro hombre permaneció con las mujeres revisando el modelo a escala del hotel que se exponía en el centro del vestíbulo.

—Hola, vamos a necesitar un par de habitaciones para esta noche —dijo el hombre, separando los labios apenas lo suficiente para hacerse entender.

—Encantada de recibirlos. Están de suerte, es temporada baja, así que contamos con habitaciones disponibles —informó Antonia. La verdad era que, a dos días de alcanzar el mes de julio, el clima invernal brindaba el escenario ideal para ese discurso de presentación que Antonia había asumido como verdadero. La temporada baja llevaba unos diez años—. Me permito sugerirles una *suite* con dos habitaciones dobles.

Aun después de despertar, Viviana continuaba con la cabeza posada contra la ventanilla del automóvil, mientras escuchaba la conversación. Intentó seguir durmiendo, pero el constante balanceo se lo impidió. Se lo impedía también la contenida discusión que se desarrollaba en el habitáculo.

—No seas idiota. Ni tu hermana ni vos van a conseguir todo lo que les ofrecemos. Además, lo único que necesitan hacer es asegurarse de dejarnos el camino libre a Robert y a mí —reprendió Facundo. Sin abrir los ojos, Viviana lo imaginaba con la mano izquierda sobre el volante y la derecha sobre su entrepierna, como lo había visto hacer en los dos últimos días en ruta—. Avisémoslos si no se van a animar y les llevo de nuevo a Asunción.

—Sabés que no tenemos un lugar al cual volver. No te enojés —escuchó a su hermana decir, entre melosa y molesta—. Tengo miedo, pero no te voy a fallar, no te vamos a fallar.

—Es por eso que te digo. Cuando esto pase, ustedes van a viajar con Robert y conmigo a Buenos Aires y, al volver, se van a quedar a vivir con nosotros, con dinerito además, ¿está bien? —preguntó Facundo, con esa fastidiosa forma de articular a medias, sin abrir del todo la boca.

Las piernas morenas de Viviana se veían aun más atractivas con la faldita azul que Robert le había comprado en la *boutique*. Un par de prendas nuevas habían conseguido no solo embellecerla, sino dotarla de una seguridad nueva y conveniente. Robert la observó ingresar en el hotel y la siguió sin dudar. Pensó en tomarle la mano, pero temía ponerla nerviosa y que la encargada notara algo sospechoso.

Viviana y Rebeca se acercaron a observar una réplica a escala del hotel y

Robert se colocó detrás de ellas, perdido en el reflejo que generaba el vidrio que cubría el edificio de cartón y madera, mientras Facundo los registraba.

Pensaba convencer a Facundo de dejar a Viviana con vida. La había observado con detenimiento desde que la encontraron fuera de la estación de buses y notó en la más joven una codicia de la que la hermana mayor carecía. Rebeca parecía dispuesta a seguir adelante por su hermana. Viviana dejaba ver en sus ojos el hambre de dejar atrás la miseria, probablemente la misma que las obligó a tomar el bus de la noche con rumbo a Asunción. Con dinero en el bolsillo, la ambición sería aliciente suficiente para que ella permaneciera con él.

La recepcionista que hacía las veces de encargada, moza y cocinera los había acompañado hasta la puerta, comentando al paso que el botones se había ausentado por enfermedad. Facundo y Robert conocían la verdad: no había botones, tampoco gobernanta ni mozos. Antonia y una anciana que se encargaba cada mañana de la limpieza del vestíbulo y de las tres habitaciones habilitadas era todo el personal con el que el hotel contaba. Antonia vivía en la antigua oficina de la gerencia, detrás de la recepción.

De vuelta a su lugar, inspeccionó las fichas de registro: Rebeca María Ortiz Ortiz, 25 años. Viviana María Ortiz Ortiz, 18 años. Alejandro Jesús Prado Aguilar, 32 años. Esteban Javier Moreira Schmidt, 22 años.

Habían pasado unos minutos después de las dos de la mañana pero la cantidad de autos que todavía circulaba sorprendió a Rebeca. Ella y su hermana estaban sentadas sobre sus pequeños bolsos negros frente a la terminal de buses.

—Si querés, podés recostarte contra esa casilla y dormir un poco. Recién cuando amanezca vamos a poder movernos de acá —dijo a su hermana y señaló un desvencijado conjunto de chapas metálicas y cadenas.

—No te preocupes, no tengo sueño, aunque me muero de hambre. Hubiéramos agarrado al menos su dinero antes de salir de la casa—reclamó Viviana.

—O sea, ahora se supone que yo tengo la culpa por no pensar en eso. Malagradecida de mierda, se te olvida que estaba más ocupada tapando tu cagada —espetó Rebeca, mirando en la dirección opuesta al lugar en el que se encontraba su hermana.

—No se te puede decir nada a vos. No te estoy reclamando —dijo, y la abrazó—. Yo sé que vos sos la única que siempre me cuidó y me cuida. Igual yo no hice nada, sabés bien que solo me defendí.

En ese preciso instante, una camioneta negra se detuvo frente a ellas. La ventanilla del acompañante bajó rápidamente y un sonriente joven se dirigió a ellas.

—Hola, ¿cómo están? No queremos molestar, pero si esperan algún autobús a esta hora, creo que ya no lo van a conseguir —indicó el hombre y sonrió gentilmente—. ¿Podemos acercarnos hasta algún lugar?

—No, gracias —respondió secamente Rebeca—. Estamos bien.

El conductor se inclinó hacia la ventanilla abierta y les concedió una sonrisa aún más amplia que la del copiloto.

—Les prometo que somos buenos tipos. Hagamos algo: tengo hambre y hay un lugar cerca en el que atienden toda la noche. Le invitamos a comer algo y si después de charlar todavía desconfían de nuestra caballerosidad, les traemos de vuelta aquí —propuso el hombre—. Ah, por cierto, yo soy Facundo y éste es mi primo Robert.

Rebeca sintió las uñas de Viviana clavarse en su muslo derecho y vio que sus ojos se hacían gigantes en la silenciosa súplica. Respiró profundo y dijo:

—Dale, Facundo. Gracias, aceptamos.

Dejaron los ligeros bolsos en la pequeña sala de la *suite* y se dispusieron a revisar las habitaciones. El piso de madera crujía a cada paso y las camas tenían el aspecto de ser más viejas que cualquiera de los huéspedes de turno. Facundo escondió el revólver que llevaba consigo detrás de la mesita de noche de la habitación principal y convocó a todos alrededor de la mesa de mármol que ocupaba gran parte del balcón. El plan era sencillo: Facundo y Robert irían en dirección al supermercado ubicado a un par de manzanas, momento en el que Viviana pediría auxilio a Antonia a causa del súbito desmayo de Rebeca. Con la recepción vacía, Facundo y Robert ingresarían sigilosamente en el vestíbulo, retirarían con cuidado la pesada protección y vaciarían el contenido de la maqueta hueca en las bolsas de supermercado que llevarían consigo. Colocada la maqueta y la protección de vidrio en su lugar, se retirarían para esperar el momento oportuno para reingresar. Debía hacerse todo en esa misma noche, de forma limpia y sin que nadie

notase nada.

Rebeca despertó junto a su hermana en la amplia cama del departamento de Facundo. Apenas hacía unas horas esperaba la aurora para decidir el camino a tomar, pero en ese momento se encontraba al amparo de los que, a sus ojos, no podían ser sino ángeles que respondieron a sus plegarias.

Sabía que todo eso no era gratuito. Los hombres, ángeles o no, buscarían su recompensa. Y si bien se habían comportado como caballeros la noche anterior, estaba segura de que tenía solo dos opciones: comportarse dignamente, agradecer la mano que le fue extendida y buscar con su hermana alguna ocupación que les permitiese sobrevivir la semana o dejarse consentir por esos dos hombres que parecían dispuestos a tratarlas como reinas.

—La dignidad me dejó en la calle, con mi hermana bajo el ala —se dijo—. A ver hasta dónde llega esto.

Más tarde, durante la merienda, Facundo se abrió con ellas. Les contó que la familia de ambos disfrutó de un muy buen pasar económico en el pasado, fue la dueña de estancias y un par de hoteles, pero que las malas decisiones de su abuelo habían dilapidado rápidamente lo que a sus bisabuelos les había tomado décadas construir. Su abuela había conseguido, muchos años atrás, salvar de la prodigalidad de su marido las joyas heredadas de su madre, escondiéndolas, pero nunca le reveló a él o a nadie más el destino de los diamantes y rubíes que alguna vez fueron su orgullo.

—La abuela falleció sin revelar su secreto, pero hace unas semanas Robert encontró por accidente un diario que mi abuela mantenía y que indica el lugar exacto en el que se encuentra su tesoro. No tienen idea de cuánto nos ayudarían esas joyas a nosotros y a la familia, pero no podemos simplemente aparecer en el lugar en el que están y reclamarlas. No tenemos forma de probar de forma fehaciente que pertenecían a mi abuela.

—Entonces, ¿qué van a hacer? —inquirió Viviana y los ojos le brillaban de emoción.

—Nada —respondió Robert, con una resignación que hasta él podía escuchar como fingida—. Es decir, a la única persona a la que le comenté esto fue a Facundo y ahora a ustedes. Él y yo podríamos intentar recuperarlas, pero no podríamos hacerlo solos. Ahora, si tuviéramos ayuda sería otra la situación.

—¿Y si les ayudamos nosotras? —se adelantó Viviana—. Es decir, finalmente son de tu familia, no estaríamos haciendo nada malo.

—Che, ¿qué pensás de Viviana? —preguntó Robert, mientras se colocaban a un lado del hotel—. Paremos acá, la distancia es suficiente.

—Es una campesina, pero tiene buenas piernas —respondió Facundo, sin separar la mirada de la ventana en la que divisaba a las chicas—. Ya me di cuenta que te gusta. Quitate eso de la cabeza.

—Pero me parece que podría pulirse —dijo Robert.

—De pelotudo te recibís en esta. ¿No te das cuenta que solo si desaparecen las dos desaparece el rastro? ¿O pensás que si la dejábamos viva a abuela no iba a terminar contando a todos donde están las joyas? La gente que está viva, habla —sentenció Facundo, articulando correctamente la última frase—. Ahí nos hace la seña Viviana, ¡vamos!

El joyero revisó el anillo con detenimiento. Giró un par de veces la roca bajo la lupa y luego volvió al mostrador.

—Es de muy buena calidad, el diamante está cortado de forma casi perfecta. ¿Cuánto quieren por él? —preguntó el hombre, con un marcado acento porteño.

—Es un recuerdo familiar, pertenecía a nuestra abuela, allá en Paraguay. Nos duele separarnos de él, pero necesitamos el dinero. Díganos usted el valor y nosotras le confirmamos si podemos aceptar la oferta —indicó Viviana, mientras cruzaba las piernas y alisaba la faldita azul.

Best Seller

Si usted me viera, amable lector, diría con toda seguridad que soy un ganador —un *winner*, me diría un amigo—, montado como estoy en este incontestable descapotable del año, dos puertas, de resplandeciente negro como algunos de mis recuerdos. Y es que voy, por si fuera poco, oculto detrás de unos refinados anteojos oscuros, empilchado con un informal traje de diseñador, oliendo a esencia del mejor perfume que se confunde con mi tabaco de finísima elaboración. Luzco una sonrisa congelada, aburrida de tanto haberla practicado y escenificado. Hace mucho que no sonrío genuinamente. Pero, ¡qué más da! Sigo avanzando, campeón mundial, por esta límpida avenida, lisa, donde mi regio convertible se hace fina daga. Sí, es muy posible que usted diga: «¡Tiene al mundo en sus manos!» con mis más de treinta y cinco millones de libros vendidos a nivel mundial, y traducidos a siete idiomas. Puede también afirmar que he borrado de la consideración general al mejor y más reconocido escritor de esta tierra, y en consecuencia, el cielo es mi límite.

Por último, diré que he dejado atrás la sombra implacable de mi amigo, eximio escritor e incorruptible editor Sebastian. Pero, supongo, usted no conoce esa historia de mi pasado. Me dispongo a relatarla; así podrá sacar sus propias conclusiones. Considere que mi cuenta bancaria crece de manera exponencial a cada paso, a cada sonrisa dura, a cada autógrafo estampado.

Llego a la cafetería ubicada a cuatro cuadras de su casa. Sebastian, siempre calculador, me citó ahí para evitar esfuerzos mayores. Mientras estaciono, diviso su biciclo y no puedo evitar sonreír por los tiempos en los que fuimos dos simples hombres y peleábamos —él, mejor pertrechado; yo, apenas soldado raso— la batalla por dignificar el oficio, dedicándonos de

pleno a ser escritores.

Cuando la puerta de acceso se cierra a mis espaldas y el aroma a buen café me gana por completo, veo a este hombre a quien los años le estaban pasando factura en la piel, en la intensidad de la mirada... y en la sonrisa. Claro, Sebastian en sus años de solidez anímica no andaba por ahí regalando sonrisas; sin embargo, apenas accedí a esta rústica y afable cafetería me recibió con su sonrisa genuinamente bonachona. Habitual en él, pero, hasta donde sabía, poco utilizada.

Algunas cosas debieron de haber pasado en el camino durante estos años que separan esos buenos momentos en los que compartimos algunos proyectos editoriales y, especialmente, los días del taller de escritura que él dirigía con relativo éxito, y yo ostentaba el curioso récord de ser el participante que cargaba sobre sí la mayor cantidad de tiempo de risas y burlas de parte de los demás, y por supuesto del mismísimo Sebastian.

«Algunas de tus malas costumbres no han quedado atrás con el paso del tiempo, por ejemplo, tu impuntualidad». Por lo que estoy comprobando, Sebastian sigue ensayando diversas formas de decir «¡Hola!» En todas sus fórmulas, el componente primordial es la ácida y directa crítica lanzada como estilete dirigido a la zona más vulnerable de su interlocutor circunstancial. En esta ocasión, no tengo forma de esquivar el dardo y vi su cara de ganador invicto de la partida que en tantas ocasiones me dejó mal parado frente a los más diversos espectadores.

Porque si algo tenía —y tiene— este amigo es su carácter implacable. No le he visto jamás declinar el verbo ante una transacción que pusiera como moneda de cambio su propia postura.

¿Que cómo empezó todo? Pues, lo conocí el día que iniciamos el taller, hace diez años. Desde la primera vez que intercambiamos oraciones a manera de diálogo se mostró intransigente.

—Tu sintaxis como tu gusto están muy lejos de mejorar —me había dicho a propósito de la conversación en la que indagó acerca de mi gusto por la música.

Desde entonces, todo fue corrección tras corrección tras etimologías varias, tras sinopsis, tras sesudos análisis. Las conversaciones en el taller, en el café —como ésta que empieza—, en un bar sin importar con cuántas

botellas nos cargábamos siempre, eran sobre tantos temas a la vez que en no pocas ocasiones perdíamos el hilo conductor de lo que estábamos hablando al principio.

—¿Dónde estábamos? —decía a menudo tratando de recuperar el hilo de la charla.

Con el tiempo pude curtir mi piel. Como no puedo —y a estas alturas de mi vida probablemente ya no quiera— corregir algunos aspectos de mi personalidad, mi presencia y mis actividades, éstas eran el flanco de las burlas orquestadas dentro de la mente calculadora del amigo.

Pero eran mis escritos su blanco preferido. Desde que los recibía con esa sonrisa anticipatoria y peculiar, y se disponía a compartir con los demás miembros del taller algo de mi creación, se podía ver cuánto gozaba.

Quiso Alá que el día más concurrido del taller, Sebastian pintara para siempre mi semblante:

—Escribes como Paulo Coelho.

El bochorno fue irrevocable. Desde ese momento, todos los miembros se calzaron el antejo color rosa para medir cada una de mis palabras, cada una de mis oraciones, todos mis escritos. Intenté en vano rectificar el curso de la historia. Mis esfuerzos revelaban eso: carácter forzado.

—Aunque no lo creas, he leído tu último libro. Te estás quedando sin ideas muy pronto. ¿Qué será de ti en unos cinco años más? —El editor incorruptible no escatima franquezas ni delicadezas.

Sin embargo, no levanta la mirada que sigue fija y taciturna en la taza del café. En otra época me miraría con dignidad el tiempo suficiente mientras durara su juicio verbal.

Miro a un costado, su mochila gris, fiel compañera esperando con las cintas dispuestas a ser calzadas en esos hombros alguna vez más firmes. Adivino lo que guarda, solo pregunto para extender el diálogo:

—¿Libros de fútbol? ¿Cuentos eróticos? ¿La edición en homenaje al cine? —¡Qué maldito golpe bajo, el mío! Innecesario.

—Sigo con la quimera. El Paraguay es un desierto inconmensurable en el que persisto en montar una librería como negocio rentable.

Esta conversación es injusta. Pero es inevitable.

¿Cómo llegué hasta aquí? Digo, me he convertido en todo un *rockstar*

escribiendo libros. Los quilates de mi logro aumentan al pensar que en este país solo cinco tipos de personaje ganan tanto dinero como yo: los bancarios, los sojeros, los ganaderos, los políticos y los futbolistas. Ni el más grande de nuestros literatos ganó el diez por ciento de lo que yo he ganado en menos de cinco años.

¿Cómo llegué hasta aquí? Un día de agosto presenté un cuento para su corrección en el taller. Fui acribillado por la crítica y la burla. Mi escrito fue tan manoseado que hasta le encontraron la rima perfecta en unos párrafos para formar estribillos de reguetón. Habría que verlos, miserables, bailando al son de mis cinco párrafos. Literalmente, quería desaparecer de la cabeza de esas personas, pero todo era inevitable. Sebastian estaba gozando de sus habituales juegos como un titiritero.

Ese mismo día asumí la decisión más importante de mi vida: haría negocio con mi incorregible estilo de escritura.

Es así como llegué hasta acá. Soy el personaje más famoso de este tiempo, en estas tierras, pero no puedo evitar sentir vergüenza en este careo. Lo miro mientras agacha la cabeza, derrotado, y la verdad es: no quiero que levante la mirada para enfrentarme. Tengo pánico. Que siga así, aunque sepa de la injusticia de los designios vestales. No hay forma de que pueda reavivar esta conversación. Estoy asqueado.

De cuando un recuerdo presagió el destino se titula el cuento acribillado en el taller. Cuando la Penguin Random House supo de su existencia, del cuento digo, rápidamente puso a trabajar a sus resortes y en poco tiempo estábamos firmando un contrato de cientos de miles de dólares.

Firmé ese contrato a escondidas de Sebastian. Falté a la presentación de su proyecto literario más ambicioso: una revista de literatura.

¿Tiene idea, amable lector, de lo que significa publicar una revista literaria en el Paraguay? Sebastian Alonso Quijano, el ingenioso —¿ingenuo?— hidalgo de Asunción.

Bueno, esa tardenoche de diluvio en Asunción, yo estaba en Buenos Aires a punto de firmar mi exclusividad para ese gigante de la industria editorial mundial. Antes de empuñar la pluma, el alma de Sebastian se hizo presente con esta conversación de hace unos buenos años:

—Existe una diferencia irreconciliable entre el escritor de profesión y

el que escribe como una expresión de arte. El primero es el que firma un contrato con una editorial y se pone a escribir con un calendario pendiente sobre él como la espada de Damocles, y con los temas, los personajes, las historias ya digitadas en las reuniones de directorio en las que toman las decisiones los asesores de marketing y los abogados, ni un solo literato. El segundo es el escritor al modo de Roa Bastos, de Onetti, de Kundera.

Entendí el abismo entonces. Y ese día, mientras Sebastian hablaba casi con temor de su proyecto ante un escaso número de presentes en la Asunción hambrienta de literatura, también lo hacía en mi conciencia en la lejana Buenos Aires que me tenía bajando como un puñal la estilográfica para estampar mi complacencia con lo más mísero del mundo literario. Sería, desde entonces, un acaudalado hombre que se dedica a producir libros. El mundo de la literatura tiene estas contradicciones: quien escribe con delicado arte, muere en la pobreza; quien escribe como yo lo hago, vive como una estrella de cine. Sebastian brindó esa noche en la casa de un amigo: bebieron una docena de vinos y comieron bocaditos. Yo brindé en el restaurante del hotel cinco estrellas que me hospedaba. Todo a cuenta de la editorial.

Me cuesta sostener esta conversación de ahora.

—¿No te gusta verme después de tantos años? —Por si no fuera poco, me volví pretencioso. Sebastian no busca a personas como yo.

—Acudí a esta cita sabiendo de antemano que me volvería a casa decepcionado.

Creo que está siendo, como muy pocas veces en su vida, un tanto condescendiente. No solo se siente decepcionado. En todo caso, lo que me extraña es que le tiembla el pulso.

No, creo que no solo se siente decepcionado. Vino a tomar café conmigo solo para esperar su ejecución final. Y porque el verdugo precisamente soy yo. Un sueño del tamaño del que él se animó a creer por tanto tiempo solo podría ser derrumbado por una traición del tamaño que yo había pergeñado. Por eso, creo, estamos aquí. Por eso, creo, no se animó a mirarme casi.

La tarde en la que *De cuando un recuerdo presagió el destino* fue abatido por la crítica unánime del taller sentí una pesada piedra en la boca del estómago. Me tomó días recuperarme. Cuando miro a Sebastian recuerdo cómo disfrutó deshuesarme. Observo su cara en esta cafetería rogando que no

me devuelva la mirada porque tengo algo muy importante que decirle: esos cinco párrafos del cuento que me tuvo al borde del abismo serán interpretados por la famosa reguetonera Cindy Green en su nuevo álbum. En enero próximo inicia una gira mundial y estoy invitado a participar de la interpretación del tema *Esta noche quiero pensarte sin reproches*.

El contrato es bastante importante.

Y aún no sé cómo contárselo.

Cosecha

Nunca cerraba la puerta ni apagaba la lamparita mientras se dejaba bañar por la frescura de la ventana. El ropaje negro colgaba de una mano y con la otra emulaba a la luna sobre su vientre.

En las mañanas vestía la camisa de gaucho para calmar el dolor de extrañarlo como a nadie. Enrollaba la cabellera bajo el sombrero y descalza recorría el monte a sus anchas. Creía sentirlo a su lado... repitiendo, con más perfección, las caricias de la última noche juntos.

Al borde del río contemplaba los árboles, llenísimos de lucha, y solía quedarse dormida esperando un retorno a cuentagotas.

La tierra exhalaba mes a mes la abundancia de la tierra colorada que se transportaba en botes y surtía almacenes. Los prodigios multicolores llegaban hasta los contenedores para ser administrados como celosas leyendas. Orillando sus deseos remontaba la omnipotencia del ánima magna ante varias hectáreas alambradas de proyectos.

Había prometido dejarlo todo e irse cuando la última cosecha terminara, pero decidió disculparse mirando las aguas y aró la tierra con la fuerza de un mozuelo premiado con doble comida. Los trabajadores de la cosecha remaban el último tramo dividiendo en dos el silencio nocturno. Tambaleados por el peso del equipaje se despedían de las labores salpicadas de resolana. Debía volver a replantear el norte coronado de incertidumbres.

Encajonaba las frutas, viajaba unas horas y finalmente en un círculo de negociantes de la escasez dejaba el sudor terrenal para regresar con la billetera a tope. Acumulaba para esperanzarse: había juntado suficiente dinero para adicionarlo a las reservas sahumadas en la estancia.

Anhelaba, entre ocurrencias, una de esas casas rodantes sólo para fo-

calizar al ventanal en donde quiera que apareciera la redonda graciosa. Se resistía a bajar las cortinas, aunque se soltara un temporal.

Mientras la luz decreciente resguardaba su rostro, la sombra se empinaba como continuidad de la melena lustrosa. Confiada llegaba hasta el rosedal bordeado de piedras y lo hallaba anulado de cualquier candor primaveral. Agradecida dejaba caer la prenda oscura hallando la ilusión de poder ser madre mientras nada floreciera.

Sus paseos abrían caminos colmados de hojas más crujientes que ayer. El amor perdido se sostenía de uno que imaginaba latente en la cuna de sus entrañas. Los dolores se rasguñaban unos a otros y aún seguía parada en medio del otoño y de la vida misma.

Una chamana le había susurrado un manuscrito antiquísimo a cambio de hortalizas recién jaladas. Regresaba con los brazos adormecidos de tanto batir aguas, convencida de que no rebrotarían las rosas rojas decisoras de su existencia en dos palabras: dar vida.

Los besos polvoreados de arena, la voz demandante de siembras prometedoras, el vapor de la comida casera avasallado en la barba... El tiempo la embebía y no comprendía si se alargaban o disminuían los momentos.

Recordando susurros cargaba entre sus brazos a un ser diminuto. La claridad maternal la invadía de improvisaciones. Al pequeño le asustaba la tormenta, pero aun así protegía de la furia a los más frágiles. Si se lastimaba el cuerpo, resollaba mínimamente y recibía al sol en las grietas. No mezquinaba las frutas y solía moverse como brindando una oda al cosmos...

«Escucho al nido que guardas cuidadoso, hijo del mundo. Si sigues creciendo, tocarás la luna. Esa que hoy nos dieron casi llena para rebosarla juntos. Intentarán habitar tus copas, volarán unos, llegarán otros... pero a ninguno olvidarás. ¿Quieres otro abrazo?», le decía suavemente rodeándole toda la circunferencia frondosa con la misma camisa mañanera manchada de resina.

El héroe de Arasa Valle

Nadie sabe quién fue. Tampoco qué hizo para ser héroe. Pero él es el héroe de Arasa Valle, aunque su nombre solo se recuerda en el desteñido cartel ubicado en el portón de la escuela del mismo lugar donde nació.

Una noche, unos ladronzuelos forzaron el candado de la escuela. El acceso fue relativamente fácil. Cuando estuvieron a punto de llevarse las pocas cosas de valor, vieron que algo se movía en el patio. Ante los aterrizados ojos de los muchachos, la sombra fue tomando forma, transparente al principio, hasta dar la impresión de tener un cuerpo sólido. El aparecido vestía un antiguo uniforme militar y miraba severamente a los intrusos.

—¿Qué buscan aquí?

—¿Eh? ¿Nosotros? Esteee... ¡Mamááááá!

Al día siguiente, todo fue normal, a pesar de que la directora de la escuela había encontrado abierto el candado del portón. No falta nada, pensó, y olvidó el asunto.

Hacía ya un mes de mi llegada a Arasa Valle en busca de un lugar apropiado para mi plantación de guayabas. Vivía en la casita frente a la escuela. Cada día, al despertar, lo primero que veía era el cartel colocado en el portón: «Escuela Francisco Ortega». ¿Quién ha de haber sido de verdad?, pensaba mientras revolvía mi café... pues los vecinos lo consideraban el héroe de Arasa Valle, un valiente soldado que peleó en la guerra.

—¿Cuál guerra?

—Y no sé, la guerra...

—...

—Fue amigo del Mariscal López y peleó en la Guerra del Chaco...

—Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra...

—Y no sé, así me lo contaron...

Cada vecino con quien hablaba insistía en darme su versión de las proezas del héroe, pero los relatos eran tan dispares en tiempo y forma que su historia despertó mi curiosidad.

En un viaje a Asunción fui a una biblioteca y busqué datos sobre ese personaje. Me enteré de que el 14 de julio de 1868, el comandante en jefe de la guarnición de Humaitá envió a Francisco Ortega con un mensaje importante para el Mariscal. Cruzó el río en canoa, durante una oscura noche, hasta llegar al punto donde debía esquivar a tres centinelas brasileños. Estos vieron la sombra del hombre avanzando sin hacer ningún ruido. Gritaron y, al no recibir respuesta, los tres le dispararon. No hubo sonido, gemido, grito ni ruido del cuerpo al caer. De mañana, los centinelas vieron el cuerpo de un paraguayo hundido hasta la cintura en el agua. Al inspeccionar el cadáver —muerto por una bala que le atravesó el pecho—, vieron que una parte de la pierna había sido devorada por un yacaré y que tenía un sobre fuertemente apretado contra el pecho. «La circunstancia de no haber proferido el menor quejido ni producido el más tenue ruido, parece indicar que había conservado el más perfecto dominio sobre sus facultades sensitivas, luchando por el cumplimiento de su deber hasta la muerte», decía uno de los textos.

Volví al pueblo con la curiosidad saciada y con varias fotocopias de una biografía de Francisco Ortega. Esa tarde, cuando vi a los alumnos de la escuela jugando en mi acera, los llamé.

—¿Saben quién le dio nombre a su escuela?

—¡Sí, mi héroe!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—¡Porque peleó contra los vaqueros del Oeste!

—¡Diablos! Tomen, mejor lean esto...

Con el correr de los días fui olvidando ese asunto porque otra cuestión empezó a preocuparme. La maldita inseguridad que azotaba a nuestro país también se había instalado en Arasa Valle. Pero aquí había algo muy peculiar.

Mientras me daba un atracón de guayabas (con su correspondiente vaso de agua; no quería correr riesgos), recordaba lo que me había contado el

vecino de al lado. Cada vez que algún delincuente intentaba dar un golpe en el pueblo, invariablemente salía huyendo despavorido, pidiendo socorro, sin llevarse nada. Nadie sabía por qué. O no querían decirlo... Como recién llegado al pueblo, confieso que eso despertaba mi curiosidad, aunque tampoco me quitaba el sueño. Al principio.

Al igual que el gusanito que carcome la guayaba, una duda roía mi cabeza cada vez que escuchaba las historias acerca del supuesto «invisible defensor». ¿Fantasmas?... No, no puede ser, es una locura..., pensaba. Y de tanto pensar hasta se me ocurrió la loca idea de asaltar a alguien solo para ver qué asustaba a los maleantes. En fin...

Una noche, me puse a mirar por la ventana hacia la escuela. La calle estaba muy oscura. Una mujer pasaba por ahí. Repentinamente, de entre las sombras salió un ladronzuelo con un cuchillo. La mujer gritó. Y antes de que el bandido pudiera llevarse nada, abrió los ojos como platos, dejó caer el cuchillo y se alejó corriendo.

—¡Ma-ma-mááá!

Salí a ver qué pasaba pero no había nadie más en la calle.

—¿Qué pasó?

—No sé, no vi nada, solo que el tipo salió corriendo...

Esa noche no pude dormir... ¿Qué estaba pasando? Averigüé, pregunté... Y nada.

Una semana después, de noche, una tormenta se avecinaba. Me gustan las tormentas, los truenos, el olor a humedad, el ulular del viento... ¿Qué es eso? Una sombra salía de la escuela... ¿A esta hora? ¿Y en domingo?

La sombra llamó poderosamente mi atención, y casi sin quererlo caminé hacia ella. Cuando vi a ese hombre, envuelto en su gastado uniforme me quedé helado. Él levantó la cabeza y me miró. Confieso que en ese momento se me erizaron hasta las cejas. Él sonrió al ver mi expresión de susto.

—Aquí estaba mi casa... —dijo mirando hacia la escuela.

—Sos... —comencé... aunque la pregunta sobraba.

Él me miraba con picardía. Me armé de valor:

—¿Sos el que ahuyenta a los ladrones?

Respondió con la misma sonrisa pícaro que no se le borraba del rostro.

—¿Por qué lo haces?

—Bueno, cuando estábamos en guerra me asignaron una importante misión... que lastimosamente no pude cumplir. Por eso me quedé aquí. Necesitaba una misión. Además es muy divertido hacerlos huir —se echó a reír— y oír cómo llaman a sus mamás.

—¿Y si el robo se da a la luz del sol? Los fantasmas no aparecen de día...

—No es preciso dejarse ver para asustar —dijo mientras a mis espaldas me estiraba con fuerza de los brazos.

—Pero... ¿por qué no te ven las víctimas de los robos?

—Es mejor así. No comprenderían mi misión. Ellos creen cualquier cosa...

—¿Y por qué dejaste que yo te vea?

—Porque fuiste el único que se interesó en mi historia...

No supe qué decirle. Ni siquiera sabía si estaba soñando o me había vuelto loco. El espectro se esfumó en un instante, y antes de alejarme lo escuché por última vez:

—Realmente me da mucha risa verlos huir...

La novia de mi viejo

Sí, soy flor de imbécil. No existe un adjetivo que vaya mejor conmigo. Pasaron muchas cosas en mi vida e hice muchas estupideces... ¿Quién no hace estupideces durante su infancia? Pero esto rompió récords, lo juro. Bueno, tal vez no, pero para mí fue bastante loco.

El tema es así: mi mamá murió hace cinco años, de una enfermedad extraña. No recuerdo el nombre, lo importante es que terminó matándola después de haber sufrido algo así como una semana. ¡Una semana! Mierda, qué horrible. Casi no estuve con ella porque sufría al verla así... No quiero detenerme en los detalles, quizá no les interese. Como decía, ella murió y, obviamente, mi papá se deprimió terriblemente. No pudo soportarlo, en serio. No podía verlo, me daba mucha pena. Quería ayudarlo, pero no sabía cómo. Era desesperante. En cambio, creo que yo sí pude sobrellevar bastante bien toda la situación, no me deprimí ni nada, casi ni lloré. No sé si eso está mal, supongo que cada uno hace lo que puede en este tipo de situaciones. Yo salía con mis amigos, iba a clases, no bajé mi rendimiento en ese sentido. Cada vez que podía estaba con papá. Él me abrazaba y lloraba. Juro que llegué a deprimirme... Lo lamentaba tanto.

En fin, después de un tiempo logré superar todo el tema y volvió a ser... bueno, casi volvió a ser como era antes. Iba a trabajar, nos hacíamos compañía, veíamos películas, ese tipo de cosas. Era fantástico.

Ahora vamos a lo importante: hace algo así como un mes, llegó una mujer a casa y él me la presentó como su novia. ¡Qué carajo! ¡Tenía novia! Yo no lo pude creer, la noticia me chocó bastante. Intenté por todos los medios que no lo notaran, y creo que ella no lo notó, pero mi viejo sí. Se acercó a mí y me habló. Ya saben, ese tipo de boludeces del tipo «tengo que continuar

con mi vida». Yo no tenía problemas con eso, la noticia me chocó en el momento porque no sabía que estaba saliendo con alguien.

La novia. Sí, la novia. Supongo que ya se imaginan adónde va esto. Ella se llama Estefanía. Le gusta que la llamen Estefi. Yo quisiera llamarle «amor de mi vida», pero, claro, no puedo. Sería una estupidez. Ya se imaginan, es la novia de mi papá... Etcétera. Al pedo lo explico, es obvio. En fin, la novia. Juro por lo que sea que nunca antes había visto a una mujer así de atractiva. No tienen idea. ¡No la tienen! Y no puedo describirla. Primero, porque soy un desastre con las descripciones, y segundo, porque, aunque fuera Dostoievski, mi descripción no le haría justicia. Juro que no. ¡No tienen idea! Es pelirroja, de ojos azules (¿dónde mierda se encuentra a ese tipo de mujeres?) y tiene un cuerpo muy excitante. Sí, así es. Ahora comienzan las obscenidades. ¡Mierda, qué tetas! ¡Son enormes! Y esa cintura, cuando camina te hace enloquecer... Y no me hagan hablar de sus piernas, no tienen idea, no pueden ni siquiera imaginar lo que son esas piernas.

Enloquecí con esta mujer, es la pura verdad. La quería tener, quería tocarle todo. Es hermosa, impresionantemente hermosa. Yo le caía bien, por suerte. Y menos mal, porque nunca me había esforzado tanto por caerle bien a alguien. Necesitaba que pasara algo con ella, lo necesitaba, iba a morir si no pasaba algo. Aunque fuera un beso, algo. Seguro pensarán algo como «es la novia de tu papá, no se hacen esas cosas», pero no me importa. Busqué todo tipo de oportunidades, pensé todas las maneras, pero nada se me venía a la cabeza. Es difícil intentar tener algo con la novia de tu viejo. Qué puta, seguro más de uno está de acuerdo conmigo.

Así me encontraba, a punto de enloquecer, hasta que se presentó una oportunidad. Podía hacer algo. No lo pensé dos veces. La oportunidad se me presentó así: mi viejo tiene uno de esos teléfonos nuevos, con los que podés enviar imágenes y demás cosas, y yo no tengo nada. El viejo dice que soy muy joven para tener uno de esos aparatos. Muero por decirle que está equivocado, porque todos mis compañeros y amigos tienen uno. Pero al fin y al cabo no me interesa. Bueno, ese día, el viejo había vuelto más temprano del trabajo, le dolía la cabeza y se acostó un rato para dormir. Dejó el teléfono sobre la mesita que está en su cuarto. Lo vi ahí cuando me acerqué a ver si estaba bien y toda la idea me vino a la cabeza de golpe. Caminé lentamente

te, intentando no hacer ruido, y agarré el aparato. Él estaba profundamente dormido: roncaba como un condenado.

Fui a la sala y me senté en el sofá. Desbloqueé el teléfono (por suerte papá me había dicho la contraseña, por si necesitara llamar a alguien en caso de alguna emergencia). Mis manos temblaban por el nerviosismo. Ingresé al Whatsapp... Ella estaba primera, habían mensajeado por última vez hacía una hora y un poquito más. Mi idea era sextear, ya saben... El *sexting* o como mierda sea. Mensajear diciendo cosas como «chúpamela», «te quiero lamer las tetas», «te quiero coger», cochinadas como esas. Revisé rápidamente los mensajes que se enviaban y, por suerte, solían decirse ese tipo de cosas. No se imaginan lo caliente que me encontraba, no daba más y mis manos no dejaban de temblar. Mi pulso iba a estallar en cualquier instante, lo juro, no sé cómo aguanté. Ella estaba «en línea». Era el momento.

Escribí: «Hola preciosa, ¿cómo estás?»

Esperé unos segundos. La aplicación me indicó enseguida que ella había leído el mensaje y que estaba escribiendo. Llegó la respuesta: «Hola mi vida. Estoy bien. ¿Y vos?»

Esperé otro rato. Ella seguía escribiendo. Llegó otro mensaje: «¿Te pasó el dolor de cabeza?»

Respondí: «Sí preciosa, me pasó el dolor. Ahora estoy en mi cama, me acabo de despertar.»

Ella respondió: «Qué gusto :)»

Era el momento. Contuve la respiración y escribí: «Estoy caliente.»

Esperé. El aparato me indicaba que ya no estaba en línea. Comencé a putear, no tenía mucho tiempo. Cerré los ojos por el nerviosismo y cuando los abrí de vuelta pude ver que ella estaba escribiendo. Respondió: «Yo también, estaba pensando en vos un poco antes de que me escribieras, amor. Ahora estoy en mi cama desnuda, tocándome todo.»

¡Mierda! ¡No podía creerlo! ¡Era más de lo que esperaba! Obviamente yo no pude aguantar y comencé a tocarme también. No se imaginan lo difícil que es intentar escribir mientras te masturbás. Mierda. Respondí: «Me pones más caliente de lo que ya estoy. Quiero una foto.»

Ella: «Amor sabés que no me gusta eso.»

¡Putá! Respondí: «Por favor, para que pueda recuperarme más rápido.

Voy a ver la foto un rato y después la voy a eliminar, lo prometo.»

¿Había metido la pata? Qué imbécil, ellos hablarían después de estos mensajes, por más de que yo los eliminara. Ella lo mencionaría, sí o sí. Claro, eso no fue lo que pensé en el momento. Solo pensaba en ver sus enormes tetas. Por cierto, me había quitado el *jean* y la ropa interior y me estaba tocando como no tienen idea.

Escribí de vuelta: «Por favor, preciosa, solo una foto.»

Y entonces me envió la maldita foto, lo juro. No pude creerlo. Ahí estaban sus enormes tetas (no podía verle la cara, lo que no importaba). Eran enormes, no tienen idea, con unos pezones redondos, grandes, rosados. Yo estaba por explotar. Me masturbé con todo sin pensarlo dos veces. Fue salvaje. Y de pronto, para mi sorpresa, envió más fotos. Me quedé con la boca abierta... Su culo... Esas nalgas redondas, perfectas, era increíble. Su concha, afeitada. Estaba completamente mojada, se notaba perfectamente. Escribió: «¿Esto te hace sentir mejor?

Le respondí: «No tenés idea.»

Me estaba por matar masturbándome, era increíble. Pasaba de una foto a otra sin parar. Debía guardarlas, tenía que copiarlas a mi computadora, no iba a tener otra oportunidad. Pero antes decidí terminar.

Y en ese momento, no se imaginan... Yo no lo escuché venir. Así es, el viejo se había despertado y yo no lo escuché. Me encontró con dos dedos metidos en la concha. No tienen idea del desastre que se armó. Una pendeja de catorce años masturbándose con fotos de la novia de su padre. Yo me quedé ahí, congelada, sentada en el sofá, con los dedos dentro, con la bombacha tirada a un lado, y con su teléfono en mi mano. Le miré fijamente a los ojos. Mi corazón latía como la puta madre, era horrible. Él se acercó y yo bajé la mirada. Sentí cómo el teléfono se despegaba de mi mano. Pasaron dos segundos. Y luego recibí esa tremenda cachetada.

Bien, eso fue lo que pasó. Nunca en la puta vida había sentido tanta vergüenza, tanto miedo, tanta ansiedad, tanta... Bueno, de todo. Casi me muerdo. Ya pasaron unos cuantos días y mi papá todavía no me habla. Estefi hasta ahora no vino de vuelta a casa, y espero que no lo haga. No lo aguantaría. Ahora nomás quiero entrar en mi culo y desaparecer, imaginen si ella aparece. Tendría que meterme un tiro. Por lo menos tuve la satisfacción de poder

verla desnuda. Lo malo es que, obviamente, no pude descargar las imágenes a mi computadora, pero estoy segura de que el viejo las tiene guardadas en el celular. Por más de que lo prometa, uno no elimina ese tipo de fotos. Tendrías que ser flor de boludo. En fin, como dije, soy una completa imbécil. Pero, como solía decir mi abuela, son cosas que pasan.

La señora florentina

Estoy en una playa paradisíaca. Monterosso, abarrotada de gente extraña, representa perfectamente la paradoja de mi vida: una soledad de años en medio de una multitud.

Escucho un insistente saludo proveniente de una señora mayor que se encuentra a centímetros de distancia. De entrada le aclaro que no hablo italiano con la intención de volver a mis pensamientos lo más rápidamente posible, pero ella decide entablar una conversación. Mientras trato de entenderla, me pregunto por qué está interesada en hablar conmigo si a nuestro alrededor se encuentran otras personas, también solitarias y al parecer italianas.

Repaso mi historial. Durante la semana anterior había experimentado algo similar con dos personas mayores. La única diferencia es que esas personas sólo querían ser escuchadas; sin embargo —y esto me resulta muy extraño—, la señora que está frente a mí no sólo me cuenta un poco de su vida, sino que está muy interesada en saber algo de la mía.

Entre señas y una tosca mezcla de idiomas, tratamos de entendernos.

—No, no soy italiana, soy suramericana, de Paraguay.

—¿Uruguay?

—¡No!, Paraguay —respondo, agotada de tanta confusión que apenas está en sus inicios.

—*Vacanza?*

—Sí, estoy de vacaciones, *one month*.

—*Alone?*

—*Yes, alone.*

—*Sposato?* —dice y me muestra su anillo, y yo simplemente no puedo

creer que, aunque viaje más de diez mil kilómetros, esa pregunta me persiga con saña.

—¡Ah! No, no estoy casada —respondo tratando de no perder la calma.

—*Ragazzo? Boyfriend?*

—No, *no boyfriend.*

—*Perché? Why?*

Esa es una pregunta casi existencial que resuelvo zafar con una sonrisa.

—¿Cómo? *Bella ragazza...*

—Ah, ok, *thanks.*

—*Cuanti anni? You, 25 years old?*

—No. *30 anni.*

—*Lavora?* —ésta suele ser la pregunta salvadora, luego de descubrir con extrañeza y tristeza el fracaso de una vida por no tener un marido a esta edad.

—Sí. *I'm* a analista de sistemas —digo como una respuesta automática que en mi interior genera una nueva pregunta existencial: ¿soy analista de sistemas? Como si esto fuera poco, a continuación me pregunta de qué se trata, y yo no logro darle una respuesta. Digamos y dejemos en que se debe a una dificultad idiomática, pues sería demasiado para esta pobre señora escuchar, además, un fracaso profesional.

—*Andare a visitare Firenze?*

—¡Ah! ¿Que si quiero ir a visitarte a Florencia? *Yes, the next time I come, I will go.*

—*Ora! Right now!*

—¿Ahora? No, *I can't.*

—*Oh!* —expresa, nuevamente con un rostro decepcionado.

—*Facebook?*

—Sí, tengo Facebook.

—*Nome?*

—Te digo —respondo y le deletreo mi nombre para que pueda encontrarme. Lo anota en cursiva en un papelito que encuentra en la cartera. Recién en este momento me pregunto por qué respondo con tanta franqueza a una total desconocida a quien no volveré a ver en toda mi vida. Y me regaño a mí misma por no poder mentir, por no poder crear ese cuento perfecto de

esa vida perfecta que todos quieren escuchar y que sigo sin saber si es o no la vida que yo quiero para mí.

—*It's ok?* —me muestra su anotación.

—*Yes, va bene.*

Cuando me doy por vencida y dejo de preguntarme cuál es su intención, ¡suelta el dato que le da sentido a la conversación que parecía no tener fin!

—*I have a figlio. No girlfriend, no ring, 36 anni... Lavoro good. Your facebook dare him.*

Incandescentes

Se desearon durante meses en el espacio virtual, donde se frecuentaban todos los días y donde ya habían tenido sus primeras peleas por celos. Tras muchas vacilaciones, concretaron el encuentro. En un lugar que aún conservaba su apogeo natural, la fresca medianoche los unió en un abrazo retrasado. Con palabras dulces, escasas y casi innecesarias, caminaron de la mano directo a la habitación. Él le tomó el rostro entre sus manos, la contempló y olfateó como hacen los animales con su presa; ella se entregó a ese instante, y acariciándole el pelo le dijo que le encantaban sus escasas pero atractivas canas. Entretanto sus cuerpos se entrelazaban en besos. Cuando estaban tirados en la cama, ella le recordó su pedido de no tener sexo esa noche.

—¿Por qué no querés?

—No puedo.

—Pero... por qué... ¿Me lo podés decir? ¿Te duele la cabeza?

—Algo de eso... pero no vine a tener sexo —insistió esbozando una sonrisa nerviosa.

—Dejame que te haga el amor... te voy a cuidar —le susurró él.

Estaba sedienta de ese contacto y el aliento de él avivaba la libido. Cómo explicarle que su apetito era superior al promedio, sobre su temor de despertarlo en los brazos equivocados. Pero ya estaba incapacitada... Apenas pudo asentir con la cabeza mientras el deseo acumulado se le filtraba por los ojos rogándole que lo hiciera.

—¿Querés que apague la luz?

—A mí no me molesta...

Mansamente la bestia empezó a degustar su presa. La luz y el tiempo

fueron testigos de él al contemplarle su desnudez, como tantas veces la vio en su imaginación. Sus labios se besaban esquivos y juguetones, hasta que él logró sumirla en un beso profundo. Ella quedó desnuda hasta el último rincón, revelando su hermosura. Él probó mirarla con las manos, como si la luz no bastara para esa tarea. Era una tortura interminable ese recorrido manual: bajar de su cuello a sus tetas, llegar al vientre, sentir la tibieza de su piel, sus espasmos, escalofríos. Su deleite aumentó al bajar un poco más, porque sintió el lugar en donde nacen los vellos. Ella se erizó resguardando su sexo en un mecanismo automático de las piernas. Pero él descendió más y más... hasta lograr que le rogara... Gemía por roces y caricias: Poseeme, no pares, seguí, hazlo de una vez. Ella se acercó más a él, rodeó su pene con una mano, envolviéndolo, manipulándolo con ansias, y, por fin, lo dirigió donde hacía rato quería estar abriéndole las piernas. Su pene estaba tan duro, y el sexo de ella tan húmedo, que se magnetizaron enseguida. El deseo ya no dejaba tiempo para docilidades ni cuidados, exigía resolución y brutalidad: la gozó con fuerza, con las manos atrapando sus formas mientras las piernas de ella atenazaban el cuerpo de él. Solo su miembro permaneció activo descaradamente: entró lo más adentro y salió lo más afuera que pudo, volviendo a entrar fuerte y rápido. Hasta que al fin él descifró la incógnita que siempre tuvo: de los sonidos que ella hacía al amar, de cómo era su rostro al sentir el éxtasis, de cómo desfallecía tras un orgasmo poderosamente violento, inesperado. Él siguió haciéndole el amor, porque en sus sueños le había hecho de todas las formas posibles. Y ahora los inmortalizaba gestando una historia cargada de pasión.

Terminaron sosegados por la complacencia del reconocimiento corporal. Durante la conversación posterior, él le aclaró que aún estaba enamorado hasta sus íntimas entrañas de su anterior pareja. Ella, viéndolo en ese estado, le dijo que no deseaba una relación seria, pues también había tenido una muy complicada en el pasado inmediato. Él lo aceptó, pero era un guerrero y, como tal, su fuero solo permitía poseer lo que le estaba vedado. En el desarrollo de la relación, ella limitó la intromisión de él en su vida privada; sabía que al compartir absolutamente todo, empezarían las simpatías, el enamoramiento y la confusión. Las variables solo eran los días, los besos y el intercambio de goces de los mismos salvajes amándose todas las noches y

los fines de semana el día entero.

Ya habían pasado casi dos estaciones y solo las horas laborales los separaba durante el día, a veces ni eso. Los sinsabores empezaron cuando él revisó el celular de ella. En revancha, ella desapareció una semana. Luego del séptimo día, aunque la odiase, no dudó en escabullirse de siesta hasta su oficina. Ella le preguntó que hacía ahí: Estás loco, andate. Él no respondió; sabía que a esa hora estaba sola. Trabó la puerta, le dio vuelta como a una muñeca y, tomándola por la nuca, la llevó hasta la sala de reunión, donde le hizo apoyar el torso sobre el escritorio. Ella protestó... solo por obligación, porque cuando sintió su falda levantada, no dudó en deslizarse el fino encaje que traía puesto y lo sujetó sobre una de sus nalgas. Luego se agarró mejor de la mesa para gozar con las embestidas del semental. Los movimientos fueron duros. Ella levantó un poco sus prominencias para facilitar el ángulo y la profundidad. Él le jaló del cabello y la obligó a mirarlo, mientras que con la otra mano separaba el surco de los macizos glúteos. No dijo nada cuando terminó. Solo masculló un «para que te eduques», se ajustó el cinturón y se retiró.

Estos encuentros no conocían más límites que el dolor y el agotamiento. Su capacidad de complacerla, su ardor y las sucias palabras, la llevaban a la cúspide del volcán lúbrico. Ella pedía cosas en su arrebató de placer que él antes no había probado, y otras extravagancias que las demás le habían negado. Éstas se convirtieron en el sustento libidinoso que lo mantenía atado al cuerpo de ella.

No podían sostener una actividad cotidiana, como ver una película, sin interrumpirla varias veces, debilitados por la atracción que los desbordaba con el simple roce, provocando las llamas. Haciendo el amor se sabían contenidos y protegidos con absoluto misticismo en un solo acurruco. Quiero quedarme contigo, le dijo él, cuando ella fue a buscarlo en un arranque de celos porque le había apagado el celular de pura inercia. «Es el destino, te soñé hace años: me salvabas de un estado crítico», le confesó ella en otra ocasión mientras miraba una foto de él, tomada durante sus aventuras juveniles. Del te quiero pasaron al te amo sentido. A partir de entonces el amor los perdió en el umbral de la ceguera, y los celos descendieron hasta declives peligrosos. Él fue creando historias de la nada para justificar los más infun-

dados ataques: sospechas de configuración de redes sociales, cualquier gesto inoportuno, ninguneo, sexo con otro durante sus desencuentros... todo era producto de una imaginación primitiva que desembocaba torrentes de enojo. Existían pruebas para invalidar sus acusaciones, pero el simple temor de que ella tuviera la razón le imposibilitaba aceptarlas, prefiriendo infestarse y envenenarse con sus propios infortunios.

Con esas impulsivas cizañas fue torturando los finos nervios de ella. En represalia, poco a poco y con actitud diabólicamente manipuladora, ella empezó a magullar una y otra vez el sensible ego de él, ofendiéndolo algunas veces con palabras irreproducibles, reprochándole sus errores pasados, utilizando una actitud mezquina todas las veces que creyó necesario. Ya no existía distinción entre pasión y celos, se habían materializado en ellos y, paradójicamente, no podían vivir el uno sin el otro, aunque tampoco demasiado juntos. Ella se contagió de esas escenas y las puso en práctica. Las acusaciones repercutían como pelota de ping pong. Al final, no sabían quién había iniciado la pelea, las que hasta parecían tan insignificantes cuando empezaban.

—Hola... ¿sos vos? —ella recibió este mensaje cerca de la medianoche, a través del Whatsapp, acompañado de una imagen borrosa en la que se veía a una pareja sentada en un bar nocturno.

—¿Eh? ¡No!

—¡Bue...!

—¿Creés que la de la foto soy yo? ¡Estás loco!

—Te parece...

—¡Estás enfermo, ni conozco el lugar! ¿Dónde es, la sacaste vos?

—Ya empezamos a ofender.

—Esto es demasiado... ¡vos andás saliendo... y sacando fotos!

—De gira estás ¿eh? ¡Sí, claro! ¿Y qué si salgo?

Los celos de ella la indujeron a pensar que el de la fotografía se parecía mucho a él. Preguntó a unos amigos si reconocían el lugar, y ellos asintieron. Fue a buscarlo. No lo encontró. El enojo duró hasta el reencuentro.

—Estás castigado por lo que hiciste: una semana sin sexo —le dijo bajito, mientras le acariciaba los pectorales en el portón de la casa.

—¡Una semana! ¿Una semana?... Voy a tener que buscar en otra parte

entonces —soltó él con sorpresa y sonriendo ingenuamente.

—Puedo desistir si aguantas.

—¿Cómo es eso?

—Voy a darte besos, a acariciarte... y si resistís a eso, podremos tenerlo a partir de mañana.

Ya en la cama, ella zigzagueó caricias en el cuerpo de él con las dos manos y la piel desnuda. Luego hizo lo mismo con besos suaves y otros tantos mojados en la frente, los ojos, la nariz, el rostro, la boca, el cuello, los brazos, los pectorales, el estómago... Y desde abajo: los pies, las pantorrillas, los muslos y se detuvo en la ingle, pero él se resistió, y eso la excitó. De pronto, ella quería montarlo y él no cedía. Probó tocándose la sensible piel de su entrepierna. Y él ya no resistió. Aventuró su suerte hacia allí y la sintió muy humedecida. Acordate del castigo, murmuró en un gemido, pero él ya no controló el deseo de poseerla, y en una maniobra atrevida la volteó y con una fuerza increíble la tomó de las caderas, le propinó una palmada en el glúteo e intentó penetrarla. Ella lo esquivó casi sin lograrlo. Entre risas, empezaron los jugueteos de estirones y de resistencias: él intentó bajar la cabeza de ella hasta su pene, que se mantenía erecto y ansiando sentir el calor mojado de cualquier zona de esa criatura indomable. Ella, por su lado, buscaba apoyar su sexo sobre el rostro de él, pero la fuerza de su oponente podía más. Entonces resolvió atacar su debilidad: las cosquillas... sin éxito. El juego continuó durante varios minutos hasta que por fin, agotados, se rindieron en besos robados, se comieron, como a él le gustaba decir: del derecho y del revés, y terminaron haciendo el amor unas veces.

Pasaron noches de sol después de eso, y varias lunas más fueron testigo de cómo una hoguera atizaba promesas. Pero esos celos... eclipsaban más de lo que podían soportar. Cuando él le cuestionó en otras de sus escenas por una salida que no gozó de su aprobación, ella se le tiró encima y, mientras lo golpeaba con esmero, le replicó: Te aclaré que estaba con mis amigos, incluso te envié fotos, pero claro, no las viste, porque me bloqueaste antes. Él la sostuvo de los brazos y la apretó contra la cama, le imprecó sacando a la bestia que rugía silenciosa en sus adentros durante demasiado tiempo ya, por todas las veces que se sintió intimidado por sus ofensas. La humilló. Por primera vez, ella sintió todo el dolor de él como si fuera el suyo. La misma

efusividad los llevó a fusionarse de placer como poseídos de dolor y rabia. La arrastró, jalándole de los pelos la obligó a hacer lo que sus bajos instintos caldeaban. Él sabía cuánto la excitaba detenerse en su masculinidad, y que si la mantenía allí por largo tiempo podía disfrutar viéndola consumada en un orgasmo. Habían pasado los minutos, y aún estaban sudando temblorosos piel contra piel, como si por los poros pudiesen destilar las toxinas de la discordia. El sexo terminó. La rabia y el dolor no dejaron cenizas.

La retirada interior silenciosa fue inevitable. La mesa, el sillón, la ducha, la cama... eran recintos sexuales de aceptación unánime que aún mantenían en pugna esa renuncia. Pero el purgatorio era insuficiente: ella quería todo o nada; él ya no tenía tiempo para concesiones. Y se alejó. Ella insistió un tiempo más, pero él no volvió a ser el mismo, y también se alejó. Él la buscó enviando mensajes provocadores y otros de contenidos erótico. Del otro lado, el juego había terminado coronando el final del reinicio estacional.

Pocos años transcurrieron hasta que volvieron a encontrarse cerca del lugar donde se habían conocido. Entre risas recordaron las locuras vividas en el pasado. Reconocieron al verdadero amor en sus manías. Los intercambios de mensajes volvieron a ser frecuentes. Tiempo después, ella fue a visitarlo. Cenaron en un ambiente con música suave y buen vino. Evocaron nostalgias, logros, cumplidos. De sobremesa, en la penumbra de unas velas y unos faroles que apenas iluminaban el patio, bailaron abrazados en la magia de una canción que describía los campos de cebada y al sol en su cielo celoso. Hubo silencios y miradas intrigantes después de que volvieron a sentarse.

En la despedida, ella se le acercó pausadamente, le dio besos suaves en las mejillas y le acarició el pelo.

—Mi ex Copito de Ego —le murmuró con cariño.

—Jajaja, qué mucho nos jugamos... mi ex Bijou. Menos mal me alejé... o me emancipé, como vos dijiste.

—Mmm... después de todo, el sexo ni era tan bueno —soltó ella mientras se apartaba y caminaba hacia la salida.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¡Qué decís, vení acá! —dijo y la atrajo del brazo hacia sí...

Amor muerto

No podía soportar más tiempo. Debía hacer algo para dejar de sentir ese vacío. Caminé hasta el baño, me miré al espejo, lo rompí. Recogí el cuchillo que mamá guardaba en la alacena. Era el único que podía cortar huesos. Subí al auto y fui a su casa. Como sabía de memoria sus horarios, lo único que me quedaba hacer era esperarla.

La vi. Me acerqué sigilosamente. Ella aguardaba que le abriesen la puerta cuando la sostuve de las manos con fuerza.

—¡Déjame en paz! —gritó.

Quitó el cuchillo del bolsillo y lo acerqué a su cuello. Sentí cómo se le hundía en la piel y la sangre corría por mis manos hasta caer al suelo.

—Años desperdiciados mirándote en silencio... Imagina dónde hubieras estado ahora si hubieras sabido que uno de tus futuros enamorados terminará quitándote la vida. Pero eso no importa. Tengo que dejarte atrás.

Murió al instante. No le di tiempo para que se despidiera de nadie. Dejé el cuerpo tirado frente a la casa de sus padres. Salí corriendo antes de que ellos abrieran la puerta. De pronto escuché la sirena de las patrulleras. Me alarmé. Pensé en huir a un lugar más lejano pero temía que alguien me viera así, manchado con sangre. Todo sucedió muy rápido. No tenía vacilaciones de ningún tipo. Estaba congestionado con pensamientos que me preocupaban. ¿Dónde terminaría? ¿Qué había hecho? ¿Era necesario? ¿Terminaré preso? Conduje hasta la entrada del cerro Lambaré, salté del vehículo, me adentré en el bosque, corrí como nunca... hasta que por fin los perdí.

Estaba solo.

Lo siguiente que ocurrió me mantuvo encandilado hasta el final. No podría explicar lo que pasó... Pude ver un rostro parecido al de María en el tronco de un árbol añejo. Me acerqué para verlo mejor, pero había desapa-

recido. Escuché pisadas cercanas y de nuevo me puse a correr entre la maleza, subiendo progresivamente a la cima. La luna se elevaba y me ayudaba a observar el camino. Caí unas cuantas veces por culpa de las rocas pero me repuse rápidamente, atento a mis perseguidores. Me contenía las ganas de lanzar el cuchillo a esos imbéciles. Algo me decía que debía guardarlo. Observé de nuevo la cara de María en uno de los árboles. Esa sensación, esas apariciones, siguieron persiguiéndome. María se había convertido en cientos de árboles. Un resplandor la rodeaba. La luz de la luna resaltaba su belleza. Escuché gritos. «¡Detrás de esas máscaras se encuentra la vida que te has robado!», decían. Fue algo horrible. Mi corazón palpitaba. Temblaba, sudaba, no sabía cómo encontrar la calma. Necesitaba dejar de verla porque todo empezaba a oscurecerse.

Como si se tratara de un acto de magia, el camino dejó de verse atestado de esas imágenes indeseadas. Me tranquilicé y pude subir hasta encontrar una rama en la que pudiera esconderme de los policías. Cuando pasaron de largo, aproveché para desviarme del camino y perderlos totalmente. Mi cuerpo macilento se exponía a las gotas que empezaron a caer. Inexplicablemente, perdí todas las ganas de correr o escapar. Dejé caer el cuchillo. Vi momentos de mi pasado en pocos minutos. Atravesé todos los momentos oscuros de mi relación con ella y sentí que no tenía nada más que hacer... Todo se había arruinado. Estaba asustado. No me reconocía. ¿En qué me había convertido? ¿Cómo había llegado a eso? La necesitaba para morir en paz. Necesitaba verla de nuevo y sentir que la acompañaba en su agonía. Pero ni siquiera le di tiempo de sentir dolor. Su muerte fue fugaz, al igual que su amor por mí.

Me sentía patético.

—Sigue mi voz, mi amor —escuché entre las ramas.

Era una voz angelical, parecida a la de María. Me preguntaba si era a mí a quien hablaba, y luego volví a escucharla:

—Todo estará bien.

Caminé hasta donde sentía que la voz se hacía más fuerte. Llegué a un árbol muy alto y me puse frente a él. Mi imagen reflejada en el árbol era aterradora. Continué mi camino cuando su rostro volvió a aparecer en los árboles que me rodeaban. Concentrado, seguí la voz, aunque pronto dejé de

oírlo. El viento aumentó su intensidad y provocó que el árbol muy alto se volteara inesperadamente. ¿Podía el viento tener tanta fuerza? Corrí para evitar que me aplastara, pero el tiempo no me dio la oportunidad de levantar el cuchillo antes de recibir su filo.

El cristal roto

La pantalla del celular parpadea con la luz blanca, en silencio, sobre el pequeño mueble, entre las prendas arrugadas. Sólo se oyen los gemidos tímidos de ella. La boca de él está muy ocupada entre las finas, contorneadas y blancas piernas, como para emitir sonido alguno. El parpadeo del teléfono se repite tres veces más, consecutivamente. Durante ese momento, ambos perdieron la noción del tiempo. Los dedos de ella se paseaban entre los finos cabellos de él, cuya lengua tibia y hábil descubría los labios rojos y ansiosos de ella. Luego, por una de esas razones desconocidas que nos hacen girar la cabeza para ver si alguien nos sigue, ella miró hacia el mueble y vio el parpadeo blanco, brillante y continuo de la pantalla y se incorporó de golpe, como asustada.

«Ya me tengo que ir, terminó el tiempo, ya pasó una hora.» Se vistió la ropa interior y los pantalones rápidamente. «Es muy pronto, te pago más y quédate, apenas empezamos.» Su voz calmada y suave era peculiar, no como la de un cliente, más bien como la de un enamorado queriendo complacer a su amada. «No puedo, me tengo que ir, será la próxima». Y se guardó el importante billete en la cartera, el que había garantizado el inicio de lo que no había culminado.

Toda vestida, salió y cerró la puerta. La calle desierta y oscura era fiel reflejo de una noche de entre semana. Observó hacia el este y el oeste y no lo vio. Sin darse cuenta, se le había hecho tarde, porque lo había disfrutado, sí que lo disfrutó. Tecléo algunas palabras apuradas en el teléfono. Sólo ese sonido dactilográfico acompañaba sus pensamientos de ansiedad y angustia. Como no recibía respuesta, sus pasos rápidos hacían eco en el pétreo silencio de la calle. Su nerviosismo crecía en cada cuadra que dejaba atrás. Cómo

pudo dejarla sola, qué clase de hombre era, permitir que anduviera por ahí a esas horas, desprotegida, a su suerte, expuesta a cualquier infortunio. Los pensamientos se le precipitaban mientras apretaba el paso.

Cuando llegó a la esquina del edificio de departamentos donde vivían, lo vio. Sentado sobre la motocicleta, con los brazos cruzados y la expresión de enfado y celos desbordados. Se le acercó rápidamente para escupirle algunas palabras, pero él se le adelantó. «¿Por qué tardaste? TE LLAMÉ INNUMERABLES VECES Y NO CONTESTASTE, YA HACÍA MÁS DE UNA HORA Y TÚ PERDIENDO EL TIEMPO AHÍ... ¿Qué tanto hacían?»

Era una acusación cierta a medias, teniendo en cuenta que habían pasado los cuarenta minutos que ella hacía pasar como una hora a los clientes, para maximizar ganancias y disminuir malos momentos. Además, era de esperarse que él estallara en celos al percatarse de que su novia, a quien él llevaba y traía de sus encuentros, como parte del negocio y de sus fantasías sexuales, se había pasado del tiempo, tal vez porque lo estaba disfrutando.

«¿Te olvidas que pongo mi teléfono en silencio siempre que estoy con CLIENTES? Puse el reloj, como siempre, a los 40 minutos, tal vez no sonó. Qué esperas de este teléfono inservible que no funciona bien. Estás exagerando, apenas me pasé unos minutos, ni siquiera hicimos nada y me pagó por una hora... ¡Qué! ¿Te vas a quejar? Soy YO la que hace esto, gracias a esto pagamos el departamento, ¡POR SI TE OLVIDAS DE ESO!»

Ella tenía la habilidad nata de defenderse apasionadamente, aunque se la estuviera acusando de algo certero, con una efusividad de inocencia muy verosímil para desviar levemente el tema, tratando de evitar discusiones que siempre terminaban mal.

Los labios de él brillaban de furia celosa y posesiva. Con el tic que lo delataba nerviosísimo se mordió la boca del lado izquierdo, donde ya tenía una marca característica, producto de constantes mordisqueos en momentos de enojo. Su puño, cerrado con fuerza, se levantó desafiante. «¿Te gustó, verdad? Eso es lo que te gusta, que te den, porque ERES UNA PUTA, y claro, aparte de que te cogen, te pagan, y yo aquí de imbécil preocupado, mientras tú la pasas bien, riéndote de mí...»

La expresión de incredulidad en la cara de ella era digna de una fotografía. Aunque estaba acostumbrada a escuchar esa clase de acusaciones de

parte de él, siempre le hervía la sangre con esos insultos. Y al final terminaba soportando su papel de arrepentido para que, a pesar de todo, ella le perdonara...

Su voz subió de tono y la rabia, con un toque de desprecio, se notaba en sus palabras. «TÚ, PEDAZO DE IMBÉCIL, ¿quién te crees para hablarme así? En primer lugar, fue TU idea que yo hiciera esto, por tu degenerada fantasía de que yo tenga sexo con otros hombres, a TI se te ocurrió, y al principio estabas encantado. Ahora me vienes con estúpidas escenas de celos, para colmo en la calle. Eres PEOR que un pendejo inmaduro. Así que se acabó, no pienso más seguir con esto, ni menos soportarte.»

Con toda la intención de entrar en el edificio, dio media vuelta, pero él la tomó fuertemente del brazo, estirándola hacia sí. Ella se sacudió violentamente y él no la soltó. «Dónde piensas que vas». «Suéltame, INÚTIL.» Se mordió los labios, furioso, y apuntó su puño al rostro enrojecido de ella. Se contuvo apenas y, en lugar de golpearla, la sostuvo con fuerza del mentón, apretándola, mirándole fijamente a los ojos, tratando de encontrarla. Ella soltó la cartera que llevaba al hombro y, con la fuerza de su enojo, su rabia y su resentimiento acumulados, se apartó de él. «¡COBARDE, INÚTIL... TE ODIÓ! ¿Por qué no vas a enfrentarte con otro hombre? Porque eres un COBARDE DESPRECIABLE, se te hace fácil ponerle la mano encima a una mujer...»

Sus palabras sólo causaron más ira en él, quien apresuró el paso para acercársele. Ella miró a su alrededor y vio una botella vacía, en el suelo. La cogió y se la arrojó con toda la fuerza que pudo, fallando el blanco. Cuando la botella se estrelló contra el asfalto de la calle y los pedazos se esparcieron, ante la mirada curiosa de un hombre que observaba la escena desde el otro lado de la acera, ambos quedaron quietos. Sólo se oía la respiración agitada de ella. El sonido del cristal que se quebró en la noche perturbada había golpeado a ambos, como si hubieran caído de pronto en razón, comprendiendo lo que sucedía, observados por un extraño. Probablemente, vivía en la casa de enfrente: vecino que pasa desapercibido y, en momentos como esos, está ahí, como testigo silencioso del cristal que se rompe, que hiere, que se hace pedazos y ya no vuelve a ser el mismo.

Él sentía que la calma volvía a sus venas. «Vamos adentro. Ya no quiero

pelear.» El daño estaba hecho. «Puedes ir tú, yo me quedé aquí.» Él quiso persuadirla, pero ella no lo dejó. «Sólo sube. Déjame sola. No quiero saber de nadie. Déjame en paz.»

El portón del edificio se cerró lentamente con un chirrido triste y pesadoso, dejándola sentada en la fría acera, sola, con sus pensamientos y sus demonios.

Alguna que otra brisa movía con sus dedos invisibles el pelo revuelto por la incertidumbre. La cartera permanecía tirada, medio abierta, en el suelo. La luz inquisitiva del alumbrado público dejaba al descubierto su mundo femenino: una ropa interior negra de encaje, dos, talvez tres condones en paquete, un neceser entreabierto con lápiz labial fucsia, polvo, espejo y lápiz de ojos, entre otras sombras indistinguibles, una billetera cerrada (con la paga de esa noche). En ese momento, estaba dispuesta a dar lo que fuera por un trago, un cigarrillo, o ambos. Su mente vagaba lejos, en la penumbra incierta. Había llegado al punto crítico de esa trama de su vida en la que sus lágrimas estaban ausentes y sus ojos lloraban secos en el silencio.

Era más de la medianoche. El lunar blanco del cielo negro ya no estaba. Su soledad era toda ella, contemplándose cual extraña amnésica en un espejo roto. El tiempo todo lo cura, entonces el alma olvida y la historia se repite.

El gemido de hierro del portón abierto termina por cauterizar sus pensamientos dolorosos. «¿Por qué no subes? Hace frío aquí afuera, ven para acostarnos juntos. Perdón por todo. Soy un idiota. Todo es mi culpa. Por favor, ven.»

Era como la miel para un insecto que se pierde en ella, atrapado en su espesura líquida, muriéndose en su dulce masoquismo. Tomó su cartera y, lentamente, se dirigió hacia él, buscando el calor de su cuerpo. Una obsesión adictiva, que alimentaba y consumía al mismo tiempo. El metal los encerró de la calle y la noche. El cielo se desgarró con la marea de fuego que subía por el oeste. Los restos del cristal roto crujían bajo el paso de los vehículos en la mañana.

Benzodiazepina

Gertrudis sostenía una taza de té, queriendo calentarse las manos. A las dos de la madrugada aproximadamente, colocó la taza en la mesita de luz. Entonces escuchó un sonido extraño —parecía venir del patio de atrás—, pero como vivía sola, no se permitía cerciorarse de nada de lo que sucediera afuera. Temblorosa, solo se dignó a creer que podría ser un pájaro nocturno, de esos que todavía existen en la ciudad.

Salió a observar; apenas pudo colocarse las pantuflas y las gafas. Oyó el sonido de los grillos, como si fuese un coro, pero nada vio... Regresó a la casa cerrando tras ella la puerta.

Kurtz, su gato, había vuelto como de costumbre a las seis de la tarde. Gertrudis lo había acostumbrado a volver a esa hora para evitar las sorpresas de cadáveres de pájaros pequeños u otro animalillo.

Pero Kurtz, luego de tomar su leche nocturna, se las ingenió para escapar a través de una ventanilla semiabierta que daba con el patio trasero de la casa. Ágilmente deslizó su cuerpo, contoneándose en la ventanilla. Saltó al patio, donde de repente fue interrumpido por una voz:

—Buenas noches, señor Kurtz —lo saludó alguien en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí?

—Aquí arriba, en el árbol mayor —dijo la voz.

Kurtz subió de prisa. Allí, frente a él, un pájaro de ojos de espeluznante redondez, casi vidriosos, brillaban relucientes a la luz de la luna llena.

—Soy un visitante, desde hace unos días estoy por aquí.

—Mucho gusto, señor Búho.

—Escuché bastantes rumores sobre usted; de hecho, desde aquí se escu-

chan muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Ya escuchó decir que soy un apuesto felino, sagaz, buen cazador y conquistador de las noches?

—Ya veo que eres un gato un poco engreído, talvez en una justa medida, qué se yo, como todo gato.

—Tengo cosas que hacer. Adiós. Es aburrido charlar con búhos malhumorados —gritó al irse.

En la cuadra siguiente, vio discutiendo a un grupo de gatunos vagos. Él no iría hasta allí. No estaba acostumbrado a peleas callejeras; debía evitarlas lo más posible.

—Pasa que... —hablaron unos gatos a la vez.

—Shhh, a ver tú —señalando a uno de ellos, a quien solo alcanzó a ver su cuerpo cubierto de fango y el rostro con una herida cortante. Un gato semirubio, con aspecto roñoso, era quien parecía dirigir la cuestión allí.

—Dime, ¿dónde lo dejaste?

El gato cara cortada respondió con voz sollozante:

—No pude evitarlo —y todos los gatos se burlaron de él.

Kurtz, intrigado por esa cuestión, se quedó ahí parando las orejas, sin saber qué ocurriría si lo descubriesen.

De repente, el semirubio se percató de que una sombra inusual se proyectaba tras un basurero azul, en una de las esquinas de la calle. Indicó con la pata delantera y los demás lo siguieron.

Kurtz pegó el raje hacia la izquierda de la cuadra. Lo corrieron dos por detrás. Uno subió al techo de una abandonada fábrica pequeña y los demás fueron más a prisa por la derecha, para atraparlo de frente.

Kurtz tenía tiempo sin correr; se pasaba el día recostado en el sofá y por las noches solo le quedaba aventurarse dentro de la casa o a lo mucho en el jardín, debido al obsesivo cuidado de la señora Gertrudis.

Lo querían emboscar. Estaba preocupado. Vio un escondite y se refugió entre unas chatarras: unos hierros viejos retorcidos y corroídos. Al pensarse bien oculto, ¡zas!, se le apareció el gato semirubio.

—¡Conque un gato entrometido! —dijo el líder gatuno, cuando llegaron los demás gatos e interrumpieron la respuesta que el perseguido no llegó a dar.

Kurtz no tuvo más remedio que quedarse estático, a la espera de una oportunidad para huir. Pensó en la posibilidad de escabullirse, pues tampoco era muy bueno en las peleas. Aunque ya había tenido problemas en algunas ocasiones, siempre se las ingeniaba para zafar.

No le dio el tiempo para pensar la estrategia de una huida perfecta porque sintió los cuerpos abalanzándose encima de él, con arañazos, mordidas... Él, que apenas logró clavarle una garra al cuello de un gato más joven, sintió en su cuerpo un dolor punzante, y luego un desgarró en la piel del estómago.

Casi moribundo y con visión borrosa, llegó a ver cómo se alejaban tras dejarlo tendido en el basural de chatarras.

Solo deseaba tener fuerzas para arrastrarse hasta la casa de Gertrudis, quien un año y seis días atrás lo había acogido en su hogar. La señora, a pesar de su agorafobia, se animó a tener una compañía gatuna para compartir las largas y arduas noches en su casa sombría y de adornos raros, portarretratos con fotos y cortinas de la década de los sesenta, intactos e inamovibles del sitio que les correspondía.

Vaya uno a saber si las cosas pasan al azar o por algún motivo. Gertrudis se calentaba las manos con una taza de té de tilo, cuando recordó la rutina de los medicamentos. Hacía tanto frío que la pereza y el síndrome de Raynaud también la aquejaban, así que durante unos segundos se le ocurrió dejarlas de lado por esa noche.

—Qué más da —suspiró, y quejumbrosa tomó coraje y se dispuso a traer el frasco de pastillas a la habitación.

Entró en la cocina, extendió las manos sobre la parte superior del refrigerador, ya que allí, escondidas detrás de unos frascos viejos de legumbres y frutas en conserva, tenía la lata de medicamentos, bien colocados para ocultarlos, por si alguna vez una visita inoportuna descubriera su secreto vergonzoso.

Alcanzó la lata y la destapó casi sin sensibilidad en las manos; tomó el frasco que correspondía a la benzodiazepina, lo abrió y, al golpear la parte inferior, las pastillas cayeron desparramadas, empujándose entre ellas.

Gertrudis se apresuró a recogerlas: unas debajo del refrigerador, otras esparcidas sobre el viejo tapete. Pensó que había recogido todas —no las contó—, sin percatarse de que dos pastillas habían caído en el plato de leche

de Kurtz, la leche tibia que Gertrudis le servía todas las noches antes de acostarse.

Cuando volvió a su habitación, el gato yacía plácidamente en el tapete (la casa tenía varios tapetes), justo al costado de la cama. Se sentó, lo acarició y movió un poco para que se levantara.

—Anda, Kurtz, tu leche se enfría. Ve, ve.

El gato se despezó primero y luego fue rumbo a la cocina. Bebió la mitad de la leche, que ya no estaba tibia. Se acostó en su tapete favorito —el más viejo— y sintió cómo la casa daba vueltas sobre sí, seguido de un dolor en el estómago, una punzada, como corte de cuchillo, que le desgarraba por dentro, para luego quedar inmóvil en un profundo sueño.

La chica y el disfraz

El fracaso moja mis cabellos y la fría soledad hace temblar mis huesos. Naufrago de nuevo en el mar. La maniobra pensada una y otra vez siempre me lleva al mismo punto donde es inevitable chocar contra el témpano.

Hoy de mañana preveía la noche perfecta. El viento sería óptimo. Llegué a la oficina, luego ella llegó vestida uniformemente de blanco. Nos saludamos con un beso en cada mejilla. Fingí olvidar nuestro primer saludo: la saludé otra vez.

—Buenos días, nuevamente —dijo ella dejándose ver los hoyuelos.

—Se me olvidó... Estoy algo ajetreado para poder ir a la fiesta de disfraces literarios.

—María —una amiga en común— me llama a cada rato para contarme a quién invita y a quién no. Cocinará una sorpresa para compartirla durante la fiesta.

Le quería preguntar sobre su disfraz, pero antes de hacerlo vi que el jefe nos miraba con ganas de mandarnos al carajo. Pagué el precio por la paz: me retiré. Mientras lo hacía le dije que podía buscarla de su casa e ir juntos a la fiesta.

Percibía como un rompecabezas ese día. No sabía qué imagen formaban todas las piezas juntas, ni cuántas eran. Solo los detalles de cada pieza lograban que pudiera determinar cuál era su lugar. Las piezas aparecían de a ratos y las debía colocar en el tablero lo más rápido posible, de lo contrario desaparecía y surgía una nueva.

Al parecer, prever ese día como un rompecabezas sirvió de mnemotecnia, pues recuerdo varios detalles de las situaciones vividas. La mnemotecnia no

me parecía extraña: me había salvado un par de veces en mi tiempo de facultad. Esa técnica me dio cierta fama y algunos momentos placenteros cuando la explicación a una de mis compañeras se prolongaba hasta la madrugada.

Tiempo atrás, al conocerla, me dijo que estaba separada del padre de su hija y que debía llevarla todos los fines de semana a la casa de él. Pero si él se enteraba de que iría a una fiesta o estaría en la casa de una amiga llamaba para decir que viajaría... Por eso y otras escenas de celos, había alquilado un cuarto lo más lejos posible de los amigos y los familiares de él.

A medida que la conocía mis intenciones de tener una relación con ella se diluían. No me parecía apropiado porque cuidaba de su hija, trabajaba, y se sentía presionada por su ex. Esas circunstancias también repelían al resto de los compañeros. Pero todo eso cambió cuando un amigo de la oficina me contó el chisme que recorría los pasillos.

—Ayer me dijeron que ella tuvo relaciones con el técnico que arregla las computadoras.

En ese momento recordé todas las veces que el técnico había ido a la oficina.

—Su computadora tiene un problema nuevo todos los días.

Detalle que no había tenido en cuenta, pero que golpeaba donde más dolía.

—Mirá de lo que nos estábamos perdiendo nosotros por pensar que no era de esas mujeres.

Pregunté en la oficina si eso era cierto y nadie supo si era verdad o no, pero luego las compañeras confirmaron la veracidad del chisme. Además, había otros chicos relacionados con ella.

Me sentía como el hombre más inútil del planeta. En ese momento, empezaron a dar vueltas varias ideas en mi cabeza. Esos chismes eran como el impulso que me faltaba para estar con ella.

En la fiesta de disfraces todo debería culminar con el barco anclado en el lugar correcto. Pensaba que había aprendido de los naufragios anteriores. Esos que lamentas una y mil veces, cuando las oportunidades se hicieron agua.

Me llamó. Fui a buscarla.

Llegué lo más pronto que el tráfico me permitió. Bajé del taxi y toqué

el timbre. Ella salió vestida con una parte del disfraz semicubierta con una bata, y me invitó a pasar.

Observé cómo terminaba de vestirse... Estaba hermosa, aún más hermosa cuando se pintó los labios de rojo. Me pidió que le ajustase el disfraz. Me acerqué lentamente, jadeando para mis adentros. El rompecabezas se estaba armando. Su mano guió las mías hasta los nudos que debía ajustar. Y antes de hacerlo, el disfraz cayó hasta el suelo. Apresuradamente me agaché y la volví a vestir, ya ajustando el disfraz.

Luego fuimos a la fiesta.

La adúltera y el poeta

Dudó más de la mitad del camino en abrazarla. Cuando lo hizo, ella, como quien soporta mucho tiempo una posición incómoda, descansó lánguida y hondamente entre sus brazos. Ese extraño de tierna superficialidad la atraía. Lo reconocía medroso, pero ¡qué labios tan sensuales! Esos labios que tenían el aire inconfundible de la reserva, muy distinto al descarado con que se quebraban los de otros al desearla. El taxi avanzaba fantástico en medio de la vaporosa neblina que cubría las calles esa mañana, perdiéndolos de la fiesta de cumpleaños de la amiga en común. Limpia estaba casada y los sucios dedos de un desconocido le peinaban la frente, le arruinaban deliciosamente la moral. Nunca se permitió ser acariaciada por alguien distinto a quien la había desposado a sus diecisiete años, además de sus dos hijos menores. Nuevamente y por primera vez se aferraba a algo estúpido que la salvaría del mundo real, ese que duele y está lleno de trampas, pero esta vez no sentía el chillido angustioso del compromiso, sino sólo los dedos que rozaban la frente despejándola de su profunda, maternal e infantil embriaguez.

¿Te incomoda? Moviéndose lenta y pesada la cabeza en negación, y la aquietó al instante, como pretendiendo no ser interrumpida en su edénico paseo. Él respiró el aroma de esa cabecita sumisa, mareada, que tenía justo bajo su nariz, intentando ingresar en un recinto que le era ajeno, prohibido. Ella continuaba en ese sueño aparente que se empeñaba en olvidar lo que no fuera ese instante. Él sintió, más bien descubrió en los efluvios de esa cabellera, que el interior de una mujer está hecho de innumerables estancias y para distintos huéspedes, y que pueden preparar la mesa para la merienda de sus hijos, como la cama para un amante, con una ternura única, que sólo a ellas

les es dado notar la diferencia. Entonces le cayó en mientes una palabra que lo encalabrino, anudando su garganta y dejándole un sabor ceniciento en la boca: adúltera. Esa palabra bíblica, judicialmente autorizada, antiquísima, revolvió sus adentros condenándolo irremisiblemente, enlenteciéndolo todo. Abandonó las caricias como si con ello soltara una fruta infestada. El taxista, que seguía la escena por el retrovisor, hizo una frenada brusca, al parecer aguardando una indicación. Ella despertó amodorrada, con los ojos brillosos y, para quien lo quisiera ver, burlones. Él buscó la salida de todo condenado: llevarse a otro. Sus labios hicieron una pausa frente a los de ella. Le pidió con el aliento lo que ella aguardaba que le pidiera, quizás, desde el momento en que se fijó por primera vez en él: la llave de una de sus estancias. Y con la mentira de un «no» que soltó en susurro, se la concedió.

Ese beso fue el fiel reflejo de lo que eran, de cómo se sentían; fue lo que no debía ser: violento, invasivo, cruento como cuando a dos perros de riña se les sueltan las cuerdas. Se masticaban, gruñían y resollaban cual demonios debatiéndose por un vestido sagrado. El taxista encendió la radio y subió el volumen al punto de establecer una frontera y permitir que de una vez por todas se decidieran a tomar el atajo. De una manera u otra, él entendía la situación. Y más que por la sapiencia de su profesión, los otros también, de una manera u otra, sabían que él lo sabía porque no podía ser otra cosa que un inmundo ¡adúltero! Por segunda vez sonó clara y distinta esa palabra. Ambos se detuvieron, y sujetándola del cabello la separó y la miró buscando perdidamente en sus ojos el eco encarnado de la misma, y la encontró, tribulando en esas ardientes pupilas negras. Acá a la izquierda, a dos cuadras está mi... No puedo, tengo que llevarles a mis hijos a su escuela de fútbol, y voy retrasada. Sintió un vacío glacial invadirlo; de pronto se creyó más etéreo y falso que la neblina que reinaba en las primeras horas de ese domingo. Saboreó en ese estado de insignificancia sentimientos de odio y envidia punzantes, como las últimas medidas del fondo de una botella que jamás prometió inferiores lacerias. No eran sus sentimientos, desde luego, sino los componentes de ese trago reciente que, de ahí en más, le segregaría briosos atajos. Le entraron ganas urgentes de realidad. Un placer, yo acá me bajo. Se despidió abruptamente. La mano caliente lo atajó del brazo y le miró con esa ternura indescifrable que cura y anula hasta al

más encendido resquemor. Justo dio con el semáforo donde se entraba para llegar a su casa, y nuevamente sintió al nudo y a la ceniza llenar otra copa, y ésta alegraba aún más tristemente al espíritu: y la sintió venir. Bajó del taxi, la llamó cariñosamente para que se acercara a la ventana y poder despedirla. Mirándola fijamente a los ojos, con sordidez punitiva, le dijo lo más claramente posible, como solo le es dado decir a un hombre cebado de odio, envidia y deseo: A-dúl-te-ra. Y le encajó un sonoro tortazo en la cara, al que no imprimió violencia: lo hizo medidamente para que pudiera ser tenido como una caricia infame.

La espesa neblina lo recibió al cruzar la avenida y sintió que esa humedad impregnada en el ambiente lo asfixiaba y le pesaba como plomo. El auto amarillo arrancó raudamente tras él, y también pronto fue tragado por la nebulosidad. Quiso comprar cigarrillos de una estación de servicios que quedaba justo en esa esquina. La ansiedad por su mezquina acción le hacía daño. Luego escuchó un chillar nervioso de ruedas y, cuando pegó la vuelta, en cuestión de segundos, vio venir de nuevo al taxi que deteniéndose casi frente a él y con el vidrio bajo, dejaba ver al chofer que agitando el pulgar hacia atrás le indicaba que su amiga decidió, al igual que él, bajar. Recién en ese momento reparó en los ojos turbios del chofer y en su mofletuda cara que lucía, en esa ocasión, tan radiante como soez.

Cuando vio por primera vez a Limpia, él estaba en el quincho de la casa de Clarita, amiga y hermana de su compañero de colegio, quien lo invitó a su cumpleaños. Compartía unas cervezas con el dueño de casa y sus demás amigos de promoción. Limpia y Clara descendían por el caminero en pendiente del amplio patio, que terminaba en el lugar donde ellos se encontraban. Ambas lucían prendas blancas. La cumpleañosera, un vestido con motivos en ñandutí y una vincha también de hechura artesanal. Limpia tenía una camisa sencilla pero de tela muy fina, con terminaciones tanto en el cuello como en las mangas con bordados bastante delicados; lo acompañó con un *jean* clásico y calzados de plataforma importante. La joyería que llevaban no podía desmentir la coquetería de las amigas de infancia, pues era llamativa y exótica, pero sin hacer enojoso el contraste con sus atuendos. Bajaron cuidadosamente agarradas de la mano para no resbalar, pues el sereno había mojado toda esa senda no muy ancha. Sus perfumes

las anunciaban, y la mayoría masculina las recibía con ansiosa complacencia. Hablaban animadamente, reían sin salir en ningún momento del apacible ámbito de la discreción, la cual era, por lo menos para él, uno de los favores más apreciables en una mujer. Quizá fue ese valor (la discreción) el que lo llevó casi inmediatamente a acercarse a Limpia, pues rara vez intimaba con una desconocida a no ser que se la presentasen. Una vez que lo hizo, distinguió algo que lo atrajo aún con más intensidad a ella. En sus ojos, alegres y vivaces, descansaba el signo elemental del cual procede la verdadera elegancia: humildad. ¿Qué cosas no pueden ser emprendidas con personas que poseen esa grata disposición del espíritu? Saber lo que uno es, y enfrentarlo. Reconocer lo que uno no puede y agradecer esos límites que te permiten ser «otro», y no menos que nadie. Mi marido abogado es un ganador en todos los sentidos, nunca me hizo faltar nada, ni a mí ni a mis hijos. Siempre está de viaje, es profesor de facultad y también da conferencias en el exterior. Él hace su vida de una manera enteramente independiente, y yo la mía. Soy maquilladora. Él admira mi trabajo y yo el suyo, pero amor de pareja ya no sentimos. Lo decía sin ningún dejo de resentimiento, sino con una certeza práctica, como algo que formaba parte aislada de las muchas cosas que se podían hablar con ella. Cuántas confesiones de la misma naturaleza ha de haber escuchado en su lugar de trabajo, y aun peores, dichas con la misma indiferencia filosófica. De cuánta penosa irrealidad se ha de haber desembarazado en el trato diario con mujeres que se pertrechan para una sola noche como si fuese la última o, por lo menos, la más importante o crucial para sus futuros. Ella sabía qué había debajo y encima del maquillaje de cada una de ellas: ilusiones. Sabía que toda mujer muy en el fondo vivía para ellas y, que cuando se arreglaban, respetaban mucho más a éstas, incluso más de lo que pensaban y creían sobre ellas mismas. Es el atrevimiento femenino por excelencia, y cuando se las pierde, una se reduce a algo muy inferior a una mujer, como por ejemplo, a un hombre, ser que si bien es capaz de ilusionarse no lo es de generarlas. De ahí el origen de la tragedia: la plena conciencia de haber traicionado una ilusión femenina, y con ello perdido al ser amado de manera incontrovertible. El hombre si bien forma parte de la ilusión de una mujer, es una, frecuentemente, muy prescindible. De estas y otras reflexiones eran objeto sus pensamientos, antes de que por fin

se decidiera a rondarla con los brazos en el taxi que su amiga pidió para ella, y que él aprovechó para acompañarla, pues vivían en la misma ciudad. Esa noche Limpia bailó y se entregó al calor de más de un cuerpo, compartió varios vasos sin recordar de quién fue el último; esa noche, en el Paraguay, se apreció una enorme luna roja en plenilunio, y Asunción fue poblada por una neblina como hacía décadas no se veía.

De la niebla y esta vez arribando con trancos enérgicos, completamente sola y empapada por la garúa, surgió una Limpia que al extraño le costó reconocer, tolerar más bien. Su cuerpecito menudo, delgado y ágil, se le antojaba la exhalación de algo añejado por demasiado tiempo en una nebulosa. El maquillaje, y en especial el sombreado de los ojos, parecían pertenecer a una atmósfera que transcurría suspensa. Esa criatura que se clavó frente a él mirándole fijamente a los ojos, poseía una fogosidad fundada e inextinguible, que no podía menos que infundir orgullo, dinamitada hasta los tuétanos. Una joven de diecisiete años, con unos labios de descarnada suavidad, lo retaba con voz aniñada a compartir unos tragos en la estación rutera. ¿Era mentira que tenías que llevarles a tus hijos a su escolita de fútbol? No, era cierto. ¿Entramos?

Pensé que no te volvería a ver. Ella dio un sorbo a su vaso y miraba a través de los vitrales hacia la calle, luego, pícara, se limpió con la lengua una línea de espuma que le quedó sobre los labios. Qué tiempito raro este, che. Vos me dijiste que tenías una panadería, pero que lo tuyo era escribir, ¿no? Asintió con un gesto. ¿Y ya publicaste algo? Negó, otra vez sólo con un movimiento de cabeza. Ah, ya... y que estás por cumplir 40. Él sonrió, adivinando a dónde iba, dejándola. A ver, tampoco tenés hijos, y por lo que veo te gusta pasarla bien con tus compinches de colegio, sabés, eso me encanta. Ambos rieron y él tomó aliento. Pero... debe haber algo más interesante... algo no me cierra. Esa fue la primera impresión que tuve de vos, que eras un vago interesante. Gracias, y esta vez sólo él rió. ¿Por qué no publicás tus poesías? Decime, Pablo, ¿qué te lo impide? A él se le llenaron los ojos de lágrimas. Y ella continuó impassible: Jamás te hiciste cargo de lo que amas. Y la dejaste ir y no pudiste hacer nada para evitarlo. Buscó sus manos y Limpia no abrió las suyas al gesto, pero tampoco las retiró. Entonces, ella misma tomó la botella y se sirvió hasta el tope del vaso y bebió hasta acabar. Ahora

por lo menos espero que tengas el coraje de hacerme el amor. Y una ramera de siglos derramó niebla ardiente en sus ojos. No puedo, no puedo... no... Se miraron durante un rato y luego ella arrastró su vaso hacia él, quien, vapuleado, obediente y lloroso le cebó la cerveza embelesado en la operación. Y Limpia no dudó. Con el puño cerrado y con violencia ilusionada, le encajó un derechazo que le hizo sangrar la boca al instante y que por poco no le echó un diente. La botella estalló en curuvicas en el suelo cuando Pablo la soltó. La bebida del vaso cayó y le mojó la entrepierna como si acabara de hacerse pis encima. Ella también se había cortado los nudillos con los dientes de él en el impacto, y detenía la hemorragia con la otra mano, mientras lo miraba sonriente y todavía desafiante. Él se levantó en una ridícula intención de intimidarla, y después de mirarla un largo rato, y que ella aguardara su reacción alzándole burlonamente las cejas, un brío muy masculino le colmó el pecho de una respuesta inicial y liberadora: ¡No quiero, Limpia! ¡No quiero coger contigo, okey! ¡No quiero, no quiero, no lo quiero...! La última negación la bramó como Mel Gibson en *Corazón valiente*, mirando el techo y lagrimeando pero de genuina excitación. Las encargadas de la estación estallaron en carcajadas y el guardia de seguridad ingresó y quedó algo confundido por la escena tragicómica. Limpia lo abrazó por la cintura sin levantarse como si se tratara de un héroe y lagrimeó también con irreprimible felicidad. Las empleadas ya estaban limpiando el desastre cuando ella fue por unas servilletas y trató de limpiarle la boca, riendo como una chica de diecisiete tras una travesura. Con ojos penetrantes y aún gimiendo de dolor, disfrutaba de la cara excitada de su enfermera, para luego inquirir: Y vos, maldita, ¿cuáles son tus sueños? Pagá la cerveza y vamos, idiota.

El taxista que la llevó hasta su casa tenía el rostro de un eterno marido, rozagante y de mirada límpida. Ella con aire doméstico se lamentaba por los salpicones de sangre en su camisa y, antes de partir, se despidió de él con un escueto beso en la mejilla, pero, cuando se lo dio, le apretó con tal firmeza el brazo como si le recordase una promesa no hecha. Él fue hasta su casa y lloró lágrimas gruesas bajo la ducha, y se acostó con un beso muy adúltero latiéndole en los labios. Durante toda esa semana sintió ese beso arderle en la boca. Y a veces, de noche, cuando cambiaba de posición en la cama, volvía a sentirlo y se entregaba de nuevo al llanto y a una rayita de alegría.

No le fue fácil hallar la humildad, y menos frente al papel en blanco. Coraje todavía le sabía a rabia, sexo a competencia y Limpia a pasado. Pero el beso permaneció fiel, y le hizo mucha ilusión. Escribió sobre eso y, por fin, la soledad se le fue a la mierda.

Q. E. P. D.

Dicen que no se debe tener miedo de los muertos sino de los vivos, pero desde que me pasó lo que les voy a contar, yo no creo en ese dicho.

Podría decir que desde chico prácticamente viví en el cementerio. Mi padre era el cuidador y sepulturero, y mi madre vendía flores, cruces, santos, estampitas y otras cosas, durante los domingos, en la entrada que da a la calle Santa Teresa.

De siesta solíamos jugar *tuka'e kañy* entre los panteones con Walberto y su hermanito Luis. Corríamos encima de las tumbas sin entender siquiera el significado del respeto a los muertos. Recuerdo haber caído en una cripta al saltar sobre la tapa de cemento que cedió al peso de mis travesuras.

Crecí en ese ambiente. La muerte siempre me pareció un asunto común y corriente. Nunca me interesó nada del más allá. Fui escéptico con esos temas místicos. Me conformaba con comprender que la muerte es el cambio de un estado a otro, y que sólo sufrían y se lamentaban quienes quedaban en la tierra, extrañando al familiar, amigo o amante, demostrando una vez más el egoísmo del ser humano.

Cada vez que llegaba un nuevo residente al camposanto, con los llantos en la Cruz Mayor también llegaban las oportunidades para todos. Desde las labores ya mencionadas de mi familia, hasta el no muy apreciado oficio funerario del suegro de mi prima. Incluso mis tías lucraban con ello, haciendo de lloronas en velorios y entierros. Se podría decir que el negocio de la muerte era el negocio familiar; que nunca dejará de ser lucrativo.

Así fue como pasé de simples travesuras a la venta del bronce robado de cruces y lápidas. Dinero fácil. Me resultaba irónico y hasta gracioso que las

mismas cruces que robaba se derritieran y convirtieran en nuevas cruces que mi madre vendía a las mismas familias a las cuales yo había robado.

Fui creciendo y, como es sabido, con la edad crecía mi ambición. Con Walberto profanamos las tumbas, en busca de objetos de valor. Anillos, dientes de oro. Lo más valioso que recuerdo haber encontrado fue un rosario del panteón de una tal familia Melgarejo, adinerada por supuesto. El mismo estaba finamente elaborado, casi una joya. Logré venderlo a un anticuario que no me hizo todas las preguntas que esperaba, pero que con su mirada me comunicó su complicidad.

Mamá era muy católica, según se mostraba ante todos. Siempre me decía que se debe dejar descansar a los muertos. Pero yo no creía mucho en su devoción. Aún siendo escéptico, el pasar frente al altar que tenía en un rincón de la casa me producía escalofríos. Una gran imagen de San La Muerte, con el rostro esquelético, la túnica negra y la guadaña que precedía el santuario. Ella no solo le rezaba quién sabe qué tipo de oraciones, sino también le hacía ofrendas, desde dulces hasta caña.

Luego me contactaron unos estudiantes de medicina, en busca de huesos o esqueletos para sus estudios de anatomía. Profanar una tumba y robar objetos de ella no me provocaba ninguna sensación extraña, pero confieso que despojar a los muertos de sus últimos restos me generaba cierto estremecimiento. Por lo que siempre me negué a la petición de los mismos. Sé que otros terminaban haciéndolo, pero yo no quería ser uno de ellos. Hasta una tarde de octubre...

Se acercó a mí un hombre de mirada muy penetrante, vestía de forma rara, diría que estaba medio loco, pero sus expresiones y elocuencia demostraban lo contrario. Mencionando un contacto en común y ofreciéndome una suma difícil de rechazar, me pidió que le consiguiera antes de la medianoche, un cráneo o una cabeza humana.

El pedido me sobresaltó, aunque no lo demostré. Tenía poco tiempo, así que no me permití pensar mucho al respecto y conseguí una bolsa de hule y una pata de cabra para buscar la mercancía.

Podría haber robado cualquier cráneo de cualquier cripta, pero me dediqué a recorrer un poco más. Quería encontrar una que también tuviera algo de valor para venderla por mi cuenta.

Así fue como llegué al panteón de la familia Riquelme. Con la pata de cabra rompí la cerradura, y una vez dentro pude notar en el altar, aparte de las fotografías y las flores marchitas, las cruces y otras cosas con las que luego me alzaría. Miré el ataúd que tenía a mi izquierda. Era la tumba de la señora Epifanía. Ella era muy conocida por sus fiestas y excesos con el alcohol. Desbocada, sarcástica, no perdía la oportunidad de reír a carcajadas por cualquier motivo, aún a costa de los demás. Esa carcajada de la que el barrio descansó hacía menos de dos años.

No tenía mucho tiempo, sí el suficiente, y como en ocasiones anteriores, la delicadeza del tallado en el ataúd no me impidió forzarlo y quebrarlo, tal como el cofre metálico de su interior. La luz opaca del atardecer dejaba paso lentamente a la oscuridad y, casi sin darme cuenta, mis pupilas se acostumbraron a lo que, de no ser por la luz un farol que se colaba por los coloridos ventanales, sería la total penumbra.

Ahí estaba ella, vestida de negro. La piel pegada a sus huesos aún permitía identificarla. Los labios carnosos dejaban ver ya la grotesca dentadura que tenía. Su expresión parecía perpetuar esa característica carcajada. Hasta me parecía escucharla. Los ojos fueron tragados por sus pensamientos, dejando dos cavidades cubiertas por secos y oscuros párpados.

Los dos ramos que estaban junto a ella, de impactante belleza y casi increíble estado de conservación y frescura, despedían aún el aroma particular que no se entendía si era dulce, agrio o químico. Aparté uno de los dos ramos que estaba a la altura de las manos y observé el anillo... La mano, delgada pero enorme para una dama, tenía las uñas crecidas y arqueadas casi en forma de garras, lo que en principio pensé que me complicaría el trabajo. Logré despojarla de lo que en el más allá no le serviría, y lo metí en el bolsillo.

Luego por fin pasé al motivo principal de mi visita. Tomé la pata de cabra y, como si no quisiera lastimarla, suavemente la metí en el cuello. La piel reseca no opuso resistencia, pero al intentar quebrar la columna vertebral, se me dificultó el plan. Ella seguía riéndose mientras yo trataba de separar la cabeza del cuerpo. El sudor ya empezaba a incomodarme. Luego de un sonido seco, un olor nauseabundo invadió el recinto y cumplí mi cometido. Agarré la cabeza de los cabellos blancos que resultaron más largos de lo que

parecían. La miré. Nunca dejó de sonreír.

Miré su cuerpo. Todo me parecía raro e inquietante. Ese cuerpo que solía pasar frente a mi casa, yacía allí, acéfalo. Un ser peludo rozó mis tobillos: era una rata que pasó debajo de mí y me devolvió a la realidad. Puse el cráneo en la bolsa, y salí lo más rápido que pude. No recuerdo haber tenido nunca tanto miedo al cruzar ese cementerio. Cualquier ruido, cualquier sombra de gatos o aves me estremecía. Corrí, me tropecé, volví a caer. Esa distancia parecía no acabar. Hasta que por fin vi el portón, ese portón parecía la puerta que separaba la pesadilla del despertar a la realidad.

El sujeto no estaba esperándome como habíamos acordado, y el terror nuevamente recorrió mis venas. Caminé hasta la parada sin saber siquiera qué iba a hacer, tratando de esconder el bulto que llevaba. Luego un auto apareció sin darme cuenta. El señor abrió la ventanilla y el trato se consumó.

Esa noche, al igual que las siguientes, no pude dormir. Casi podía sentir el aroma de las flores aún en mis narices, y podría decir que sentía ese cuerpo huesudo y sin cabeza recostado contra mis espaldas. Cualquier zona de mi cuerpo parecía estar preparada para sentir las caricias de esas manos grandes con garras, haciéndome cosquillas, molestándome.

Talvez la familia Riquelme nunca sabrá quién es la persona que prende velas en la puerta de su panteón, y menos aún sabrá quién reza todas las noches por el descanso eterno de un alma, y se arrepiente de haber perturbado la morada eterna de esa señora, pero lo seguiré haciendo hasta que el cráneo de la señora Epifanía, con esas canas enmarañadas, esos ojos ausentes y dientes grotescos, deje de visitarme todas las noches en mis sueños con esa carcajada sin fin. Lo seguiré haciendo hasta que me deje descansar en paz.

Volver a casa

A la memoria de don Julio

—Levántate, Julián, ¡néike!

¿Levantarse? ¿De madrugada? Pero... ¿para qué? Totalmente adormilado y con deseos de continuar durmiendo, no hice mucho caso a la voz imperiosa de mi hermano mayor, pero la calma en aquella noche en Carmen del Paraná ya se había roto.

—¡Que te levantes, te digo! ¿O querés que nos maten? ¡Apurate, tenemos que irnos o nos matan!

¿Nos matan? Pero... ¿quiénes? ¿Y por qué? Las telarañas del sueño iban abandonando lentamente mi cerebro: seguía sin comprender lo que escuchaba. Si bien mi entendimiento se resistía, peleaba por seguir con la inercia dormilona, el miedo empezaba a ganar terreno.

Salté de la cama en la oscuridad, busqué a tientas las zapatillas que había tirado a cualquier lado al desvestirme. Me las calcé rápidamente y alcancé la silla donde había dejado la camisa y el pantaloncito corto que usaba los domingos. Me vestí a los apurones, escuchando los susurros fuertes y urgentes de mis hermanos... «Tenemos que irnos», «Traigan a Julián», «¿Ya están ensillados los caballos?»

Mis 14 años no alcanzaban para comprender la verdadera dimensión de lo que ocurría, pero mi instinto de muchacho criado en la libertad de la naturaleza me permitía olfatear el peligro. Era tan sólido que hasta se lo podía cortar con un cuchillo.

—¡Vamos mitaí, apurate, corré! —la voz imperiosa de mi hermano mayor me acicateaba—. ¡Dale, pues, te digo! ¡Debemos cruzar el río Paraná antes de que amanezca!

Después, cuando estuvimos a salvo, lo supe. Durante esa madrugada

galopamos hasta Encarnación como endemoniados, sin dar descanso a los caballos. Mis hermanos volteaban de trecho en trecho para asegurarse de que los esbirros del dictador no nos siguieran.

Yo iba montado en la grupa con mi hermano mayor, prendido como garrapata a su cintura porque tenía miedo de caerme en ese desenfrenado galopar.

Cuando llegamos a Encarnación fuimos directo al río y, sin hablar, ensimismados en nuestros propios pensamientos, empezamos a sacarnos las botas y la camisa. Nos tiramos al agua y nadamos hacia Posadas, cuya silueta apenas se dibujaba en la densa oscuridad de aquella noche.

Misiones... la seguridad, la libertad... el fin del miedo.

Ahora estoy viejo y enfermo. La memoria me falla. Esa noche marcó mi vida. Nada podrá borrar la angustia de nadar en aquel Paraná desusadamente manso y calmo, pero como siempre profundo y ancho. Nadaba y nadaba y el cansancio me ganaba.

Mis hermanos me alentaban a seguir pero yo sentía cómo el agua me tragaba de a poco. Las ganas de llorar eran cada vez más fuertes. Había salido corriendo de mi casa sin besar a mi mamá y estaba por morir sin haberme despedido de ella. Sólo quería estar con mi mamá. No quería cruzar a Argentina. Esa no era mi casa.

Todo parecía terminar para mí. Cuando los brazos y las piernas ya no me respondían y estaba a punto de dejar de luchar, oímos en la oscuridad la voz de un pescador, que se había acercado en su bote sin hacer ruido, humilde, solidario.

—¡Suban, que los cruzo!

Así, sin consultar, sin juzgar, sin temer.

Nunca supimos su nombre. Solo supimos que era un compatriota generoso con el desvalido, el perseguido, el indefenso. Uno de los muchos que encontré en mi vida.

Remó mansamente en la oscuridad mientras nosotros recuperábamos el aliento, algunos resoplando, otros rezando y yo... llorando la ausencia y la distancia de mi madre. Quería abrazarla y acurrucarme con ella. Quería sentir su calor y protección. Quería seguir siendo su niño.

Llegamos a la costa. Mis hermanos agradecieron en guaraní a nuestro

misterioso salvador, que volvió a remar hacia el Paraguay, mientras nosotros mirábamos hacia todos lados, sin acabar de absorber nuestro destino, nuestra nueva situación de asilados políticos.

Nosotros, los perseguidos políticos, sí, yo también era un perseguido y nada más y nada menos que perseguido político. En ese momento no lo sabía. Mis hermanos trabajaban contra el gobierno de turno para desembarazarnos de él. Pero los descubrieron. La palabra peligro pasó a ser parte de mi vida. Peligro y perseguido habían formado parte de los libros que leía, de los juegos fantásticos con los amigos, las invasiones de piratas, la defensa de la nave atacada, ¡Sandokááán al abordaje!, pero en mi vida real eran una novedad.

Fuimos a la plaza de Posadas a la que iban todos los exiliados. Sabíamos que los panaderos paraguayos de ahí compartían el pan que no se había vendido el día anterior. Ese pan se convirtió en el pan nuestro de cada día, hasta que empezamos a entender dónde estábamos parados y qué necesitábamos hacer. Sobre todo, qué hacer para sobrevivir por nuestro propio esfuerzo.

Mis hermanos me llevaron como furgón de cola a todos sus trabajos: yo formaba parte de la cuadrilla de albañiles, peones, labradores... de cualquiera fuera el trabajo que ellos encontraran.

Y así fui creciendo. Trabajando aquí y allá en las selvas misioneras, amistosas y traicioneras a la vez, encubridoras, salvadoras y a la vez llenas de peligros al acecho. Convivíamos con pumas, yaguaretés y víboras. Esa convivencia nos convertía en personas más fuertes y avezadas, alertas para el ataque y la defensa.

Ya era hombre cuando nos enteramos de que en la ciudad de Yguasú se iniciaría la construcción de un hotel de lujo, frente a las cataratas. Ahí nos fuimos. Sí, mi amigo, así como usted me ve aquí y ahora, yo fui uno de los que levantaron ese hotel que durante tanto tiempo llenó de orgullo a la provincia.

Después me dediqué a la madera, tuve mi propia empresa... Y sí, claro, me enamoré también... de una morena paraguaya de cabellos crespos

y sonrisa fresca, con quien tuvimos siete hijos, de los que solo cuatro se quedaron...

Sin embargo, no todo fue sinsabor en mi vida, ¿no crea, mi amigo! Las dos hijas y los dos hijos que viven me han dado tantas satisfacciones que borraron todos los sacrificios y las tristezas que pude haber pasado.

Y si se le permite a este viejo un poquito de vanidad, le diré que mis hijas son hermosas, estudiosas y trabajadoras, tanto como un padre podría desear. Desde que enviudé se han convertido en mis madres, madres a veces sobreprotectoras, ¡mire usted!, que no me descuidan a pesar de sus otras obligaciones. Lisa y Haydée son parte de los tesoros que la vida me ha dado, que mirando con calma y de lejos, si bien me quitó algunas cosas, también me dio muchas por las que estar agradecido. No quiero sonar como un viejo amargado, porque no lo soy y, es más, ¡me niego a serlo!

José Julián es el menor. Es mi compañero de charlas, domingos de fútbol por la TV, de discusiones y a veces hasta de peleas... Sí, me escuchó bien, de peleas. ¿Con quién me pelearía si no estuviera J. J.? Él anda escribiendo un libro sobre peces. Se metió a estudiar algo así como genética que le dicen... Yo no entiendo mucho pero me gusta lo que me cuenta. A mi edad sigo aprendiendo cosas, eso es lo bueno de hablar y discutir con los jóvenes. ¡La cabeza sigue trabajando, mi amigo!

Y Tomás es el mayor. Es el único de mis hijos que no vive en la Argentina. Se fue a estudiar al Paraguay con lo que tenía puesto. Se recibió y ahora tiene su propia empresa, me salió trabajador el muchacho, ¡mire usted! Viene a visitarme cada vez que puede. Me quiso llevar a vivir con él a Asunción, pero ¿qué voy a hacer ahora yo en Paraguay? Ya no tengo amigos, no conozco a nadie... Me va a faltar ese «¡adiós, don Julián!» con el que me saludan los vecinos cuando estoy sentado en mi puerta tomando un matecito. Ya no va a ser lo mismo. Aquel Paraguay que dejé no existe más y los que forman parte de mis recuerdos ya no están... Así que le dije: «No, mi'jo, déjeme nomás aquí, yo estoy bien.»

Y claro, tengo nietos también: seis chicas y un muchachito. Y aquí me va a disculpar usted una segunda vanidad, pero ¿qué le puedo hacer, si mis nietas también son hermosas? Es que tienen esa belleza de la juventud, de la bondad, de la simpatía... todas esas cosas que hacen linda a la gente sana y

limpia que abraza la vida con ilusión y esperanza.

¿Y del nieto qué le digo? ¡Es músico el muchacho! De dónde sacó el talento es un misterio, porque yo no aprendí ni a tocar un timbre, ¡vea usted!, pero este chico pasa de la guitarra eléctrica a la batería, de ahí al piano y al bombo legüero. ¡No hay instrumento que se le resista al mocito!

Ya está viendo que no me ha faltado nada. He tenido mi cuota de sufrimiento y mis grandes dosis de alegría. Si las ponemos en la balanza, yo diría que las alegrías han sido mayores, aunque conseguidas con sacrificio. Como dijo el poeta: «Vida, estamos en paz».

La enfermedad me cabalga y sé que me está llevando. No es que me resista, ¡no!, hace rato que mis pensamientos me remontan a lugares de paz y de descanso que no sé qué nombre tienen, pero ¡qué importa cómo se llamen! si lo que yo quiero es desprenderme de estos viejos huesos que ya casi no me sostienen.

Eso sí, quiero pedirles que cuando mi alma se libere de la carne que aprisiona a este cuerpo cansado y doliente, cuando mi ser flote en el viento que sopla entre los árboles del sur, cuando mi espíritu nade en las aguas que besan las costas de mi amada Carmen del Paraná, no me lloren. No piensen que me he ido.

Solo habré vuelto a casa.

En el ascensor

Otro día, otro dólar, pensó. Así comenzaba una nueva semana en ese aburrido y monótono trabajo de oficina que no le exigía demasiada imaginación para realizar las tareas. La estaba ahogando. Ella necesitaba un trabajo que le exigiera intelectualmente —y que le pagara mejor—, pero por el momento debía conformarse, pues tenía unas cuentas pendientes. Era eso o volver a trabajar para su padre, lo que detestaba todavía más.

A veces, durante esas interminables horas de tedio, fantaseaba con el muchacho del segundo piso: un rubio, alto, de ojos color miel. No era ningún Adonis, pero le gustaba. La sola idea le ruborizaba el rostro. Ella trabajaba en el cuarto piso y para suerte suya una amiga los había presentado en un almuerzo de trabajo. Sabía poco de él, casi nada, algunas bandas de rock que le gustaban y que no tenía novia. De hecho, había terminado hace poco una relación, al igual que ella. Solía soñar despierta con él, con algún encuentro casual o una cena informal. Algunos días, con aire determinado se decía a sí misma: La próxima vez que lo vea, lo invito a tomar un café. Sin embargo, cuando se cruzaban en los pasillos, terminaba saludándolo apenas, huyendo de su presencia.

Le causaba risa que él tuviera un buen apellido. Siempre recordaba a su tío que le decía en broma: «¿Y vos, mi hija, cuándo vas a encontrar un buen apellido para cambiar el tuyo? Mirale a tu tía, ella se casó conmigo y nadie le conoce por su apellido de soltera.» Sabías palabras del tío, aunque ella, como se creía muy feminista, nunca aceptaría cambiar su apellido —común y corriente— por el de ningún hombre. Ella no era *de* nadie.

Pasaban los días y una idea dominaba su cabeza, era más bien una fanta-

sía extremadamente cliché, pero excitante: el ascensor. El edificio en el que trabajaban tenía seis pisos y sólo dos ascensores que siempre se descomponían. Solían quedarse estancados entre piso y piso, algunas veces unos minutos y otras durante horas. Se imaginaba quedándose encerrada con él un día cualquiera al bajar sus carpetas al segundo piso. Solo pensarlo la dejaba sin aire.

Se deleitaba imaginando el encuentro. Su corazón se aceleraba al pensar qué le diría. Como nunca cruzaron más que un par de palabras y ella tenía fama de ser muy reservada, podía hacerse la tonta y, como quien no quiere la cosa, preguntar: «¿Qué pasó? ¿El ascensor se detuvo?» A lo que él respondería con su dulce voz: «Parece que sí.» Entonces ella, un poco preocupada, preguntaría: «¿Y si nos quedamos sin aire?» Sí, sin aire de tanto placer, pensaría. «Eso no puede suceder», respondería él. «Me siento un poco claustrofóbica», sí, claus-tro-fó-bi-ca, *if you know what i mean*, pensaría. Luego, cambiando a un tono cómplice y con una sonrisa pícara, preguntaría: «¿Y qué podemos hacer?»

Era todo el diálogo que nuestra película porno necesitaba. En ese momento, veríamos que él toma las carpetas de sus manos y las arroja al piso. La acerca a su cuerpo, la aprieta cerca, tan cerca como para sentir su virilidad. Acaricia sus cabellos mientras la mira fijamente con deseo. La arrima contra una de las paredes. No cabe espacio entre ambos.

Despacio, muy despacio se acerca a sus labios, los muerde. Ella respira aceleradamente. Él la besa, como si quisiera comerla, aspira su perfume, mordisquea su cuello. Con suavidad, ella se libera de la prisión de los brazos, se arrodilla, se le sujeta a la pierna, lo mira y de a poco baja el cierre del pantalón, desprende el botón y libera su eréctil masculinidad. Lo lame desde el principio hasta bordear toda la punta con la lengua. Lo mete en la boca y lo succiona con delicadeza. Ella se le enrosca a la pierna derecha y se sujeta de su cintura y chupa, mete y saca, rodea la punta, lo acaricia con sus manos, lo agarra con ganas, sube y baja. Él aparta el cabello de su rostro y disfruta.

La escena se corta abruptamente. La despiertan de su sueño. Una compañera de trabajo le acerca más expedientes. Ella, sonrojada, se incorpora y agradece. Permanece un momento en silencio intentando dejar de lado sus pensamientos, paseando la vista por la computadora, los útiles y las carpetas

pendientes. «Somos esclavos de cubículo del siglo XXI», piensa. Retoma sus tareas con indiferencia.

Toma algunas carpetas y se levanta del asiento. Entra en el ascensor, presiona el botón 2, sonrío para sí misma. El ascensor se detiene un piso más abajo. Las puertas se abren. Entonces lo ve. Él le sonrío y saluda. Siente un paro cardíaco momentáneo.

—¿Bajás? —pregunta.

—Sí —responde ella tímidamente.

Las puertas se cierran.

La intranquilidad se apodera de ella. Por un instante cree que él puede leer sus pensamientos y que descubre, sin asombro, todas sus fantasías. El tiempo se eterniza. El ascensor emite un sonido extraño y da un pequeño rebote.

—¿Qué pasó? Parece que se quedó atascado —pregunta ella.

—¿Y qué podríamos hacer al respecto?

La función de cine

El cotilleo constante de los vecinos del pueblo no me dejó pegar los ojos. Tampoco la ansiedad ayudó al sueño. El cura Luis nos había anunciado al final de una misa, lo que habría esa tarde en la iglesia. La noticia estaba en boca de todos, daba vueltas en las reuniones y los encuentros de la gente. La curiosidad colectiva incluía a nuestra familia. Excepto a papá. Alejado de tanto comentario popular, él se mantenía concentrado en el duro y complicado trabajo de la chacra y su implicancia financiera. Siempre serio y firme, dispuesto a salir adelante, nos repetía, y mis hermanos y yo sólo obedecíamos.

El día lucía una corona de oro fulgurante, en lo alto, esa mañana. Unos enormes escudos de nubes facilitaban islotes de sombra durante la marcha sinuosa del cachapé rumbo a la plantación de naranja agria, nuestro quehacer diario. Yo seguía pensando en el tema recurrente, masticando la idea. No podía entender eso que llamaban función de cine.

Una vez estacionado nuestro vehículo laboral y familiar, nos dispusimos a desmalezar la futura chacra de esencia de petitgrain. Cada uno bajó con un hacha en la mano y comenzó el desmonte dirigido por papá. A medida que avanzábamos con el trabajo, el soplo ardiente de la luz solar humedecía nuestras camisas —alguna vez blancas— que torpemente intentaban resguardarnos del azote ultravioleta. A pesar del sombrero pirí, sentía que la cabeza recalentada se hinchaba. La agitación se oponía a mi avance sobre el matorral. Fue cuando un torrente de luz se filtró entre las nubes y se hundió en mis ojos. Crispé la mano sobre el machete que resbaló y fue a dar en la tierra, apreté los dientes y, enceguecido por el destello, recordé a papá reprimiéndome el día anterior:

—¡Te dije ya, Julio, no me voy a ir, carajo! Ni tampoco ustedes. Se van a quedar a ayudarme en el trabajo. ¡Ya le dije a ese cura mentiroso que deje de engañar a los que más necesitamos, a mí no me convence solo porque vino de España...!

Intenté persuadirlo varias veces, sin obtener más que una pregunta suya sobre el acto, hasta que estalló durante el almuerzo. Fue toda la justificación necesaria para que los tíos, que escuchaban atentamente, ni siquiera pensarán responder la decisión y volvieron sus miradas a sus respectivos platos de sopa de gallina.

Como el mayor, yo debía ser el ejemplo de disciplina. Ellos, a veinte metros de mí, visiblemente afectados por el calor y más por la prohibición, acompañaban el trabajo en silencio condescendiente, sin disimular sus rostros de tristeza y resignación. Y a mí me costaba cada vez más aguantar callado el firme estirón de la curiosidad y las oleadas estomacales de ansiedad.

Un par de ramas sobrantes fueron rematadas por mi machete mientras esperaba el momento de mayor concentración de todos para escapar desliziéndome entre los arbustos que aun esperaban firmes su combusto destino. Entonces la ansiedad ya había ganado la disputa por mi lucidez, contra el miedo. Tomé el sendero de vuelta a casa, en busca de mi caballo. Una vez ensillado elegantemente, lo monté con rapidez y salí sin que me vieran. Apuré la marcha camino a la iglesia. La hora se acercaba y todavía me quedaba un buen trecho... Solo una alambrada sin púas separaba mi senda de la planicie calma, con unas islas arbóreas donde podía ver cómo el cielo se poblaba con montañas de nubes cada vez más oscuras. A mi izquierda, bien separadas por varios metros de maleza y árboles viejos, las casas de mis vecinos cada vez parecían más juntas.

Luego de una hora ya podía ver la camioneta Ford modelo ochenta del cura, al lado de la torre rectangular del campanario. La gente llegaba al lugar. No podía esperar más. Sacudí la pierna izquierda y mi compañero de viajes respondió con un relincho nasal de dolor y desapruebo e inició nuevamente el trote...

El preludio del atardecer traía consigo grandes nubarrones que ensombrecían toda la iglesia, la escuelita de enfrente, la despensa y casi todas las casitas a su alrededor. La gente se había ubicado en las sillas enfiladas de cara

a uno de los laterales del local. Y entre las dos columnas de sillas repletas, estaba una mesa con una máquina que rugía como un motor, con dos ruedas encima, cubiertas de cintas negras que formaban una imagen con luz amarillenta en la pared, hacia donde todos miraban mudos. Inmediatamente bajé, amarré al caballo a uno de los árboles colindantes para ir a entender mejor lo que había visto.

Apenas podía pensar en el suceso revelador ante mis ojos cuando un estruendo iluminó el cielo ya bastante oscurecido por las nubes. Una ráfaga húmeda tumbó la mesa con el motor de dos ruedas que al minuto dejó de funcionar. La lluvia cayó sobre nosotros. Esperé varias siembras para cumplir su nefasta confabulación con papá. La gente corrió a refugiarse dentro de la iglesia... y yo, tieso y muy aturdido, asimilé bajo la ira del clima esa ilusión ocular en la pared de madera, oscura, mojada y con la pintura corroída. Papá tenía razón, ese cura mentía. ¿Cómo podía entrar y moverse un circo, una bicicleta y tanta gente en una pared iluminada? Tal vez, magia. Sí, eso es. Pensé.

Ofuscado, entré en la iglesia, buscando al cura, y cuando le tuve frente a frente exigí que me enseñase esa magia. Él, sereno y con una media sonrisa, me invitó a que lo ayudara en la próxima función. Intenté esconder la mirada triste pero sentí su mano en mi espalda: «También es mi película favorita. Tranquilo, hijo. No te aflijas. Voy a hablar con tu padre...» Y un trueno lejano interrumpió súbitamente el murmullo de la gente dentro de la iglesia.

Atascado

Lo primero que pensé cuando el auto se negó a seguir fue que no tenía idea de cuánto tiempo tardaría en descomponerse un cadáver. Eran las cinco de la mañana. Amanecería en una hora. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? ¿Dos, tres horas? ¿Qué podría hacer si no venía la grúa? ¿O si también se estancaba en el barro y amanecía y alguien se daba cuenta de que en la carrocería algo empezaba a apestar?

Juré que si salía de eso, nunca, nunca, volvería a hablarle a Gabriel. Si me atrapaban, tampoco volvería a hablarle, porque me imaginaba que después de delatarlo como autor del crimen no seguiríamos siendo amigos. Quizá si no lo delatara, Gabriel lograría sacarme de Takumbu con sus influencias. Pero de todas formas, tendría que dar muchas explicaciones del porqué me había ido de paseo con un cuerpo y terminé atascado en una ruta perdida de Luque.

Apagué el motor cuando ya era obvio de que la camioneta no se movería. Abrí la puerta y, gracias a la luz tenue de la luna, vi que las ruedas traseras se habían ahogado en el barro rojo. No me animaba a prender las luces de lanternas por temor de despertar a alguien. Había una o dos casitas a casi cien metros, y más adelante una bodega cerrada. A lo lejos se escuchaba el ruido de los micros y unos gallos anunciando el imparable amanecer.

Es que yo también fui un pelotudo. ¿Quién me mandó a ayudar al todavía más pelotudo de Gabriel? Nadie. Yo solito me ofrecí porque le debía los últimos años de farra, mi trabajo y gran parte del pago de la camioneta en la que estaba atrapado con el cadáver de Josefina. Josefina, la rubia de los perros. Qué asco me daba cuando le decían eso. Y la pobre se sentía tan feliz de ser parte de ese mundo que jamás sería el suyo.

A pesar de todo, le entendía muy bien a Josefina. Yo también vivía col-

gado de esa ilusión de pertenecer a esa élite dueña de medio país. A veces, cuando nos juntábamos en la mansión de alguno de ellos, contemplaba cuánto del país estaba en manos de esos pibes. La mitad de la mesa seguramente era dueña del treinta por ciento, y la otra mitad del veinte. Comíamos el asado que venía de sus muchas estancias y tomábamos la cerveza comprada con la plata de sus papis. Ayer de noche, por ejemplo, me había reído de Luciano, que se quejaba del auto que había destruido al salir borracho de una discoteca. El auto de cien mil dólares terminó incrustado en una columna de la Ande y él salió caminando solo con un moretón en la cabeza. Para él, eso fue un chiste. Olúo, qué pedo tuve, se reía. La cagada es que ahora voy a tener que usar la camioneta del chofer hasta que mi apá me quiera comprar otro auto.

Un perro negro se acercó a la camioneta con miedo y se puso a oler las ruedas delanteras. Levantó una pata y marcó su nuevo territorio. Como no quería hacer ruido, le tiré una botella de agua que había encontrado en el asiento del pasajero. El perro se alejó corriendo. Eran las cinco y veinte de la mañana y todavía no venía la grúa. Debía considerar mis opciones. Si dejaba el auto y corría, no sabría cómo salir de ahí. Podía denunciar el auto como robado, pero durante ese trayecto de llegar a mi casa, bañarme y sacarme el barro de encima, alguien de seguro olería o vería el cadáver en la carrocería.

Gabriel estaba muy seguro de su plan: él limpiaba la sangre del quincho y yo me iba a tirar el cuerpo a algún baldío. La familia de la rubia vivía en Ciudad del Este, según lo que sabíamos. Nadie se daría cuenta de su desaparición hasta que encontrasen el cuerpo. Entonces ya no habría rastros de que ella había estado en la casa de Gabriel ese sábado de noche. A mí me tocó la peor parte, primero porque Gabriel estaba demasiado borracho para manejar (terminaría matándose con Josefina en el camino), y segundo porque así siempre fue nuestra amistad. Él se metía en los quilombos y se paralizaba, y yo era el fiel lacayo que tomaba las decisiones para salvarlo.

Cinco y cuarenta y tres. El cielo se estaba esclareciendo y la puta grúa todavía no llegaba. Un señor salió de una de las casitas y subió a una moto. Miró hacia donde yo estaba como si dudara en acercarse o no. Al ver el charco donde me metí, creo que se asustó y pensó que era mejor llegar temprano y limpio a su trabajo que intentar ayudarme.

Cinco y cincuenta siete. Solo el sol se asomaba en el horizonte. Ni la grúa ni nadie más estaba a la vista. Quizá se perdió. Mis indicaciones, por cierto, no fueron muy claras, pues era difícil explicarle dónde mismo me encontraba. La calle de tierra no tenía nombre. Solo pude explicarle que debía pasar la curva de la ruta que va de Luque a Limpio.

Escuché el ruido de un motor y pensé en la grúa. En el retrovisor vi que era un motocarro que llevaba una bolsa gigante de botellas de plástico y, en la parte trasera, una familia sentada en sillas de cables. El motocarro desvió el charco y paró cerca de la camioneta. Uno de los niños se acercó y se metió en el barro, perdiendo una zapatilla en el camino. Agarró la botella que le había tirado al perro y, embarrado hasta las rodillas, subió de nuevo al motocarro. El conductor me hizo una señal de «al pelo» y le respondí de la misma manera. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Eran las seis y cuarto y ya había visto pasar a varios motociclistas, a una señora que sacó a pasear a su vaca, a un vendedor de bananas que me ofreció una docena por cinco mil guaraníes, a un diariero y un Vitz blanco que vibraba al ritmo del reguetón. Del Vitz se bajó un pibe más o menos de mi edad. Sin apagar la música, se acercó a la camioneta.

—¿Después, kapé? ¿No querés que te ayude a empujar o algo?

—¡Gracias, pero ya viene la grúa! No vamos a poder sacar esto de acá empujando.

—¿No viste pio el pozo cuando venías? Desde la semana pasada que está así.

—No, no vi.

—*Nde rakóre*. Y bueno, suerte, Kapé.

Lo único que me reconfortaba era que la camioneta estaba metida en el medio del charco. Nadie podía acercarse demasiado sin correr el riesgo de hundirse también. El efecto del alcohol me estaba pasando y necesitaba dormir. Pero primero necesitaba esconder el cadáver y no irme preso en el intento, tarea que se me complicaba con el paso del tiempo.

A las siete y quince vino la grúa, que me despertó de un bocinazo. Miré hacia la carrocería y vi que la toalla con la que cubrimos el cuerpo de Josefina estaba marrón, seca y ensangrentada, cobrizo, como el color de la tierra. El operador de la grúa se acercó con un saludo. Me fijé en las botas que

llevaba puestas: de plástico, para la lluvia. Podía entrar en el barro con ellas. Dio unas vueltas alrededor del charco, estudiando la situación. Cuando fue hacia la carrocería, salí por la ventana y me trepé arriba de la camioneta para llegar a la carrocería y tapar el cuerpo con el mío.

—Yo creo que va a ser más fácil si estiramos de atrás —dijo, y se detuvo a unos metros. Si se acercaba más, era mi fin.

—¿No es mejor por el frente?

—Ahí tenés un tira tráiler, voy a enganchar con eso. Por adelante no tengo dónde enganchar.

—Tiene un gancho ahí adelante —le dije, e hice un gesto como para que lo buscara.

Lo encontró. Enganchó el guardabarros de la camioneta con la grúa, y logró estirla afuera del charco. Me bajé con prisa y, mientras el señor desenganchaba el cabo de acero, le di un billete de cien mil y regresé al volante para salir rajando.

Di varias vueltas por la zona hasta que llegué a otro camino de tierra más fino, rodeado de una selva de baldíos. Retrocedí la camioneta hasta donde había un árbol y rodé el cadáver de Josefina, de la carrocería al suelo. Aterrizó boca abajo sobre la maleza y me asusté instintivamente. Mi mente no procesaba que la caída no le dolería. Arrastré el cuerpo hacia el fondo del baldío. En el camino se enganchó con algo y tuve que voltearlo. Le tapé la cara con la toalla, y vomité al ver chorreado el cerebro de Josefina... Tenía el cráneo roto. Apenas me recompuse salí corriendo de ahí. De vuelta en la camioneta, pensé que a lo mejor podían pillar mi ADN del vómito. Pero recordé que estaba en Paraguay. Nadie iba a tomarse la molestia de investigar el crimen de la rubia. No era alguien importante.

Gabriel me llamó trece veces en el transcurso de la noche. Le atendí cuando ya estaba regresando a Asunción.

—¡Boludo! ¿Por qué no me atendías?

—No quería gastar mi batería. Ya está. No creo que le encuentren hasta en unos días.

—Callate, imbécil, mirá si se está escuchando esto. ¿Ya estás en tu casa?

—No. Estoy volviendo recién.

—¿Por qué tardaste tanto?

—La camioneta se quedó trancada en un charco. No quería prender las luces y no vi...

—*Nde rakóre*. Y bueno, si llevabas mi Hilux capaz no se trancaba. Che...

Corté el teléfono y fui a mi casa. Me bañé durante una hora, como si el agua pudiera lavar la suciedad que llevaba encima después de esa noche. Aterricé en la cama, exhausto, pensando que nada volvería a ser igual. Pero yo no era un criminal. Esos son los pibes chorros que apuñalan a la gente para robarles sus celulares, los mal llamados machos que cegados por los celos balean a sus señoras, los que roban cajeros automáticos con explosivos.

En este país jamás importó la ley impuesta por el hombre. Todos sabemos eso. Lo de la rubia fue un accidente. No es una buena idea tratar de usar un patín después de tomar muchas cervezas. Gabriel tenía razón: si llamábamos a la policía se iba preso él, y quizás yo también. ¿Íbamos a cagar nuestras vidas por algo que no fue nuestra culpa?

Lo mejor sería alejarme de Gabriel, de ese mundo en el que todo se soluciona escondiéndolo o borrándolo. Yo era el que iba a cargar con el peso de lo que pasó por el resto de mis días. Conociendo a Gabriel, se haría el tonto, como si nada hubiera pasado. En su mundo, y el de sus amigos, lo que no sirve se descarta, lo que molesta se hace desaparecer. Cuando empecé a imaginarme el cadáver de la rubia, abandonado en el anonimato de un baldío, quise llorar... Pero me ganó el cansancio, y caí en un sueño profundo.

Gabriel volvió a llamarme cinco veces a lo largo del día. A la sexta, le atendí, convencido de que le haría desaparecer de mi vida de una buena vez.

—Che, Marce, ¿estás bien?

—Sí. Gabriel, yo creo que tengo que alejarme un tiempo. Lo que pasó fue muy fuerte. Vos sabés que yo soy tu amigo, pero esto es otra cosa.

—Fue un accidente, a cualquiera le puede pasar. Sabés el quilombo en el que me iba a meter si le llamaba a la policía. No iba a poder explicar cómo pasó, y sabés cómo es la justicia acá. Iba a quedar como el cagaplata machista que le pegó a su amante o algo así. Ya me veía en la tapa de Popular. Y Victoria me dejaba, de una. Le conté a mi mamá lo que pasó, y después de la puteada me dijo que lo mínimo que podía hacer era comprarte otra camioneta. Vendé esa otra, tirá, hacé lo que quieras con ella. ¿Cuál querés?

—¿Qué?

—Y sí. Esa te va a traer malos recuerdos. También me dijo que nos vayamos de vacaciones a algún lado para olvidar lo que pasó. ¿Qué te parece Cancún? Es verano allá ahora.

Dudé un rato en responder. Todo es tan simple para él, para ellos. Al final, solo dije:

—La verdad es que me vendrían bien unas vacaciones.

Conjuro

Héctor se había levantado más tarde que de costumbre. Su madre había entrado con una jarra de agua en la habitación para derramársela en la cara. Y él, con grandes alaridos, saltó inmediatamente de la cama...

—¿*Mba'ére piko péicha rejapo cherehe, mamá?* —exclamó.

—¿*Ha nereñandúi piko aje'ï guivéma niko aju romobáy haġua, che memby? Reho va'erã niko hina puévlope, rejogua haġua temikotevê ogapype guarã.*

Cuando salió de la habitación, le impactó en los ojos el sol radiante.

—*Che ra'y: ansillapáma ndéve ne rymba kavaju, tereho ejovasa pya'e porã amo nicho renondépe, ne hermanita ykua'ïpe. ¡Néike, Héctor, eñembo'é'imi chupe upekuévo!* —El padre lo dijo con tanta naturalidad, pues doña Anastacia había perdido a Angélica en pleno alumbramiento con la parturienta del pueblo.

Se preparó con desgana. Vistió la mejor ropa, las botas tejanas, el cinto de cuero con hebilla de plata que le había enviado el abuelo. El brioso alazán *pytã*, con las crines bien peinadas, el freno bien puesto, estaba impaciente a la espera del amo. Las salvias, los lirios y el jazmín paraguay del jardín del frente emanaban sus perfumes, llegando a veces, de acuerdo a los constantes giros del viento, al olfato de la gente del pueblo. Aliento celestial y perturbador.

—¿*Reimembáma, che ra'y?* *Eju katu ápe, hetia'eterei hína Alasán. ¡Ojo'opáma okára, chemojyva kané'óma a juu tira hague!*

Se dirigió al padre y por primera vez esbozó una sonrisa desde que estuvo despierto.

—¿*Mba'é tea epukaha? ¡Kóina che ra'y ejogua haġua don Amado almasen'gui temikotevê nde sy ojerureva'ekue ndeve.*

Asintió al padre y recogió la plata.

—*¡Ahhh, na'ápe avei che mboka egueraha, eipuru hagüaiténteke eguenohê!*

Al decir eso recordó las veces que practicaban al tiro al blanco con Venancio El Bárbaro, hijo de don Amado. Venancio: hombre corpulento, desinteresado, buscapleitos, tomador, jugador y mujeriego, a diferencia de Héctor, siempre estaba dispuesto a todo. Esa sensación de buena educación recibida de los padres mostraba un aspecto de buen muchacho: mantenía el equilibrio con el amigo de infancia, sabía hasta dónde llegaban las travesuras, como la vez que se abstuvo de cometer unas fechorías con Venancio, cuando de camino al pueblo entró en la granja de don Luciano y prendió fuego a dos ovejitas que estaban en el cerco. Por supuesto, don Amado tuvo que retribuirle con el valor justo a don Luciano, por los daños ocasionados por parte de su hijo. Se despidió del padre y la madre pidiéndoles las bendiciones.

—*Tupãã tanderovasa, ha tandeipe'a iváiva poguygui, San Miguel Arcángel tande'ho'í, ta'upéicha.*

Durante el trayecto veía a las ardillas saliendo de los cañaverales, al guá'a y al tucán con su trinar peculiar. Avanzaba observando todo eso hasta llegar a la entrada del pueblo donde se imponía un lapacho colosal. Allí se detuvo Héctor, tomó la caramañola y bebió el agua pausadamente. Pensó lo que haría ese día de fiesta de San Juan. Estiró la rienda del caballo, golpeando suavemente con el rebenque al animal, hizo unos trotecillos y entró en el pueblo de unas centenas de casas. La gran plaza estaba al final de la calle, junto a la iglesia y a la casa de don Amado (el lugar de abastecimiento para la gente), que en esos días de junio padecía de una terrible hepatitis, más la viudez, los dos hijos, la criada, aunque el negocio le pesaba más.

Héctor cruzó el pueblo como Jesús entrando en domingo de ramos. Los niños lo miraron al pasar, al igual que los ancianos. Su aire de pobreza pudiente (lo tiene todo, familia, cobija y probablemente un amor) dejó encantadísimas a las solteras. Tras su paso se olía a salvia, a lirio y a jazmín paraguay.

Don Severo, el carnicero, alzó sus manos. Héctor le saludó:

—*Aháta aju, karai Seve, eñongatumína chéve so'o, ani che resaráiti upéi.*

El señor le cobró y, posteriormente, apartó de las demás la carne para

Héctor.

—¿Ha upéi Héctor? Hetáma brasileiro kuéra ohasa ñane fiesta San Juan hápe. Ha avei kuehe riréma oguahê peteĩ makumbéra, omé'ê chupe posada don Amado. Oguahemérente voi oipohanóma chupe. Hetami ndaje oity chugui yso. Osapukái, hasê, oñembo'ê don Amádore, ha'é katu tupápe, hãĩ puriürü, ojepokyty ha ojere, Venancio ha María ojoko chupe; oipe'a ndaje chugui heta mba'évaí. Ko'aga guara okuarúma tuguy, ndaje ipofñ hagua upéva, he'i pe kuñakarái matunga guãigui. ¡Che ndaroviaguasúi upéva!

—Taupéicha guei, che aimo'ã nde resateégui rehecha ra'e, emombe'uháicha ha'éte voi reime mba'e va'ekue upépe —dijo Héctor y se echaron a reír.

Al retirarse de la carnicería, fue en dirección a la plaza y vio a muchos turistas recorriendo y a otros en el Bar Kuriju Guasu de don Tolo (Bartolomé) bebiendo caipiriñas y otros brebajes.

Héctor escuchó un silbido proveniente de la esquina de la plaza.

—Nde bárbaro, Venancio. ¿Mba'éiko rejapo? Voieteri niko remokōma hagua —dijo volviéndose hacia su amigo y le tendió la mano.

—Ha upéi, Héctor. Che ajaposéva ajapova'era, jiihaaa! —saludó, sacó el arma y la percutió hasta vaciar—. Oimbama pépe yvyrasyi, toro candil ha pelota tata.

Naturalmente, los preparativos de San Juan estaban listos.

—Ejúpy he'u'imi chupe, che rúpe niko omonguera pota hína pe makumbéra oíva ógape.

Luego de ponerse al tanto de sus vidas, se dijeron que irían otro día al bosque para volver a practicar el tiro al blanco. Ya de tarde, contó a Venancio que debía ir al almacén de su padre.

Al llegar, le atendió Judhit, la hermana de Venancio, la más bella del pueblo de Ypehú, figura esbelta de nariz respingada, de cabellera de fuego, labios carnosos carmín, salida de algún cuento de hadas.

—Aje'ima rohecha Venancio ndive reime, roha'arō hína kuri jaha hagua ñande escondítepe, che amor.

Ella le habló con dulzura y encantamiento. Tenían un lugar secreto, cerca de un arroyuelo, la morada de los enamorados, al que iban casi todas las tardes a confundirse en besos y algo más.

—Ko'agango papá noñeñanduporái hína.

Héctor estaba totalmente distraído, loco de amor, no podía creer en esos

acontecimientos propios de las personas que se entregan a lo más divino en la tierra. En esos tiempos de atardeceres cuando iba con Venancio al bosque para practicar el tiro al blanco, Judhit los seguía y, detrás de un arbusto, esperaba que se despidieran. Héctor se percató de su presencia y la cortejó desde entonces. Volvió en sí, después de ese lapso en que uno se olvida de todo. Miró alrededor y le tomó las manos a Judhit y le dijo:

—*Eme'êna chéve, che sy oikotevêva, ani che resarái upéi hína, ha aháta roha'arõ plásape.*

Ella asintió y entregó el pedido a Héctor. Él le dijo que lo guardara, que después de la fiesta vendría a retirarlo. Se despidió con un beso en la mejilla y Judhit se ruborizó completamente. La noche había caído sobre el pueblo. Comenzó la función, con los niños corriendo alborotados detrás del toro candil y viceversa, con los muchachos subiendo al *yjvyrasyí*... En la gran pista de baile los turistas brasileros se divertían bailando con las paraguayas lindas.

Esa noche, Judhit pidió a la criada que cuidara del padre aferrado a la cama. Vestida con elegancia, hermosísima, no tardó en llegar junto a Héctor.

Mientras la gente salía de sus casas en dirección a la plaza, don Amado sintió la urgencia del ir al baño y se levantó penosamente de la cama. La habitación se encontraba detrás del almacén. Cuando cruzó la sala, escuchó un ruido, como si cayeran unas latas. Se precipitó hacia la puerta de almacén y vio una sombra detrás del mostrador, frente a la caja. Encendió la linterna y le enfocó a la cara. Era la makumbera corpulenta de tez morena, cabello rizado y abultado, sacando la mano de la caja con un fajo de dinero. Un poco asustada, lo guardó entre sus pechos, y sin pronunciar palabras fue directo hacia don Amado, golpeándolo en el ojo. Él trastabilló y terminó en el suelo.

—¡Socorro, María! *Tereho Venanciope emombe'u pya'e...*

María, la criada, salió por la puerta trasera de la casa. Despavorida, corrió hasta la calle y fue directo a la plaza. Pasó volando en medio de la gente, chocando contra unas personas. Buscó con la mirada a Venancio. No lo veía en ningún lado. Entonces gritó y preguntó a quienes estaban a su alrededor. Un vecino le apuntó con el dedo hacia el bar.

Antes de que llegara, Venancio vio a María y se levantó de la mesa para ir a su encuentro.

—*¡Tereho pya'é nde túva rendápe ojukáta pe makumbéra chupe!*

El caballo alazán de Héctor estaba frente al Bar Kuriyu Guasu. Lo montó, agarró la rienda y empezó a galopar, cruzando la plaza donde se encontraban Héctor y Judhit comiendo un *mbeju* mestizo. Llegó frente al almacén, se lanzó del alazán y entró por la puerta entreabierta, pasó de largo las góndolas de mercaderías y vio a su padre tirado en el suelo y a la corpulenta mujer tratando de estrangularlo con las manos. Venancio se le acercó con el revólver 38 en la mano. Ella lo vio pero no pudo evitar el golpe seco en la sien, y cayó inconsciente al suelo. Él la agarró de su abultado cabello y la estiró con una fuerza de buey. Con furia encarnizada la arrastró hasta la calle, donde la muchedumbre se agolpaba. La llevó hasta la plaza. Había parado la música. Judhit y Héctor estaban detrás de la makumbera, que había vuelto a sus cabales y gritaba desafortunadamente. La tensión reinaba en los rostros de los vecinos.

La dejó caer en medio de la plaza, cerca del *yvyrasyí*, y los billetes sobresalieron entre sus senos, lo que encolerizó aún más a Venancio:

—*¡Na'ápe ko makumbéra atopa ojuvýta papápe, omonda ndapépe pláta ho'a chugui.*

Judhit empezó a llorar: «¡Papááá!» La gente miraba entristecida.

—*Ko'ága aporandúta peême, zmbá'épa jajapóta ko matúngagui?*

Al unísono respondieron:

—*¡Jahapy!*

El consenso fue inmediato y radical: decidieron quemarla.

Amontonaron leñas alrededor del *yvyrasji*. Venancio la agarró del brazo y la colocó encima de las brasas. La makumbera gritó unas maldiciones: «¡Arderán todos ustedes en el infierno! Caerá la maldición sobre tu casa, perderás a quien amas, de la boca de tu padre saldrán gusanos y culebras», y escupió en la cara de Venancio, luego se echó a reír desenfrenadamente. La gente gritaba: «¡Jahapy, makumbéa Júda kái!» Venancio prendió el fósforo y lo tiró a las virutas de hojas secas que colocaron entre las brasas. Las leñas ardieron rápidamente. En ese instante, frente a los ojos despavoridos, cuando el calor sofocante le subió a los pies, la makumbera lanzó un abismal conjuro a los súcubos íncubos, a los dioses de la ultratumba.

La gente quedó intrigada. Con el viento norte vino una ráfaga fortísima

que hizo rechinar los árboles. Se escuchaba un ruido impactante. A medida que se acercaba era más fuerte. Un viejo vio algo y exclamó

—¡Ñandejára Jesucristo!

Un pájaro descomunal los envolvió y aterrizó en dirección a la makumbera. La muchedumbre corrió a todos lados. Sólo Venancio El Bárbaro permaneció frente a ella, bajo las garras. La makumbera pudo levantar las manos que estaban atadas y la bestia la elevó al cielo.

—¡Nderehoichéne chehegui, ne aña membýpe guare —gritó Venancio y apuntó y jaló del gatillo y, ¡zas!, le disparó justo entre los ojos, abriéndole la cabeza.

Las gotas de sangre cayeron como una pequeña llovizna.

—¡Hesakuaitépe rejapi che ra'y! —dijo don Severo.

La makumbera dio unos giros en el cielo, como unas piruetas, y cayó estrepitosamente en el suelo, mientras el pájaro se alejaba del lugar sobrevolando la casa de don Amado, dejando tras su vuelo un viento frío y aterrador. Todos fueron a la casa de Judhit y Venancio.

Don Amado yacía en el suelo. La gente lo rodeó. Judhit abrazó al padre y lloró de rabia e impotencia. Las gotas gordas caían sobre el pecho húmedo del cuerpo inerte. Dijo que ella había dejado la puerta abierta cuando se dirigió a la fiesta. En el lugar reinaba el llanto. En medio de rostros tristes, unas madres empezaban el ritual de las lamentaciones. Venancio El Bárbaro seguía con la adrenalina de lo sucedido con la makumbera. Solo luego de varias horas se le vio con los ojos enrojecidos. Entonces, cuando Héctor le abrazó, entre sollozos, lamentó no haberse quedado con su padre en el último momento de su vida.

Yo el funcionario

M*ba'éichapa*, ¿me puedo sentar, compañero? Mi nombre... creo que te habrán mencionado luego, vengo recomendado por un correligionario en común. Me dijo que había oportunidad en esta parte y me consiguió una reunión contigo.

Bueno, compa... ¿te puedo llamar compañero? Es que todos en la función pública somos compañeros, nos ayudamos entre todos para hacer avanzar la institución, ¿*ajepa*?

Mi experiencia laboral... bueno... yo hace quince años que estoy en la función pública. *Nde rasóre*, ¡de todo ya hice!, desde ordenanza hasta dar consejo a los directores. Estuve unos seis años en la Cámara de Diputados, haciendo de todo un poco pero nada fijo. Y después me jui al Palacio de Justicia por unos cuatro años. *Ndi*... y la verdad que no me gustó tanto ahí, andaba de aquí para allá. Ni tiempo para mi *tereré rupa* me daba. Yo sé que sos uno de los míos y que respetás religiosamente el *tereré rupa*.

Te recomendaría que no vayas porque no daba gusto, compa, el ambiente no era tan bueno. Y en los últimos cinco años estuve en el Ministerio de Trabajo, ahí sí dio gusto. Uno podía tranquilamente trabajar y aplicarle el *tereré*, y naaadie te molestaba. Básicamente soy el famoso comodín: juego en todas las posiciones. Yo sé que te puedo aportar mucho a la institución. Uno de los directores dependientes del Ministerio también me dijo para venir acá.

¿Que por qué salí? Y la verdá es que uno siempre quiere ir probando lugares nuevos. No, no salí por eso... bueno, compa... lo importante no es como haya salido, sino que estoy al cien por cien para ayudar en lo que sea. No, no me echaron, yo me desligué. Si, sé que hubo muchos despidos por

falta de capacitación, pero creeme, yo no formo parte de ellos. Creo que fue una injusticia despedirlos, tienen familia e hijos que alimentar. Es una lástima que el Estado le haga eso a su propia gente.

¿Qué? ¿Que nuestro correlé te conto lo mío? Bueno, te viá contar la verda. No la dije porque seguro me ibas a juzgar. Me tuve que desligar por un supuesto acoso sexual. Compa, no es mi culpa que se vista así y quiera mostrarse. Para todo hombre era imposible resistirse a semejante carne paraguaya. Yo sé que me entendés, vos sos de los míos. Bueno, esa tremenda carne de primera me amenazaba con demandarme y mi jefe me recomendó nomás salir para evitar problemas internos. Desde ese momento ya pasó a ser carne de tercera para mí.

También tuve que salir porque iban a lanzar concurso de contratación, y pedían título universitario... Mi universidad son los correligionarios. Era mejor salir por la puerta grande antes que te echen. Es una lástima que te quiten trabajo de esa manera.

¿Cómo que no hay lugar? Pero... pero no vengo porque tengo el mejor currículum, vengo por recomendación del ministro. ¿Estás pio entendiendo de lo que significa eso? ¿O querés que venga él mismo a pedir por mí? Esperá nomás a que te llegue una llamada del ministro, apenas salga por esa puerta. Y si me querés joder la vida, unos compas me pasaron unos escándalos tuyos que no te conviene que salga en público. Fácilmente te podés convertir en tapa de diario, mi correlé.

Ehhh, bueno, creo que me sobrepasé... disculpamena. No es mi intención crear discordia entre compañeros... pero en serio quiero trabajar, damena una oportunidad y disculpá por lo sucedido. Te prometo que si trabajo voy a dar mi cien por cien. Sé de muchas cosas que te pueden interesar, puedo aportar mucho a la institución y a los compañeros. Tengo nio una familia que alimentar, además prometí una pequeña parte a nuestro socio. Y si me aumentás el sueldo, el treinta por ciento se queda para vos, *¿ajepa?* Dame una oportunidad, para remendar lo sucedido, por favor.

¿Que desde el lunes puedo empezar? ¡Graaacias, correlé! Te agradezco mucho por ayudarme en mi situación. Ahora mismo llamo a nuestro camarada para agradecerle la recomendación. Te prometo dar mi cien por cien a la Municipalidad de Asunción. ¡Que Dios y la Virgencita te bendigan!

El desencuentro

A través de la ventana, Leonor miraba el patio desierto del asilo. No sabía cómo había llegado allí, ni sabía cuánto tiempo más se quedaría. Alguien le dijo que sería solo temporal, que cuando volviera alguno de sus hijos a visitarla, se la llevaría a la casa construida por su difunto marido. Ya la enfermedad empezaba a causarle cortocircuitos en el pensamiento: apagones que borran por completo memorias de otros tiempos y destellos de recuerdos ya sepultados que refulgían de pronto con una explosión de realidad.

¿Hijos? ¿Tenía ella hijos? Sí tenía. Ramiro, Roberto, Susi, Ale, Lucía.
No.

Ramiro, Roberto, Susi... ¿Cómo era? ¿Ale? ¿Marcos?

No recordaba. Pero tenía. Eran cinco, y alguno volvería a buscarla de ese asilo que olía a viejo. Ella, no. En ella todavía perduraba la juventud. Había días en que se sentía aquella muchacha de piel lozana danzando al son de la orquestaailable del Club Sajonia, en donde un muchacho buenmozo, con un bigote finito y grandes ojos como joyas se le acercaba y la invitaba a bailar, aún sin saber que terminarían por casarse unos meses después en no sabía qué fecha del año 1956.

Aquello fue en fiesta de primavera, como hoy, día de su cumpleaños. Una enfermera le había traído un bizcochuelo con una vela encendida, le cantó el que los cumplas y le hizo unos aplausos cuando sopló la llama. ¿Fue hoy? ¿O fue ayer? ¿O el año pasado? ¿Era el día de la primavera su cumpleaños? ¿Qué gusto si así fuera! Pero ahora no estaba segura. Por eso miraba por la ventana, para ver si entre las ramas de los mangos y las manchas de sol en el suelo, podía encontrar pistas de recuerdos que le aseguraran que sí, que hoy

era su cumpleaños, y con esa certeza poder esbozar de nuevo una sonrisa de contento a la espera de ser llevada al calor de la mesa familiar.

De pronto, algo en el pasillo rascó sus oídos. Un sonido fuerte, alegre. Le pareció oír trompetas fuera de la habitación. La música de lo que parecía una bandita elevaba su volumen a grandes brincos. Algunos aplausos la conminaron a girar la silla de ruedas y enfrentarse a la puerta. Ésta se abrió y entraron las enfermeras del turno de la mañana, globos y cintas en mano, con grandes sonrisas y expresiones de alegría. Leonor también sonrió, contagiada del bullicio que no terminaba de entrar por el rectángulo. Un trompetista reventaba con sus soplidos el techo que casi quería desprenderse y saltar con la música, mientras dos guitarras y sus ejecutantes entonaban:

*Felicidades,
en este día,
que tu destino te brinde siempre felicidades...*

Leonor se sorprendió porque le parecía estar soñando, como otras tantas veces cuando su mente le jugó malas pasadas de este tipo. Pero la visión no desaparecía, sino que se afirmaba con los cánticos de gente que no paraba de entrar en la pieza y se apretujaba a su alrededor.

*¡En tu día dichoso
que los cumplas feliz!*

No cabía en sí de gozo, aplaudía, posaba sus ojos en éste, en aquél, qué gusto que así la agasajaran, gracias, qué gusto. Una señora de edad mediana se desprendió del apilamiento de personas y se le acercó con una gran torta sostenida en ambas manos. Leonor no entendió por qué le pusieron unas velas con forma de 88 encima. ¿Tan vieja era? La joven señora la miraba con una sonrisa y gruesas lágrimas que le rebosaban los ojos y caían pesadas al piso. Se agachó para que Leonor soplara y ella no dudó. Más aplausos y más sonrisas sonaron. La mujer de la torta se acuclilló frente a Leonor y la miró como se mira a un milagro.

—Hola —le dijo.

Leonor no respondió. Miró ese rostro moreno y ancho, el pelo negrísimo hasta los hombros, las manos alzándole a la altura del pecho la torta con su nombre inscripto en azúcar rosado. Y le pareció recordar. Podría recordar. Creyó recordar...

—¿No escuchaste? Te hice una pregunta: ¿Quién es esta muchacha, Ramiro?

Ramiro no respondía porque parecía buscar las palabras adecuadas en el piso. Había vuelto por fin del internado rural en el que estuvo los últimos seis meses, atendiendo enfermos que llovían de todas las compañías y de pueblos aún más apartados. En aquel tiempo, la ruralidad era sinónimo de un infranqueable aislamiento. Él, solo en esa clínica —generoso nombre para un ranchito de una sola pieza y nulo equipamiento—, se había hecho cargo de lesiones urgentes, partos a medianoche y niños con cólera. Y entre tanta responsabilidad, había logrado hacerse admitir por una universidad española con la que se venía cartearando a la par que lo hacía con Alba, su prometida, y sus padres y hermanos. Lo consideraban el orgullo de la familia: el hijo mayor, el más churro, el inteligentísimo sería todo un médico con postgrado en Europa. Ya solo lo esperaban para abrazarlo y felicitarlo en las fiestas de fin de año. Pero vino con una sorpresa.

—Que quién es ella, te pregunté.

Él se acercó, sosteniendo del codo a la mujer que no paraba de llorar en silencio.

—Ella es Marilia, mamá —dijo con la voz quebrada—. Está embarazada.

E innecesariamente agregó:

—De mi hijo.

Dos hilos de agua recorrían las mejillas de la mujer, el rostro le brillaba de sudor y las volutas de humo de las velas recién apagadas le seguían rondando la cabeza. Leonor extendió ambas manos y con el reverso de los índices enjugó las lágrimas de la extraña que mansamente se dejaba acariciar con la torta aún en las manos. Dos hermosas adolescentes, morenas como ella, la escoltaban una a cada lado. Leonor las saludó y ellas respondieron muy quedo, con apenas un movimiento de los labios. En la habitación todavía estaban las enfermeras, los músicos y otras internas. Los globos y las cintas seguían ahí. Pero ahora, nada ni nadie se atrevían a romper ese respetuoso silencio.

Fue el día en que oyó a una de sus hijas llamar «criadita» a la joven, cuando Leonor perdió los estribos.

—¡Criadita serás vos, maleducada! —gritó, la piel sonó y cuatro dedos ro-

jos quedaron marcados en la cara de Susi—. ¡Esta chica es la mamá de mi nieto, y en lo que a mí respecta, es igualita a ustedes! Ella no tiene la culpa de la caída de tu hermano.

Susi y los otros hermanos aprendieron de esta manera a nunca más ningunear a la muchacha campesina que dormía en la misma habitación que ella y su hermana. Marilia casi no hablaba, apocada como era, y parecía que su único gesto de existencia era dejarse crecer el vientre con el transcurrir de las semanas. Allí la había dejado Ramiro, en busca del diploma de una universidad allende el océano. De allá, luego de pocos meses, llegó una carta, breve y decidora: «Me caso. Me quedo a vivir en Madrid. Ramiro». Ni siquiera le dio la oportunidad a su padre de darle una tunda bestial como la que le dio cuando le informó que sería abuelo. En cuanto a Alba, su prometida, ni una palabra. La bebé nació a fines de invierno. Leonor parecía la única contenta de tener una cuna instalada en la casa. Los llantos y el olor a caca hicieron de la vida familiar una molestia para los hermanos, quienes en secreto seguían admirando al mayor, libre del yugo de sus padres, allá tan lejos. Los días se hicieron insufribles y el ambiente se descompuso. Nadie, salvo Leonor, sentía que esa criatura nacida por un momento de lujuria de Ramiro era parte de la familia. No fue necesario hacer nada. Una mañana, Marilia tomó a su hija, la envolvió en trapos y se escapó a su valle. Leonor se desesperó durante unos meses, trató de rastrearla, fue incluso a la clínica en la que su hijo había estado de residente. Nadie sabía nada de una tal Marilia, ni conocía a una chica con esos rasgos. ¿Una hija pequeña? Ni idea. Leonor volvió con los brazos caídos a su casa. Maldijo por lo bajo a sus hijos por la pérdida de su primera nieta. Años después, ese resentimiento de madre e hijos fue tornándose mutuo, las asperezas se acrecentaron cuando llegaron los yernos y las nueras y ni siquiera con el nacimiento de más nietos se disiparon. Para cuando Leonor enviudó, ellos decidieron que ya no era responsabilidad de ninguno. La metieron en un asilo. Total, en un par de años ya no recordaría nada.

—Soy yo, abuela. ¿Te acordás de mí?

—María, María, mi hija, qué linda estás.

María sonrió triste porque no se llamaba María, sino Claudia. Se sintió derrotada una vez más, como todos los días de ese año y como todos los

años en los que buscó desesperadamente a la familia de su padre. «Decime, mamá, quién es mi papá», repitió tantas veces. «Decime, tengo derecho a saber», se atrevió a decir la muchachuela que heredó la inteligencia y los ojos del padre misterioso. Solo cuando su madre estaba desprendiéndose del hábito de la vida en una cama del hospital regional, le dio una pista:

—No te voy a decir quién es tu papá, porque tu papá no valía nada. Buscale a tu abuela. Ella me cuidó cuando todos me abandonaron. Y cuando la encuentres, pedile que me perdone por haberme ido. Pedile eso, mi hija, y yo voy a tener paz en mi tumba.

Y luego de sepultar a su madre en el terrenito que había comprado en el camposanto, Claudia pidió permiso a sus jefes porque tenía que ir a atender a alguien. ¿A quién?, le preguntaron. A una señora muy querida por mí. Dejó a sus dos hijas con su marido y fue a Identificaciones, al Registro Civil, a la empresa de teléfonos, pidiendo señas de la señora cuyo nombre no se le borraría jamás de la mente. Leonor, Leonor, abuela Leonor. En una oficina de servicios sociales le dieron una pista. El nombre no era común. Tal vez si buscara en... Tal vez si fuera hasta... Tal vez si preguntara a... Tal vez.

Allí fue donde Claudia la encontró. No conocía a esa viejita, pero la reconoció al instante. Hasta tenían cierto parecido, si se buscaba, salvo que abuela Leonor era blanca-leche y ella morena, como su madre. La saludó como si la conociera, le contó quién era y le cepilló los cabellos color nube cuando se dio cuenta de que las palabras rebotaban en la memoria de la anciana. En todos esos momentos no dejó de agradecerle, porque fue la única persona amable con una muchacha mil veces maltratada que tuvo como marca perpetua el haberse acostado con el joven médico rural que estuvo de paso. De no haber sido por ella, Claudia quizás no hubiera nacido, o quizás su madre no hubiese tenido unas sábanas limpias y un techo sin goteras para amamantarla. Cuánto bien hizo con ese simple gesto de recibir a quien debía, que por fin su nieta la encontraba, le daba las gracias y le presentaría a sus bisnietas, así de altas ya, muertas de ganas por conocer a la famosa abuela Leonor.

Claudia volvió a su casa y le anunció a su marido que se mudaría un tiempo a Asunción, pues era su deber atender a esa mujer que ya no tenía a nadie. El marido chistó, rezongó, se plagueó, pero al fin tuvo que ceder ante

la inflexible determinación de su mujer. Así que ella alquiló una pieza cerca del asilo, lo visitó a diario y se hizo amiga de las enfermeras. Allí se pasaba las horas junto a Leonor, cortándole las uñas y hablándole siempre como si fuera la primera vez. Muchas veces —quizás, todos los días—, Claudia le contó acerca de su mamá Marilia, quien se escapó, pobrecita, porque habría tenido miedo de sentirse extraña en esa ciudad tan grande. Muchas veces le pidió perdón en nombre de su madre, y todas las veces Leonor le dijo que no se preocupara, que era ella quien debía pedir perdón por no haber buscado hasta el límite del mundo a la nieta perdida a quien pudo ayudar más, pucha que pudo ayudar más, pero que en circunstancias nunca deseadas por nadie se fue a un lugar remoto. Y así, había ocasiones en que ambas derramaban lágrimas por aquella búsqueda de dos mujeres de generaciones totalmente distintas que se habían rastreado como remeros ciegos en medio de un océano, para, al fin, reunirse después de décadas en esa habitación de pintura descascarada y bacines desgastados. Al día siguiente, la conversación empezaba de nuevo con otro tono, más alegre o más nostálgico, o con alguna visita, hijas o marido, y de nuevo Claudia debía empezar a explicar todo a Leonor: quién era, de dónde venía, a quién y por qué tenía que perdonar.

«Veintiuno de septiembre, dice su cédula», le dijeron al cabo de unos meses, cuando Claudia se dio cuenta de que no sabía la fecha del cumpleaños de su abuela. Entonces, al ver la fotocopia del documento de identidad, decidió que cumplir un número capicúa de años era algo que no podía dejar pasar así nada más. Hizo un par de llamadas, convenció al plantel del asilo, entró con la primavera por la puerta acompañada de esa gente y dejó la torta sobre el regazo de Leonor.

—No, abuela. Claudia soy. Estas son mis hijas, abuela.

—Claudia, mi reina querida. ¿Cómo andás?

—Bien, abuela. ¿Te acordás de ellas, verdad?

—Sí, mi hija. ¡Tan bellas estas niñas!

Rieron un rato más, hasta ver que la cara arrugada como pasa mostraba los signos de la fatiga. Te dejamos, que pases bien, le dijeron, pero ya Claudia había hablado con el personal, los músicos y los otros internos.

Salieron todos, comandados por Claudia, quien adrede dejó la torta sin cortar. Leonor cumpliría 88 años seis veces más ese día, con los mismos

cantos, las mismas caras y las mismas músicas. Y más veces si hiciera falta, para que en alguna de esas oportunidades, quizás por ventura o azar, en uno de esos soplos o una de esas lágrimas, pudiera reconocer al fin, a su nieta perdida, ya madre de dos niñas.

El hijo

Eduardo abrió el sobre blanco con letras grises que formaban el logo de un prestigioso laboratorio de Asunción, y esbozó una expresión de asombro que se transformó rápidamente en profunda tristeza. Sus manos temblaban mientras sostenía el papel que contenía el resultado del examen de ADN, en el que se leía claramente: «0,0 % de probabilidad de paternidad». Una gota de sudor frío le recorrió la frente, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Era cierto. La duda que lo había atormentado durante años cesaba ese día. Sentía que el mundo se había paralizado, aunque desde la ventana de su oficina se veía a la gente caminar por las calles y como siempre se escuchaba el tránsito caótico de las seis. Metió el papel nuevamente en el sobre y lo guardó en el bolsillo del saco. Apagó las luces y salió de la oficina. En la penumbra del pasillo, mientras esperaba el ascensor, mil pensamientos pasaron por su cabeza.

A pesar de la desconfianza, hasta ese día, él la seguía amando, pero ¿sería capaz de perdonar algo así de grave? ¿Cómo seguirían sus vidas a partir de entonces?

La ira se apoderó de él cuando la imagen del rostro de su pequeño hijo se le dibujó en la mente. Llegó a su auto y con las manos aun temblorosas prendió un cigarrillo y manejó calle abajo, rumbo a su casa.

Eduardo y Carolina se habían conocido hacía nueve años a través de un sitio web. Ambos se conectaban a la misma hora vespertina para chatear y compartir sus experiencias sobre amores fallidos. La amistad fue creciendo hasta que una noche él tocó la puerta de la casa de ella con una rosa roja. Carolina no se sintió atraída físicamente por él, pero sus buenas intenciones y el hecho de que la respetara y la tratara con cariño despertó en ella un amor

especial.

Un par de años después, decidieron llevar la relación a una etapa más seria: una noche fría de julio se casaron rodeados de unos pocos amigos y familiares, en una capilla modesta del barrio. Ninguno provenía de un origen acomodado. Sus padres pertenecían a la clase media baja. Eduardo estudiaba Derecho de noche y trabajaba como gestor en un estudio jurídico más de diez horas al día, lo que apenas le permitía llegar a tiempo a las clases. Carolina estudiaba Diseño Gráfico y había conseguido un puesto de ayudante en la serigrafía del barrio, a unas cuerdas del departamento que habían alquilado.

A pocos años de casarse, la alegría invadió el matrimonio con la noticia de que pronto serían padres. Matías vino al mundo una tarde cálida de marzo, sin lujos, en el Hospital Público de Barrio Obrero. Los años de trabajo duro dieron fruto: la pareja al cabo de un tiempo fue mejorando sus ingresos. La vida parecía sonreírles.

Ya estaba anocheciendo cuando el auto entró en la cochera. Eduardo atravesó la puerta y fue directo al dormitorio donde se encontraba Carolina. Sacó el sobre que contenía los resultados y se lo lanzó en la cara.

—¡Qué me decís de esto!

Ella leyó el contenido del sobre y abrió los ojos como si estuviera leyendo una sentencia de muerte.

—Esto no tiene sentido —dijo ella.

—¡Cómo que no tiene sentido! ¿Acaso no entendés lo que dice ahí?

Carolina volvió a mirar los números que estaban en el papel.

—¡Pero Matías es tu hijo! ¡Tiene que haber un error! ¿Cuándo te hiciste este examen? ¿Por qué no me contaste?

Desde un primer momento, el hijo no tuvo parecido alguno con ellos. Pero Eduardo nunca se había animado a preguntarle acerca de la posibilidad de que no fuera su hijo, pues en el fondo sabía que ella nunca confesaría algo así.

En el cuarto contiguo, Matías, de cinco años, dormía plácidamente, ajeno a todo lo que ocurría con relación a su identidad.

Eduardo tomó unas mudas de ropa, las guardó en un bolso y salió con la misma prisa con la que había llegado. Y solo transcurrieron un par de días

para que interpusiera una demanda para cuestionar la filiación.

Al recibir la notificación, Carolina se armó de valor y llevó al niño al laboratorio. A ambos les fue extraída una muestra de sangre. Aunque sentía temor de enterarse de la verdad, no podía permitirse a sí misma seguir dudando. Después de todo, estaba segura de que sólo Eduardo podía ser el padre. A la semana llamaron para avisarle que estaban listos los resultados. Fue de inmediato.

Con el sobre en la mano, entró llorando en la oficina de Eduardo. El silencio se apoderó de ambos, cuando ella colocó el papel que contenía el porcentaje, encima del escritorio. Los dos permanecieron impávidos durante largos minutos, sin pronunciar palabra alguna, hasta que Eduardo se incorporó y la rodeó con un abrazo.

Testimonio

Te conseguí trabajo, dijo mi padre un día de verano, y una hora después del desayuno me encontré trabajando en el jardín de don Máximo y doña Olga.

Era un bello jardín con flores muy raras. Había orquídeas de todo tipo y un pasto verde como ningún otro, cuidados por el don con esmero. En ese jardín, por primera vez pude ver a todas las mujeres de la casa juntas, desayunando y en pijamas. La madre y sus dos hijas, hermosas como pocas. Se notaba sobre todo lo carnosas y sensuales que eran. Las miraba embelesado mientras intentaba seguir con mi trabajo, que consistía en rellenar un camino de tierra con piedras de arroyo.

¿Miras algo interesante?, escuché de repente, y yo, abstraído por las mujeres, dije sin pensar: Sí, ¡qué lindos senos tienen Abigail y su hermana! ¡Y quién pensaría que doña Olga guardaba semejantes piernas debajo esa ropa de monja!

Me puse helado al darme cuenta de que don Máximo era quien me había hablado. Volteé la cara y lo vi allí, parado, con un libro en la mano. ¡Putá madre!, lo que me espera, pensé. Pero nada malo pasó. Él solo me miró serio y dijo: ¿Cuántos años tienes?

Yo respondí rápido, como si fuera un interrogatorio: Trece, cumplo catorce el otro mes.

Bien, dijo y me miró fijamente: Ellas son mis hijas y mi mujer, son mi vida. Olga es como este jardín, Dios me la dio, yo la debo cuidar, ¿me entiendes? Ella es linda como esa flor —señaló una rosa muy rara— y su belleza es solo para el deleite de su esposo. No para ser deseada por un impertinente maleducado, como veo que eres. Mis hijas tampoco tienen el fin

de ser observadas con deseo, como objetos. Así que nunca más quiero que vuelvas a referirte de esa manera a ellas, ¡escuchaste! —gritó a la vez que miró hacia la calle.

Luego de un largo silencio, volvió a hablar:

Afuera —señaló la calle— hay muchos hombres con el corazón dañado por el pecado, son como ignorantes que no conocen de flores y no podrían respetar este jardín. Querrían las flores por su belleza y, al buscarlas, las dañarían. Así también pasa con las mujeres: ¡son bellas! Y si tú reaccionas así al verlas, ¡cómo reaccionarán los adultos! Dios me mostró que hizo a Olga para la casa —apuntó con el dedo hacia a ella y sus hijas—, para que sean felices, dando gracias con su decencia, como las ves.

Yo, extrañado por lo que decía y por cómo lo decía, aún con miedo, simplemente le escuchaba y asentía a todo.

Pero no es solo eso, continuó. Para que una mujer sea feliz como este jardín lo es, necesita un buen jardinero. Para lograrlo, yo tengo un buen maestro... —me miró unos segundos... para terminar preguntando—: ¿Sabes quién es?

¡Oh, no! Una lección moral de las peores se me viene encima, pensé; sin embargo, resignado y sin salida, todavía con la sensación de haber hecho algo malo, contesté: La iglesia.

Casi ciertas, pero no. Bueno, ese maestro es Dios. Y poniéndose de pie me entregó un folletín: Léelo y luego hablaremos. Yo, una vez más, asentí por asentir.

Una cosa más, lo último: te pido que no seas maleducado. Con lo que viste, no comiences el chisme pues no quiero que se deleiten tus amigos en pensar lo indebido con mis hijas. Hay algo que se llama testimonio. Con él, nosotros damos muestra de que Dios actúa en nuestras vidas. Es por eso que me privo de muchas cosas, con tal de que nadie tropiece por mi culpa. Muestra de que estamos en lo correcto es que somos lo que decimos. Por eso mi Olga evita mostrarse sensual para otros hombres. De nuestro testimonio depende la casa y el respeto, sobre todo el que me tienen mis hijas. Es como ser un buen jardinero, ¿me comprendes?, preguntó y se contestó él mismo al rato: ¡Muestra un buen trabajo que dé testimonio de ti! Eso hace que la gente te respete y que el jardín florezca.

Antes de que se fuera, no me aguanté las ganas de responderle con algo que no entendía: Pero don Máximo, ¿entonces por qué la gente se burla de usted? Cuando se volvió y me miró de costado, susurré apresurado: Perdón. ¿Qué dicen? Vamos, habla sin miedo.

Dicen que es un bobo, que está loco, que es un santurrón, que no satisface a su mujer. Dicen por allí..., agregué al final y callé mirando el suelo.

Seguro también dicen eso que hace poco me enteré, que corre en boca de todos: que mi amigo, el que siempre viene, el que siempre me saluda, a Olga y a mis hijas... ¡Qué asco!, gritó haciendo una mueca de asqueado. Está bien, callaré. Son tan perversas estas personas. ¡Son mentiras! El mundo que odió a mi maestro, a mí también me odia.

Doña Olga, vestida con una bata de cuerpo completo, vino con una jarra de limonada: Para los jardineros que seguro tienen sed. Agachándose, la colocó sobre la pequeña mesa de jardín, dejándose ver —por la abertura frontal de la bata— los redondos senos y con una mirada pícara que nunca había imaginado de ella. El testimonio, dijo una vez más don Máximo. Recuérdalo. Bebimos el jugo y él se despidió. Luego, cuando concluí el trabajo, regresé a casa.

A partir de ese día dejamos de verlo en las calles. Solo un mes después lo vimos de nuevo: don Máximo fue a la ferretería a comprar una pala nueva. Parecía alterado. Regresó a su residencia casi corriendo. Era viernes. Mi padre, que disfrutaba del descanso con una cerveza, recostado contra la muralla de la casa, lo saludó con el ánimo de entablar una conversación. Pero el señor simplemente dijo: Estoy apurado, y siguió de largo.

Desde esa vez solo lo veíamos ir y venir del trabajo. Ya no venía a casa. Ni iba los domingos a la iglesia, lo que por sí solo era demasiado extraño.

Mi padre intentó conversar con él varias veces y don Máximo lo recibía en la vereda. Una vez le dijo a papá que su amada Olga y las chicas habían ido a la casa de una tía en el interior del país, porque ellas necesitaban aire de campo. El jardín estaba descuidado y a él se lo veía taciturno y quieto. No parecía conmovido con la noticia de la desaparición de su amigo, uno de los líderes de la iglesia, ese moreno amable que hablaba como si hubiese sido centroamericano aunque supiéramos que era de por acá, el mismo que pasaba mucho tiempo en la casa de don Máximo.

Tiempo después, cuando la policía fue a apresar a don Máximo, el barrio quedó conmocionado, a pesar de que en las últimas semanas habían aumentado los rumores sobre su locura. La prensa estaba allí, en busca la manera de captar las palabras del don, acribillándolo con preguntas sobre los cuatro cadáveres hallados en el jardín. Él, sin embargo, permanecía inmutable. Parecía que nunca hablaría, que había perdido la noción de la realidad. Pero al final, con mi padre y algunos vecinos frente a él, en medio de micrófonos y cámaras, habló como siempre lo había hecho:

Miren, señores: ¿qué sentiría un jardinero al ver que la alegría de la flor más bella no se debe a sus cuidados? ¿Qué sentiría al ver que esos cuidados que no son los suyos, son la alegría también de las florecillas? ¿Qué más haría un jardinero al notar que la belleza del jardín no se debía a él? El jardín ya no es suyo, no lo debe cuidar más. Esa situación daba un mal testimonio de mí. Y ustedes saben que el testimonio es lo más importante de la vida.

El último disparo

Siempre se menciona a la noche como una excelente compañera, sea para el estudio, la contemplación, la meditación, la lectura, etc. A esas horas un pretencioso iniciado en el oficio de escritor se propone la faena de narrar la historia bélica jamás escrita. Se acomoda para dicha labor... hilar ideas, plasmarlas. Pero no tiene ninguna que le entusiasme... Intenta inspirarse con algún que otro video juego como *Call of duty* o *Commandos 3: Destino Berlin*. Y nada.

Es la hora de los noticieros de medianoche que desbordan sangre. Enciende el televisor y ve qué hay de nuevo: aumento de asaltos y asesinatos en la capital, sobre todo en unos barrios residenciales, entre los que se encuentra el suyo. Se plantea el contexto de los hechos para sostener una historia, pero los relatos narrados en las noticias son infames, deleznable.

Entonces decide ver unas películas muy conocidas: *Full Metal Jacket*, nacido para matar... *Apocalypse Now*. Delira con la escena en la que los helicópteros bombardean con napalm y ráfagas de M16 los territorios del Viet Cong mientras suena *Cabalgata de las valquirias* de Wagner. Luego se toma un descanso, pernocta durante lo que queda de esa madrugada.

Noche siguiente: *The Deer Hunter*. Y ya de madrugada, con la luna en su cenit como testigo, se queda mirando *Enemy at the Gates*. Cuando ve en una escena que Vasili va disparando a sus objetivos, en espera de la batalla final con el mayor König, siente el efecto aguardado: ¡es un bombardeo de ideas e imágenes!

Se levanta del sofá, deja encendido el televisor con el sonido alto y va a los apurones al estudio, donde lo aguarda el amplio escritorio, el cómodo sillón y la biblioteca elegantemente alumbrada con el aspecto de un ambien-

te rústico. En vez de acomodarse ahí, recoge un cuaderno negro y un lápiz de la gaveta, va al balcón, su lugar predilecto, y se sienta en un sillón con respaldo. Disfruta de ese ambiente más natural y fresco, que solo se vive durante la noche.

Está concentrado. Solo piensa en escribir... hasta que escucha repetidas explosiones. Los ruidos suenan detrás de su casa. Le asustan. Duda de su sanidad mental, pero rápidamente recuerda que es la noche del festejo del patrono de la ciudad.

Por fin, arranca con los primeros párrafos. Las ideas y las imágenes le llegan como un tsunami imposible de controlar. Escribe y escribe, sin detenerse siquiera para corregir los errores marcados en rojo. Solo un nuevo disparo lo deja en pausa... Recuerda la última escena de *Enemy at the Gates*, en la que se escucha la percusión del fusil de cerrojo Mosin Nagant M-1891/30 de Vasili contra el mayor König, cuando éste finalmente cae muerto.

En ese ambiente, los relatos son tan realistas que siente una especie de sudor espeso que cae por la oreja y el cuello... y lo va empapando de a poco. Hace un movimiento mecánico: se acomoda el flequillo y, al intentar seguir escribiendo, ve manchas rojas en el papel. Observa mejor: su mano está bañada en sangre. Se palpa la cabeza con la mano derecha y de vuelta ve la palma de la mano ensangrentada. Y lo último que alcanza a percibir es el cuaderno salpicado de rojo y en el rostro el frío de las losas del balcón.

La sombra de la duda

La luz del monitor empezaba a fatigarme los ojos. El reloj avanzó con pereza las dos horas de espera para que Kitty se conectase. Horas valiosas que podría haber invertido en jugar *Skyrim*. La única compañía en la silenciosa noche fue la del gato, pero hasta él se aburríó y desapareció sigilosamente por la ventana que da al patio. Actualicé el navegador con insistencia, como si de esa manera pudiese lograr que Kitty estuviera del otro lado. No era la primera vez que me dejaba plantada, pero como fueron pocas las oportunidades que había pedido a alguien que habláramos, estaba molesta. Desde que estoy de novia con Edgar y ella juega *Fallout*, es difícil coincidir en horarios. Incluso intenté que saliéramos entre todos, pero ellos no se toleraban. Sobre todo Edgar no soportaba Kitty. Y me lo hacía saber con comentarios feos sobre ella cuando yo la mencionaba.

Di un vistazo a los servidores en los que Kitty solía entrar para corroborar que no estaba jugando. Sin éxito, pasé a *stalkearle* en las redes sociales pero tampoco hallé evidencia de su paradero. Bostezaba. Entonces decidí entretenerme en Clasipar, antes de que el sueño me ganara. Minutos después, el nombre de Kitty por fin se iluminó en el monitor.

—¿Dónde mierda estabas? —le escribí.

—Chia... Me quedé dormida, *sorry* Y_Y —dijo ella.

—¿Sí? O te colgaste con tus otros amigos...

—Qué pesada... Vos nio sos re cuelgue también y desde que tenés chongo ni bola.

Mentira. No soy tan colgada. Le escribí todos los días. Últimamente era difícil hablar con Kitty. Pero no quise pelear, y conversamos sobre su día y le comenté qué hice en su ausencia.

—Siempre estás por clasipar vos. ¿Qué lo que tanto querés comprarte?

—Me aburrí esperándote nomás —sonreí al recordar mis hazañas—. Ok. Te voy a contar la verdad: de ahí consigo *mails*. ¿Viste esos que publican anuncios? Bueno, yo entro a sus correos a veces. La gente es reboluda y ponen contraseñas muy fáciles.

—¿Y qué encontrás de denso? ¿Les cambiás la contraseña para que se jodan?

—Boludeces. Mamás que escriben desde España... mierdas así. Por curiosa nomás entro, no les arruino la vida tampoco. Si un día me descubren, cambian de contraseña, y solo yo voy a joderme. *Please* no comentés a nadie que éste es mi súper poder. Bueno... eso, y darte cátedra en *Call of Duty*. Jajaja...

—↪ Vos entrás en el equipo contrario exclusivamente para hacerme *bulling*. En vez de vengar mi muerte o qué. Mala amiga.

—Para que te eduques. Eu, ¿te acordás que te conté la otra vez que mi papá tiene una amante, y lo del aborto de mi hermana? Bueno... entré a sus correos también, por eso supe.

—Sí. Qué denso. Esperá... ¿Vos podés entrar a mi correo? ¿O quitar plata del cajero?

—¡Qué pucha, Kitty! Ves demasiadas películas de Hollywood. No soy tan talentosa. Y no entro a tu correo por respeto.

Cansada de contar tantas cosas mías, sentí que mi cabeza estaba a punto de explotar. Cambié de tema. Nos pusimos al día con los virales de internet. Le compartí a Kitty el video de una famosa actriz porno que había leído un relato erótico para un proyecto audiovisual, pero ella ni siquiera conocía a la intérprete en cuestión.

—No le voy a conocer porque no apoyo luego, ni veo. Es nio remachista.

—Yo tampoco veo más por eso. Además le utilizan a la mujer, los niños, los animales —suspiré al recordar de qué quería hablar con Kitty—. Me desespera que Edgar esté pensando en otra mina cuando se hace la paja. Todo se reduce al sexo y esas cosas...

—Chia... ¿Y ese comentario?

—Emmm... Él nunca por ahí tiene ganas de garchar y creo que es porque no le soy atractiva.

—Mmm... no seas boba, seguro no quiere que pienses que está por eso nomás contigo. ¿Eso nomás es el problema?

—Bueno... De eso te quería hablar. Los noviazgos no son como pensé... Así como en los libros y eso.

—¿Qué tipo de libros? Decime que no es por *50 sombras de Grey*...

—LOL. Tipo a Mr. Darcy me refería o a las obras de Shakespeare...

—¡Ahhh! Bueno... no son perfectas las relaciones, tienen sus altibajos, siempre. Tranqui.

—Sinceramente esperaba más... Pasa que Edgar tampoco me cuenta todo de su pasado...

—¿Para qué querés saber todo loo? *Japiro*, por algo está contigo ahora. Al pedo vas a sufrir ahí con su pasado.

Pensé en seguir el consejo de Kitty, pero fue inútil. Las dudas me atacaron como un virus, corrompiendo mi sistema. Y antes de que pudiese contarle más cosas, me dejó hablando sola, lo que me irritó todavía más. Pero estaba tan desanimada que ni ganas tuve de repetir el ritual de *stalkeo*. Cuando regresó, se excusó diciendo que fue a comprar puchos. Obviamente, no le creí.

—¡Kóre! Justo te decía que tengo el presentimiento de que algo me oculta.

—Vos siempre loo tuviste un sentido arácnido para la mentira.

—Sentido arácnido las pelotas, un lazo de la verdad lo que quiero. Mirá: hasta su chat de Facebook borra. Y si no tiene nada que ocultar, ¿por qué se supone que borra...?

—No sé... capaz nio no quiere nomás que quemes bulbo con cosas del pasado.

—Ya que me hablás de tus porquerías de cómic... talvez Abi es su Gwen Stacy.

—¡Ni empedo!... Pasado pisado, sabés loo. Él te re quiere, así como sos.

—No sé si me quiere como soy, porque le quiso mucho a Abi y ella es relinda luego.

—Sí, pero vos sos más linda y *cool*.

—↪ Mentirosa. No vale tu opinión. Me vas a decir cualquier batata por ser mi amiga.

—Pero no es una mentira. Vos lo que decís estupideces y no te das cuenta

lo que valés.

—Yo no soy linda y tampoco *cool* como tus amigos que salen a bailar...

—Jajaja, cualquier lado te vas, no tiene nada que ver eso. Vos nio sos re *cool*. Y re linda, no te voy a repetir más eso porque ya parece que te estoy especulando. Encima este *cover* es re tu situación boluda, tenés que escuchar, es genial.

Kitty me compartió un *cover* de *Shadow of a doubt* hecho por Black Tape for a Blue Girl, segura de que yo no conocería la canción ni la banda, ni muchos menos la versión original de Sonic Youth. Pero la sorprendí al reconocerlo y casi no lo creyó, hasta el punto de que me ofendí.

—¿Cómo pio no voy a conocer esta versión? Ves... Ves cómo me subestimás.

—Ni ahí... me pareció buena onda que conozcas, o sea... fue una grata sorpresa, ponele.

—Y sí... porque me subestimás pasa eso... Por eso te sorprende. No soy una ignorante, ¿sabés? Decime bien nomás ya que me subestimaste y punto.

—Chia... No es eso. Yo no quería ofenderte, no te rayes.

—Me da rabia cuando me subestiman nomás y cuando me mienten y más si es para que me sienta mejor. ¿Entendés? Por algo luego dijo Edgar que no puedo confiar en vos.

—¿Hee? ¿Él te dijo eso? Boluda, qué manipulador de mierda ese tipo...

—No es un manipulador. Se preocupa nomás por mí y quiere que yo esté bien.

—Y yo también quiero eso para vos. ¿No te das pio cuenta?

—No. La verdad no parece.

—*Nde rakóre*, Camila... Hace dos segundos estabas re desconfiando de él.

—¡Y de vos también ahora!

Empujé la última sentencia en el teclado, furiosa. Me acerqué a la ventana para tomar aire y contemplar la luna, decepcionada de que todos me ocultasen cosas. Hamlet decidió finalmente volver a mi cuarto, como si percibiese mi desdicha y se acarició entre mis piernas hasta que lo subí a mi regazo, pensando que era el único en quien podía confiar. No le presté suficiente atención antes a esa canción. Yo también necesitaba quitarme la sombra de duda. Resolví que la única manera de hacerlo era entrando en los

correos de ambos. De otra manera, no iba a conseguir dormir.

Empecé con el de Kitty, pues su contraseña era más predecible. Solo pensé en rebuscarme en su historial del chat, pero no resistí hurgar entre los extractos de sus tarjetas. Siempre me dio curiosidad saber en qué tiraba tanto su plata. Por lo que vi, este mes se había calmado. Solo encontré una suscripción a Netflix y la compra de una remera de *Skyrim*, que me pareció re *poser* porque ni siquiera lo juega. Luego busqué mi nombre en el chat que tuvo con su mejor amigo. Entre los resultados se iluminó un diálogo: «Que pena no vivís más en Paraguay, re bien te iba a caer mi mejor amiga Camila, es la tipa más genial por ahí». Bueno... eso casi me ablandó pero tenía que continuar... Entonces, descubrí un chat con Edgar:

«¿Qué le puedo regalar a Cami por su cumple?» Hombres... no pueden ser detallistas. «No sé, yo le compré una remera de *Skyrim*. Podés regalarle *Persépolis*, hace rato que quiere leer». ¡Kóre! Cagué mi sorpresa. Aunque... me conmovió la elección del regalo.

Arrepentida, cerré el correo de inmediato, con la culpa encima por mi visión empañada sobre Kitty y probablemente también sobre Edgar. Me sentí una paranoica y juré que dejaría de entrar a los correos por mi propio bien. Y simplemente para cerrar el ciclo, me despedí de mi vida de *stalker* entrando en el correo de Edgar por última vez.

Hurgué entre sus compras por internet y no encontré un recibo de mi cómic de *Persépolis*. Miré los correos con sus exnovias o compañeras y no había nada raro. Al menos me era fiel, hasta el momento. Por último, revisé sus correos archivados y encontré una carpeta con fotos... Abrí la carpeta, decidida, y cuando miré su contenido...

Hubiese preferido que fueran fotos de una exnovia. Las fotos que encontré eran peores. Tanto retrocedí del asiento que eché todo lo que había en el escritorio. Asusté al pobre Hamlet, que con los pelos de punta huyó despavorido por la ventana. Edgar no me era infiel pero tenía una colección de pornografía infantil. Me llevé las manos al rostro, deseando que fuese un sueño, un correo *spam* que se había quedado archivado o algo así. Miré de nuevo la pantalla del monitor, incrédula, intentando convencerme de que debía ser un error. Volví a distinguir a los mismos niños. Esa vez corrí hasta la ventana... Me sostuve ahí hasta quedarme sin contenido, mareada.

Abracé mis rodillas en la cama y permanecí en esa posición durante horas, intentando borrar las imágenes de mi cabeza. Edgar me daba asco y también me asustaba. Quería gritarle, escupirle, denunciarle a algún lugar. Pero eso no solucionaría lo decepcionada que me sentía y francamente solo haría que me sintiese más idiota. Necesitaba hablar con Kitty, aunque ni siquiera sabía cómo saludarle luego de la pelea absurda. Busqué en el teléfono su última conexión, que ya era de horas atrás. La esperé frente al monitor varios minutos hasta que por fin apareció en línea. Quizás esa vez sí estuvo jugando o conversando con sus amigos o tal vez solo fue a comprar cigarrillos. Eso ya no me importaba.

—¿Estás? —le escribí.

—Estoy —respondió casi de inmediato.

—Disculpame... —escribí y lo borré, eso sonaba muy patético—. Fui una tont... —volví a borrar; tampoco le podía decir eso—. ¿Te acordás de esa peli de mierda de Sandra Bullock en la que hace de *hacker*? —Al menos con eso se reiría, pero terminé borrándolo también—. Tengo una buena noticia y una ma —borré, nada me convencía.

—Boluda: hace media hora estás escribiendo algo. ¿Qué onda pio?

—La verdad es que... —borré por última vez y tomé aire—: *Sorry*. Mi gato se subió al teclado. Te iba a decir que entres al servidor de *Call of Duty* nomás, si podés... porque yo entré ahora... así jugamos juntas, pero en el mismo equipo esta vez...

Bruma

Eduardo Zayas trata de sostener sus recuerdos. No sabe por qué ni cómo ha llegado aquí esta noche. Se ve a sí mismo envuelto en una marea de luces rojas que le tiñen de vino la piel.

Carmela Leguizamón agita su perfecto martini rosa. Tiene pintados los labios de oscuro, su boca parece una orquídea púrpura que florece y abre paso a los olores de su cuerpo perfumado. Con cuidado, intenta disimular que es imposible no sudar en el calor asunceno.

Ella agita su abanico de encaje belga negro, muy útil durante las noches calurosas. Lo compró la vez que fue a presentar un conjunto de pinturas suyas a Bruselas, con auspicio de la Embajada paraguaya. Se queja de que la gente de Asunción haya abandonado la costumbre de usar las pantallas de la época de sus abuelos.

Él está pensando en la forma de conseguir la cantidad de dinero que necesita para postularse a un segundo periodo. Carmela sonríe encantadoramente:

—Usted tiene que volver a presentarse, senador. Tiene todo lo que se necesita para los tiempos que corren.

Las risotadas del encargado cultural de México se distinguen en el círculo de al lado. Carmela lo mira.

—Ese hombre me prometió un espacio en la Feria de Guadalajara. Supongo que quiere que le presente a mi padre... Usted también necesita mi ayuda, ¿verdad, senador?

Hizo una pausa.

—Pero para que papá colabore hace falta terminar con el asunto en San Pedro, el de las tierras que le quieren quitar para un grupo de campesinos...

A papá le molesta mucho lo que están haciendo en el Congreso.

El hombre asintió. Ella le sonrió con la mirada mientras bebía...

—Bien, bien —continuó la mujer—. Nosotros, los artistas, somos los líderes de las revoluciones que están por venir; ustedes de la que ya ha llegado. Es preciso que actúen con la vehemencia necesaria cuando la sociedad pide a gritos que alguien lo haga.

Eduardo Zayas lentamente empieza a tomar conciencia de las paredes a su alrededor. Se encuentra en una pieza humilde. El suelo ni siquiera tiene un material que lo cubra. Carmela, las luces rojas y la risa del encargado cultural han desaparecido. Cae en la cuenta de que las tierras del señor Leguizamón están cerca de ahí. Las había observado cuando vio quemarse al sol en la tarde. Entonces el chofer se detuvo repentinamente y todo se volvió confuso.

La puerta se abre despacio: las narices grandes y chatas, los ojos pequeños, la piel elefantoide tostada por el sol, los sacos de carne y piel colgante envueltos en ropa ya muy gastada. Todo lo que son esos hombres y esas mujeres hacen que el senador se estremezca. Pero poco le serviría temblar en esta noche sin penas ni luna.

Un hombre se agacha para recoger un puño de tierra roja. Lentamente le abre la boca y la va llenando... Siente el sabor de la rabia. *Na'ápe la nde yvy, he'ú*. Se horroriza. Murmuran en guaraní. No entiende muy bien la lengua, pero la había estudiado para dar discursos en épocas de campaña.

Noirikó preparado koarâ. Ehenói katu chupe ou hagua. Koa omonda ñande yvy. La gente decide que es necesario llamar a Camilo Moreno alias Sapukái, quien había sido agente policial en la época del gobierno de Stroessner. Él, acabada la dictadura, cuando los tiempos exigieron actitudes más democráticas en las prácticas de la Policía Nacional, apestado y abandonado a su suerte terminó uniéndose a un grupo de campesinos de la zona. Su especialidad era la rama del guayabo.

La carne rompe la norma de sus formas con facilidad. La pulpa escarlata se abre y durante un momento él tiene la idea de que la ve brillar. Se pregunta si lo terminarán devorando las hormigas o lo dejarán colgado desangrándose como una lagartija muerta. Delira... ¿O ya ha estado delirando desde hace un tiempo? Quizá todo esto es una pesadilla. Quizá todavía se encuen-

tra en la Embajada mexicana viendo cómo Carmela Leguizamón agita su abanico negro, como queriendo espantar el calor interminable de Asunción. Una cosa es segura: antes de que la bruma lo envuelva por completo, Eduardo Zayas comprende una máxima arrancada de las entrañas de la historia: los vencidos serán vengados.

La última cena

Don Carlos da un beso en la frente a su hijo y sale de la casa, esta vez caminando. Extiende el paraguas y cruza un pequeño raudal. Con ritmo pesado, el sonido de sus pisadas reverbera en la calle vacía. Sube a un taxi. De sus labios resecos se escucha la dirección de un restaurante. El reloj del auto marca las 20:40. Solo se escucha el limpiaparabrisas y el chirrido de la correa mojada del vehículo. El taxista bosteza por tercera vez y enciende la radio. La voz cargada de adrenalina de un periodista acusa de irresponsable a un burócrata de turno: «Era tu tarea resguardar la seguridad del presidente de la República». El burócrata procuraba defenderse, en vano. El taxista baja el volumen de la radio.

—Parece que ningún presidente va a poder terminar su gobierno —comenta mirando al pasajero a través del retrovisor.

Don Carlos ignora el comentario del taxista. No aparta su mirada fijada en las calles vacías de Asunción. Cuando llegan a destino le pasa un billete de cincuenta mil guaraníes y abandona el auto sin esperar el cambio.

En el restaurante pide *whisky* y espera a Cándido. Recuerda una vez más las palabras del *pa'i* de su iglesia: «A veces, Carlos, para que el bien florezca, hay que eliminar al mal.» Una frase que no se lee jamás en ningún texto bíblico, sino en las líneas de una película policial norteamericana.

Cándido llega, con el cabello negro y enrulado empapado por la lluvia. Extiende la mano fría a don Carlos y, luego de mirar a los costados, se acomoda en el asiento de enfrente.

—*Mba'éichapa* Cándido.

—Tranquilo —responde con una serenidad impostada.

—¿Qué querés tomar? —pregunta Carlos y llama al mozo con un gesto de la mano.

—Agua nomás.

—Traé agua para mi amigo y para mí otra raya de *whisky*.

Cándido permanece en silencio y con la mirada al piso. En el salón se escucha el leve rumor de los comensales y el sonido de sus cubiertos.

—¿Qué pio te pasa, *che ra'a*?

—Nada, no entiendo nomás bien para qué tenemos que venir acá.

Don Carlos da otro sorbo a su *whisky*.

—Acá venimos para hablar de negocios. ¿No te acordás lo que hablamos? Hoy supuestamente estuvimos trabajando juntos toda la tarde y noche programando la cosecha, ¿verdad, Cándido?

—Heee, sí ya me acuerdo —dice, suspirando y reclinándose en su asiento.

—Además, tenemos que celebrar. ¿Qué tal pio ese nuestro asunto, se murió, *omanoite* pio? —pregunta en voz baja y acercándose a la mesa.

Cándido asiente.

—¡Te felicito, chamigo! —susurra con emoción don Carlos—. Este mundo necesita más gente como vos: ¡patriotas! Ahora ya no le va faltar nada a tu señora y a Junior, por un buen rato al menos.

El mozo acerca el *whisky* y el vaso de agua, que Cándido vacía rápidamente.

—A mí traeme sopa de calabaza, y a mi amigo esa sopa especial de la otra vez.

—Yo no tengo tanta hambre, don Carlos.

—Por eso, sopita nomás. Tenés que comer algo. Te invito. Comés todo y te vas. Y nos vemos mañana a la noche, así te doy lo que acordamos. Ah, no le contaste nada a nadie más sobre este trabajo ni sobre mí, ¿verdad?

—No, don Carlos.

—Bien, Cándido, muy bien —dice mientras el mozo baja los platos—. Comés todo y te vas.

Cándido asiente.

Amanece cuando el ómnibus embarrado proveniente de Asunción llega a la Terminal de San Pedro. Los pasajeros abren las cortinas y ordenan sus cosas. Entonces, el agudo grito de una monja sacude la cabina. A metros de ella yace el cuerpo de un joven de cabello negro y enrulado, totalmente pálido y con los ojos perdidos en el vacío.

Rutina

Al peluquero del barrio le dio un fulminante ataque al corazón el domingo pasado. Entonces volvimos a recordar con los amigos el día que reventó nuestra pelota.

Fue en diciembre, durante las vacaciones que saben a mangos maduros, sandías frías y jugo de melón. Los chicos y yo estábamos ansiosos de jugar a la pelota en el baldío pegado a la peluquería. Nos faltaba un jugador. Yo era la más pequeña, y por supuesto que me quedaba en el arco. Mientras los demás discutían qué jugador entraría en el segundo tiempo, vi que Julio, uno de los hijos del peluquero, estaba escondido entre el camuflaje de las tacuarillas, con los ojos bien abiertos. Asustado al ser descubierto, trató de huir, pero yo corrí para impedirselo.

—¿Querés jugar con nosotros? —le dije acercándome un poco al tejido.

Sus ojos se abrieron aún más. En seguida, bajó la mirada a media asta y, resignado, dijo:

—No puedo salir. Es hora de la siesta de mi papá. Se va a enojar si juego a esta hora. Tengo mucho trabajo que hacer.

—¡Dale, vení con nosotros! Total, tu papá se enoja siempre...

Lo alentamos y al rato aceptó. Entre todos levantamos un poco el tejido para que pudiera entrar. Era inverosímil ver jugar a uno de los hijos del peluquero. Con un par de piedra, papel y tijera se decidió qué equipo empezaría el partido. Nada más emocionante para decidir el destino de uno.

Antonio, uno de los chicos de la cuadra, se sentía con muchas ganas ese día: hacía jueguitos con los pies que me confundían. No sabía cuándo patearía. Gambetas aquí, zancadillas allá. Yo, con inútiles saltitos, trataba de adivinar dónde embocaría. Hasta que él chutó con todas sus fuerzas y todos

miramos boquiabierto la trayectoria de la endiablada pelota. Inútilmente salté tratando de desviarla. Mis cortos brazos no servían para tal hazaña. La pelota rompió la ventana lateral de la casa del peluquero, justito donde él dormitaba la siesta. Nos quedamos petrificados, todos con miradas acusadoras hacia Antonio. Él debía buscar la pelota en el peor lugar del barrio.

Antes de ver lo que sucedería, algunos se fueron corriendo a sus casas. Yo me quedé a una distancia prudencial para poder observar el destino del amigo. Y Julio, veloz, entró en su casa, agarró la escoba y se puso a barrer. Lo primero que vimos del peluquero fue su enorme sombra de redondez absurda. Se movía lento por la puerta trasera. Tenía una tijera que brillaba, filosa. Recogió la pelota. Y sin dudar: ¡ploz!

—¡Para que aprendas, *mitái churí!*

El pequeño Antoñito quedó aturdido y, en un desesperado movimiento, palpó su barriga. Se sintió aliviado de no ser la pelota. Tragó saliva, giró sobre sus talones, tomó sus zapatillas, se las puso en las manos como guantes, y corrió lo más rápido que pudo. El hombre se reía con todo su cuerpo.

Julio sintió tanto como Antonio que la pelota, ese símbolo de libertad que siempre miraba desde su casa, fuera destruida. Solo ese día se vio a uno de los hijos del peluquero jugando a la pelota. Tenían cosas más importantes que hacer: lavar los platos, arreglar el dormitorio, barrer la casa y el patio. Cuando uno acababa su tarea, otro ocupaba su puesto. Se pasaban los días así: intercambiando y repitiendo todo hasta la noche, cuando apagaban las luces y se iban a dormir.

Nadie más se interesó por esa familia.

Nosotros volvimos a jugar en el baldío. Siguió todo como casi siempre. La única diferencia fue la red entre la peluquería y la canchita que colocamos con los amigos para que la pelota no volviera a terminar con un tijerazo.

Siete años más tarde, nos enteramos del ataque cardíaco del peluquero. Uno de sus pocos amigos, por no decir el único amigo, llegó de Ciudad del Este para despedirlo. Grande fue su sorpresa al encontrar a toda la familia encerrada y con las luces apagadas a las ocho y media de la noche. Durante ese domingo pensamos que las cosas cambiarían en esa casa, pero la rutina seguía igual. Las mismas afiladas tijeras brillaban sobre la mesa de la peluquería, donde yacía solitario el cadáver.

El artista

Mi familia se hizo muy amiga de Juan Torfs, el artista, desde que él emigró de Bruselas y se asentó aquí. Vivía en una amplia casa de estilo colonial, propiedad de mi padre, en medio de bastidores, herramientas de carpintería, dos o tres mesadas de quita y pon —como lo llamaba él— y todos los enseres de pintor: pomos de óleos, latas de aceite de lino, incontables pinceles de todas las medidas, además de libros y algunos muebles antiguos.

La relación entre mi padre y el señor Torfs era sobre todo de médico y paciente, pues el artista belga padecía un grave cuadro de tuberculosis. Por la amistad, mi padre no le cobraba nada del tratamiento, pero el pintor se lo recompensaba con algún que otro retrato de los miembros de nuestra familia y con la enseñanza que me brindaba (a los nueve años había entrado en calidad de aprendiz en su taller).

Las cosas cambiaron cuando el obispo visitó a mi padre una tarde. Se encerraron en el estudio y discutieron durante largas horas. Desde entonces nadie volvió a hablar mucho del señor Torfs. Y luego mi hermanita y yo dejamos de asistir a la misa de los domingos.

El pintor belga ya era muy viejo cuando se instaló aquí. No le gustaba hablar de su vida. Se rumoreaba que había asesinado a toda su familia, en un sacrificio ofrecido a Satanás a cambio del talento de pintor. A la gente le encantaba inventar ese tipo de historias acerca de los extranjeros anómalos y ermitaños. Su forma de vida encerraba un gran misterio para la curiosidad y el morbo del coloquio popular. Esa y otras descabelladas hipótesis se sostenían en los cables amarillistas provenientes de Europa añadidos a los noticieros de las estaciones de radio, en el bloque de «noticias internaciona-

les», fiel a la política propagandista del gobierno de magnificar las noticias negativas del extranjero, sobrevalorando así la supuesta paz y tranquilidad que se vivía en el país.

La señorita Ana, profesora de piano de mi hermana menor, me había contado que durante su estadía en Alemania, donde realizó su maestría en música, había asistido a una muestra del señor Torfs en la ciudad de Viena. Según ella, había sido un artista exitoso en Bélgica, conocido en varias ciudades europeas importantes. Por eso, desde su llegada y hasta su muerte, no le había costado mucho esfuerzo mantenerse en la cúspide de las artes plásticas.

Apenas terminé el colegio, me mandaron a estudiar fuera del país, con una beca tan estricta que ni siquiera pude, por más esfuerzo que hiciera, regresar al funeral de mi padre.

Ahora tengo 29 años. Ocupo el lugar que dejó mi padre en el consultorio privado que montó cuando se jubiló en el hospital. Al igual que él, me especialicé en problemas respiratorios y mi pasión por el arte la canalicé a través del vicioso oficio de coleccionista, tomando la posta que me había entregado él.

Con tanto trabajo encima, me doy una escapadita de cuando en cuando para recorrer las galerías de arte. En una de esas visitas, encuentro algo increíble: un Torfs firmado con fecha actual. Dudo un instante. Lo contemplo detenidamente. Sin dudas, es un original... ¿con la fecha modificada? Él poseía el dominio que ningún otro pintor, al menos de por aquí, ha alcanzado en el campo de la figura humana. Se había especializado en desnudo artístico, femenino y masculino. Había pintado todo lo que fuera humano y estuviera desnudo: niños, ancianos, adolescentes, sobre todo hermosas mujeres. De inmediato me pongo a investigar sobre el autor. Si dicen algo de él, solo se trata de comentarios anecdóticos, por lo que se me dificulta mucho dar con su paradero.

Desgraciadamente, con mi familia ya es imposible contar, ni siquiera con la señorita Ana, pues están completamente convencidas de que la muerte repentina de mi padre fue una consecuencia directa de haber protegido al hombre que había hecho un pacto con el diablo. Se han convertido en devotas fanáticas, arrastradas por la promesa del obispo de que es la única

forma de redimir las culpas de mi padre, de librar su alma de una maldición eterna.

Aún así, persisto en encontrar a alguien que pueda darme una pista sobre el pintor. Voy a varias galerías de arte y charlo con los dueños, citando y enalteciendo a los autores vivos y fallecidos de mi vasta pinacoteca —cuya mitad heredé—. Incluso debo hacer una que otra adquisición, todo para que dejar bien en claro mi pasión artística. Debo ganar algo de confianza para recibir algún dato certero. Hasta que lo logro.

Imagino a Torfs trabajando en medio de un armonioso desorden mientras conduzco en dirección al departamento del marchante de arte que me hablará de él. «En el caos se encuentra el orden», me decía cuando de niño miraba con asombro el desastre en su taller. Lo veo más ermitaño que nunca, porque entre todos los disparates que se dicen de él es que no se muestra en público. Que no recibe a nadie. Que si no es por medio de su marchante, no tiene otra forma de comunicarse con el exterior. De pronto, me asalta una idea fatua, contaminada por la absurda creencia de mi madre y mi hermana, y lo veo con la misma fortaleza de antes, con el rostro sin envejecer, pintando como si el tiempo no existiera para él. Alienado con esta locura, pienso que sigue así porque definitivamente hizo un pacto diabólico. Quizá, como Dorian Gray, gracias a un autorretrato que envejece en vez de él. No concibo otra explicación, pues debe tener más de noventa años, y las últimas obras que vi son geniales.

Antes de ir a buscarlo en el mismo lugar de siempre, visito a su marchante de arte, con el ingenuo propósito de persuadirlo. Para mi lamento, es insobornable: ni siquiera la oferta de quedarse con los primeros cuadros que pintó Torfs en este país logra que me diga algo sobre su taller o paradero. Es más, aclara que sólo me recibe porque pensó que adquiriría una pieza de arte del pintor. La galería que me envía lo ha decepcionado, dice, y me echa de su casa.

A Torfs lo mitificaron al punto de volverlo una leyenda viva. Escucho de todo acerca de él: que trabaja sólo de noche porque la luz del sol le hace daño; que mantiene relaciones sexuales con mujeres jóvenes, a quienes primero pinta desnudas; que esa práctica lo rejuvenece... Son cosas tan descabelladas como cuando recién llegó al país, cuando lo acusaban de ser un

comunista que comía niños. Pero el chisme más insólito incluye a mi padre: dicen que el doctor que lo curó de la tuberculosis le hizo un trasplante de corazón y que el órgano vital fue arrancado de una bella joven aún con vida, y que por eso el obispo lo excomulgó.

Estoy tan metido en esto que no pararé hasta encontrar al artista, sin importar lo que digan de él. Quien me da los datos agrega que posiblemente nunca se movió de la «cucha en la que se metió desde que llegó». Recuerdo la casa, vendida durante mi estadía fuera del país. Es el único sitio donde podría estar. Todos saben que mi padre, al morir, se salvó de la persecución y el exilio por proteger a un comunista. Llego a la casa y veo, desde fuera, que nada ha cambiado; incluso se parece más a como era cuando íbamos los domingos y mi padre se ponía a pintar, sin mostrar nunca sus obras. Mi madre decía que ese comportamiento era digno de un artista frustrado. Hasta que llegó el belga y se afincó allí.

Salto la pequeña cerca de madera y camino despacio. Me acerco y veo un halo de luz a la altura del suelo, a un costado de la casa. Proviene del sótano. Froto el vidrio del tragaluz, que tiene tierra endurecida por las salpicaduras de la lluvia. De rodillas no puedo ver con claridad. Entonces me acuesto en el suelo y observo. Al principio, me cuesta comprender, pero al fin suspiro y sonrío aliviado, me tomo la cabeza y vuelvo a echar un vistazo. Los rumores no son del todo falsos, pues precisamente se encuentra en plena faena en su taller abarrotado de objetos, en el que apenas hay espacio para el caballete y la butaca, aunque —eso sí— todo está muy bien iluminado. Con una copa de vino en la mano, pinta azaroso a una bella mujer desnuda sentada al piano.

Quedo atónito al reconocerlo. Sin moverme, cuando puedo volver a pensar con claridad, entiendo que sólo alguien con el talento de mi padre pudo haber resucitado a Torfs. Sacrificó al médico para ocupar el lugar del artista.

Juego de niños

Como todos los lunes de tarde, estaba sentada en el mismo banco del parque de su barrio, vestida como era propio ver a una niña de padres muy conservadores, con un vestido infantil de pequeñas flores color turquesa y blanco. Tenía los pies finos y unas delicadas sandalias blancas. En las manos, guantes blancos que llegaban hasta su muñeca y se prendían a los costados con unos botones. Su cabello de rojo aterciopelado le llegaba hasta la mandíbula. Un sombrerillo primaveral con una tierna cinta de raso color turquesa adornaba su cabeza.

En el parque también estaba un niño, nada llamativo, pero misterioso como ella. La chiquilla lo contemplaba con sus grandes ojos verdes. Ella estaba tan perdida en él que cualquiera que la mirara sentiría envidia del crío. Algunos probablemente se preguntaban cuáles eran sus pensamientos, por la manera en que lo miraba.

Ella continuaba mirando a su secreto amor cuando él hizo un gesto pensativo. La niña sintió un cosquilleo y, sin darse cuenta, entreabrió los labios, dejándose ver con una mirada pícaro. Lo que estaba imaginando se volvió más fuerte: corrían los dos juntos a través de un campo hasta llegar a una suerte de casa mohosa abandonada. La casa tenía las ventanas tapadas con viejas maderas y la puerta estaba descuidadamente abierta. Alrededor no había nada más que un campo abierto. El sol del atardecer no se ocultaba ni con montañas, ni con árboles, ni con otras casas. Atacados por la curiosidad se apresuraron en entrar al interior. Fingieron jugar a las escondidas mientras inspeccionaban la pocilga. En un momento de descuido la niña chocó contra su imaginario compañero de juegos. Y él cayó sobre ella. Los rostros quedaron sonrojados, mirándose a los ojos gracias a una luz naranja que se

filtraba por la mirilla de la ventana.

La niña hizo una pausa a sus imágenes mentales y esbozó una sonrisa con raras intenciones... Después volvió a perderse en sus pensamientos: ahí estaban él y ella, el uno sobre la otra. En un acto brusco, invirtió la situación. Ella lo tenía bajo su poder. Acercó lentamente su rostro al de él, sin cerrar los ojos, respirando suavemente. Quedó a un centímetro de sus labios. Las palpitaciones se aceleraron. El momento de tensión se hizo infinito para el inexperto. Para ella era solo un juego de niños.

Pasó de largo sus labios y llegó a sus oídos. «Te voy a enseñar un juego», le susurró. Él tragó saliva con dificultad y una gota de sudor rodó desde su frente hasta el final de la oreja, internándose en su cabello. Ella volvió a su posición inicial, quedándose más cerca de sus labios. Cerró los ojos y, con la punta de su lengua, los lamió delicadamente. Él sintió que en cualquier momento moriría de un fallo cardíaco.

Tuvo una erección, lo que le avergonzó terriblemente. Ella lo sintió y sus labios dibujaron una sonrisa. Bajó una mano lenta y suavemente a través del torso de él hasta llegar a la zona erecta y, por fin, besando sus labios, la metió lentamente entre el pantalón y la piel y lo acarició, unas veces suave y lentamente, otras con más fuerza.

Lo estaba besando con una pasión propia de las mujeres maduras, metiéndole la lengua todo lo que era posible. Le mordía los labios, le daba suaves besos de mariposa. Con la mano libre tomó la inmadura mano de él y la puso entre sus piernas. Ella se movía con suavidad, tal como lo había aprendido en la televisión. Entre gemidos y respiraciones fuertes, los minutos de éxtasis terminaron. Los dos estaban mojados, también de sudor.

Tirados en el piso, entre la suciedad y el polvo de la pocilga, mirándose frente a frente, ella le dijo: Este es el juego favorito de un amigo. Al principio, no me gustaba nada... pero él dice que no hacemos nada malo. Todos los días a las cinco de la tarde más o menos empezamos a jugar.

Sonrió sombríamente con un rastro de tristeza.

Y de repente algo le alejó de la historia en la que estaba metida y la devolvió a la realidad. Creía haber escuchado su nombre. Miró el reloj: cinco de la tarde. Escuchó la voz de su padre, llamándole por tercera vez:

—¡Simonie! ¡Ya llegué, te espero en casa para jugar!

Los libros dedicados

Miserable!, es mi primera reacción. ¡Cómo alguien puede vender un libro que se le dedicó! Podría comprenderlo si el autor estuviese muerto y el libro no valiese la pena o fuese viejo... Alberto, el amigo que me cuenta la historia, no se exalta de la misma manera; solo se indigna, quizá porque aún es muy joven. Entre las muchas cosas denigrantes que se sufre como escritor, ésta ha de ser la peor, si aún estás vivo. Imagina todo el esfuerzo que haces para escribir y publicar, sin contar con la buena voluntad de dedicarlo a quien te parece que lo merece, para que el libro termine en esa mezcla de vertedero y planta de reciclaje en la que solo recobran vida los libros de autores clásicos o reconocidos. No es tanto así —dice Alberto—: yo, por ejemplo, compré este libro. Sí, claro, ¡porque Aarón fue tu maestro!, replico, y ambos quedamos en silencio, temiendo un futuro similar para nuestras obras.

A pesar de que debo dedicarme a varias tareas, no puedo pensar en otra cosa. Es más, le encuentro variantes. ¿Qué sucedería si fueras a una librería de usados y vieras en oferta tu propio libro? ¿Pensarías en la persona a quien se lo dedicaste? ¿Sería peor tu reacción si la conocieras, si fuera tu amiga? ¿Y qué harías con el libro: lo comprarías, robarías, dejarías en el mismo lugar o esconderías lo mejor que pudieras, sabiendo que en esos negocios solo los clientes reacomodan los volúmenes? Comprar lo sería la mejor opción, si la gente de la librería no te conociera, ignorancia con la que no puedo contar. ¿Robarlo? No, no... Alberto no pudo soltarme esa historia en un peor momento: a unos meses de la presentación de mi primer libro. La paranoia no es una respuesta normal en mí, pero como pospuse mucho tiempo esta publicación, no logro librarme de la ansiedad que mantiene ocupada mi cabeza

con cualquier ridículo.

Tras el encuentro con Alberto, paso frente a una de las librerías de usados y, como siempre, termino husmeando entre sus estantes. Recuerdo la historia del libro dedicado y me pongo a buscar títulos de autores paraguayos vivos. Encuentro uno del mismo poeta. Lo abro y leo la dedicatoria: *A María, por el sabor de tu virginidad perenne en mi lengua*. Hojeo unas páginas para ver si los poemas tienen alguna relación erótica con semejantes palabras, apenas inteligibles y acompañadas de la firma extravagante de Aarón. Tiene unos versos eróticos; ninguno así de explícito. ¿Y la dedicatoria del poemario comprado por Alberto? ¿La dijo? No... Y ni siquiera se me ocurrió preguntarle... Marco su número al instante. ¿A quién? *A Augusto, amigo, compañero, con un fuerte abrazo*. ¿Solo eso? Sí. Ah..., digo decepcionado y le agradezco al despedirme. Luego pregunto a don Jorge, el librero, si tiene más libros de Aarón. En un par de minutos trae dos copias. Leo las dedicatorias: *A Ana, exsocio de sueños, con estima*. *A Cristina, excompañera de tareas, con aprecio*. Muchos de los libros que llegan aquí están autografiados, pero solo en algunos los autores se esmeraron a la hora de dedicárselo a alguien, cuenta don Jorge. Así parece. Tengo unos compradores raros que a veces vienen en busca de esas dedicatorias eróticas. ¿Sí? Seguramente piensan que van a tener más valor cuando el escritor muera. Es probable. No lo creo; acá no importa si estás vivo o muerto; los buenos libros nunca tienen el valor que merecen... Entonces, quizá para animarlo un poco, compro los libros del poeta y le pido que me guarde los que reciba, sin importar que estén dedicados o no. Acepta mi pedido con una sonrisa tanto por la alegría de la venta asegurada como por la complicidad... al verme releer la dedicatoria del primer libro hallado esa tarde.

Repito la compra y el pedido en las demás librerías de usados. El gasto, a pesar de hacerme con varios ejemplares a la vez, es mínimo, algo así como pagar por un *best seller* de la industria internacional. A los libreros no les llama la atención mi extravagancia —no hay otra forma de llamarla—. Es más, en ausencia de otros clientes, se toman el tiempo de explicarme que los libros paraguayos, sobre todo los de poemas, casi siempre son vendidos a escritores, jóvenes autores o investigadores extranjeros, porque vos sabés —dice don Héctor, uno de ellos— que la ley de la oferta y la demanda

en donde menos sentido tiene es en el mundo de los libros, de los buenos libros, pues quienes hacen funcionar la demanda son también quienes se encargan de la oferta. Tiene razón: fue, es y será así. Pero en el mundillo de los poemarios es peor, ya que los nuevos poetas ni siquiera leen poemas. ¿No? A veces pienso que no leen ni los diarios, que solo garabatean una cosa debajo de otra y cuando se cansan o no se les ocurre ninguna cursilería más, ninguna oquedad más, lo publican afirmando que es un poema... Y uno, como lector de poesía, pierde su tiempo en busca de un poquitito de belleza, de alguna síntesis humana en versos honestos, no pretenciosos ni mucho menos torpes, de los que sobran. Una de las razones preponderantes de ir a una librería de usados es conversar con sus dueños, en la mayoría de los casos señores de edad vueltos libreros más por amor a la lectura que por ánimo de lucro. ¡Con sueños de lucro!, me aclararían todos si leyeran esto. Al culminar su cátedra de economía librera, viéndome con el debo retirarme en los ojos, don Héctor ubica una de sus manos en mi hombro y me habla como si se confesara: Entiendo lo que hacés. Yo también me solidarizo con estos escritores comprando algunas de sus obras, de las que llegan aquí, más aún si se trata de los poemas de Aarón, que en verdad valen la pena.

No es la primera vez que escucho eso. Betania, una amiga, lo dijo cuando se enteró de mi llamativa colección. En ese momento, yo no tenía una explicación clara. Y ella no es de aceptar las cosas porque sí; debe comprender las razones, bucear en las profundidades en busca de los porqués de cada acción humana. ¿Te da pena? No... supongo que no. ¿Apreciás al poeta? Tiene poemas interesantes, algunos de innegable belleza. ¿Apreciás al tipo como persona? Lo respeto, más porque es generoso con los jóvenes, al compartir con ellos lo que sabe. No respondas como un político, un careta que no tiene nada en la cabeza. ¿Y qué supuestamente debo contestar? Cualquier cosa, menos esta mierda que se repite para quedar bien con la moralina de la gente. Betania no es de perder el tiempo para descender e iluminarte en la oscuridad. ¿Te solidarizás con el viejo porque pensás que podría pasarte lo mismo? ¿Que mis libros terminarán en las librerías de usados? ¡Claro!, de eso estamos hablando. Eh... ¿Te parece que se trata de eso o no? Y... sí, es posible que tema un final similar... Una cosa es saberlo; otra, decírselo a alguien. Si la instigadora no lo hubiera mencionado, no lo hubiera dicho.

Lo bueno es que con esa respuesta, ella quedó satisfecha y dejó de bucearme.

En tres meses, solo voy una vez a todas las librerías de usados, por dos razones: mi presupuesto de libros superó el límite y ningún librero se comunica conmigo para ponerme al tanto de alguna novedad bibliográfica de Aarón. Acumulo casi tres docenas de sus poemarios, de seis títulos distintos publicados en la última década. Solo en uno leo una dedicatoria intrigante: *A Magdalena, por las cabalgatas maratonianas labradoras de mi verdadero yo*. Su letra es igual de inteligible y su firma igual de extravagante. ¿Qué tienen de especial esos libros? ¿Por qué el resto carece de ingenio? ¿A quiénes representan María y Magdalena? ¿A una jovencita y una prostituta que recibieron los libros como obsequio y después los vendieron como si no valieran nada? Si fuera simplemente así, no valdría la pena tanto cuestionamiento. Incluso con esa posibilidad no logro ocultar las tremendas ganas de comprender la historia de esas dedicatorias. Y para dejar de dar vueltas al asunto, no se me ocurre una mejor idea que pedir a Alberto el favor de que invite a su exmaestro a la presentación de mi libro.

Llega temprano al acto. Casi no le presto atención porque no puedo controlar mi ansiedad. Temo que algo salga mal. Alberto me cuenta que lo vio saludar a otros invitados, comprar un ejemplar e irse a tomar asiento en una las primeras filas. La presentación solo sufre un leve retraso, con la excusa de aguardar que más gente llegue al auditorio. De las cuestiones casi ceremoniales, aburridas para la mayoría, pasamos al aguardado banquete. En cuanto tengo un poco de tiempo —en este país, un escritor solo goza de fama durante la presentación de su libro— me acerco y lo saludo. Iniciamos una conversación en torno a mi labor literaria. Sus elogios moderados, en ningún instante exagerados, me permiten tener el coraje para invitarlo a degustar un buen vino, después de que esto acabe, con otros amigos, en mi casa. Con mucho gusto, acepta. Y yo sonrío. No puedo evitar la sonrisa. Sé que el vino es el modo más humano de bucear en las profundidades de los demás.

Con el vino en las copas y Aarón explayándose sobre la poética del cine de Tornatore —alguien le contó que es mi cineasta preferido—, yo me cuestiono cómo sacaré a flote el tema que me interesa. Aprovecho un momento de silencio: A mi parecer, una de las formas de reconocer rápidamente

a un buen escritor es leyendo sus dedicatorias. ¿Sí?, Aarón presta atención. Sí, porque es espontáneo, no puede decir a la persona que aguarda el libro: Permítame dedicárselo otro día. ¿No te parece? De esa manera reconocés a un escritor talentoso de dedicatorias, no de obras que exigen tiempo, a veces muchos meses, incluso años. Nadie podría escribir una gran novela de una vez. ¡Maldita sea!, éste sabe esquivar los temas. Además, pensamos lo mismo sobre la escritura. De acuerdo... En realidad, mencioné eso porque encontré unos libros tuyos con dedicatorias muy llamativas..., suelto ya sin otra cosa en la cabeza, y Aarón se queda en silencio, con la copa en la mano quieta. Los demás, Alberto y Betania, me miran de reojo sin emitir sonido. De seguro aguardan que diga o haga algo al respecto, pero no se me ocurre nada. No recuerdo haber vivido una situación similar... Y cuando por fin sé qué decir, lo vemos sonreír durante un rato y reír luego, reír a carcajadas, reír hasta el punto de que el vino se le desborda de la copa. Si su silencio había vuelto incómodo el momento anterior, no imaginan cómo estamos ahora. Al calmarse un poco, dice: ¡Yo sabía que esto pasaría! ¡Yo sabía...! Uno piensa que en este país jamás de los jamases podría llamar la atención de nadie algo así, pero yo sabía que esto pasaría... Si bien todos queremos saber de qué carajo habla, solo Betania se atreve a preguntarle: ¡Y qué mierda está pasando! Aarón toma aire, se acomoda en el sillón, deja la copa sobre la mesa, se limpia la mano y la boca con una servilleta de papel, se sirve más vino y con una sonrisa imborrable en la cara nos pone al tanto de su felicidad:

Ustedes saben que en el Paraguay apenas se venden libros. Ni hablemos de los poemarios. Yo publico casi un libro por año, sobre todo porque estoy viejo y no sé hacer nada más que escribir poemas. Soy un completo inútil para las cosas útiles de la vida. El año pasado, cuando vi que estaba acumulando muchos de mis libros, tuve una idea que desde su concepción me tuvo contento. Decidí dedicar todas esas copias a cualquier nombre, con tal de que los amigos librerías las compraran, pensando que de esa manera tendrían un mayor valor. Por supuesto, yo no iba a vender mis propios libros. Les pedía ese favor a unos sobrinos. Después se me ocurrió escribir unas dedicatorias especiales, imaginando que a algún comprador le llamaría la atención y trataría de entender qué historia había detrás... ¿Me entienden? ¡Buscaba que la literatura se volviera literalmente parte de la vida!, que algo

tan breve como una dedicatoria lograra que un lector quisiera saber más...

Si bien su explicación mantiene al resto muy atento, yo sé que las burlas no tardarán en formar una parte importante del encuentro. Son tantas que el propio Aarón se une a mis amigos y agrega que Albertito —así lo llama— siempre estuvo al tanto de todo, que caí en un plan urdido por ambos. Las risas se vuelven olas que ahogan mi voz. Alberto lo niega pero no puede dejar de reír. Y yo aguanto como puedo, sonriendo, bebiendo, justificándome, contando que otras personas, ¡incluso unos librereros!, compraron esos libros solidarizándose con él... Toda empresa humana provoca daños colaterales, responde Aarón, sin que las risas mermen. Y cuando no tengo más defensa, solo puedo repetir que la idea es buenísima: En verdad, me encantaría hacer lo mismo... Sí, sí, claro, dicen los demás, ojalá algún día alguien colecciona tus libros dedicados... Ojalá, murmuro, y me uno a la risa colectiva.

Aarón me escucha, hace un esfuerzo por respirar más pausadamente y aclara que el vino es el causante de esas carcajadas incesantes. Yo, ahora con total franqueza, debo darte las gracias por cumplirme este sueño... pues es un sueño, valga el lugar común, que las palabras de uno no mueran en el papel, que cobren vida en la vida los lectores... Este comentario calma las olas estruendosas y el encuentro retoma el tono de tertulia sin burlas hacia el ingenuo anfitrión.

Todo escritor recuerda el día de la presentación de su primer libro. Yo, como saben, no podría olvidarlo ni aunque sufriera de la enfermedad del alemán, no por la obiedad, sino por esa sencilla y maravillosa idea de que la literatura forme parte de la vida, de que algunos lectores se intriguen con las dedicatorias... Desde entonces, cada vez que viajo a otro país llevo copias de mi libro y, por supuesto, de todos los malditos poemarios de Aarón para intercambiarlos en las librerías de usados por otros... que también están dedicados.

AUTORES

ZUNILDA ACOSTA FERNÁNDEZ

Asunción, 1974. Licenciada en Ciencias Contables y Auditoría. Administradora de proyectos sociales. Estudiante de Cinematografía. Futura directora y guionista de cine. Participante del TES 2015.

Arturo David Aguilera

Asunción, 1986. Abogado y notario. Docente universitario. Aspirante a escritor a tiempo completo. Participante del TES 2015.

Adan Amarilla

Asunción, 1982. Docente y capacitador. Participante del TES 2014, año de su producción más sostenida (no es casualidad) en la que figura un premio de micuentos Roa Bastos y la publicación de un cuento en la antología *Pelota jára, cuentos de fútbol*, de la Revista Y.

Hernán Aquino Mareco

San Lorenzo, Paraguay, 1991. Licenciado en Administración, apostador del aura y del transfinito, bicho silente por convicción. Om Shanti. Participante del TES 2015.

Alicia Aranda

Asunción, 1982. En 2005 culminó la carrera de Ciencias de la Comunicación. Mención de honor en el 3º concurso de cuentos cortos de la Academia Literaria César Alonso de las Heras. Participante del TES 2014.

César Barreto

Asunción, 1989. Diseñador gráfico, artista. Participante del TES virtual. Autor de los poemarios *Ecos de mente* (2013) y *Vitahamors* (2014). Colaborador de la Revista Y como ilustrador y diseñador, y de El Guajhú como escritor.

Inés Bazzano

Asunción, 1982. Psicóloga en papeles, psicoanalista en la práctica. Participante del TES 2015.

María Luz Benítez

General Delgado, Paraguay, 1985. Licenciada en Sociología. Participante del TES 2014 y 2015. Tester de las posibilidades de la literatura erótica universal. Sí funciona.

José Biancotti

Asunción, 1992. Periodista. Amante de la literatura, el cine y la música. Participante del TES 2014 y 2015.

Patricia Cabañas Giménez

Asunción, 1986. Estudiante de Administración. Participante del TES 2015. Ganadora de dos primeros premios consecutivos en la categoría de poesía en unos concursos literarios colegiales.

Lilian Córdoba Villanueva

Asunción, 1981. Adepta de la ficción (le exige demasiado la realidad). Culminó la carrera de Filosofía. Amante de los gatos y tímida expositora de sus escritos. Participante del TES 2014 y 2015.

Rubén Cuevas

Asunción, 1993. Técnico en Ciencias Geográficas y estudiante de la carrera de Ingeniería Civil. Participante del TES desde 2013.

Erasmo Martín Fonseca

Asunción, 1982. Poeta inédito. Participante ocasional del TES 2013 y 2015. *Debut, Lo desconocido y La adúltera y el poeta* son sus primeros cuentos publicados.

José Galeano Sosa

Asunción, 1979. Ingeniero en Marketing y Publicidad. Aficionado y fascinado por diversas artes y oficios, ciclista, *geek*, viajero del espacio y el tiempo. Participante del TES 2015.

María Rosa Gil

Mercedes, Uruguay, 1956. Paraguaya por decreto. Licenciada en Psicología (#UNAnotecalles). Eterna estudiante, lectora compulsiva, participante y administradora adjunta de la merienda del TES 2014 y 2015.

Pamela González Cañete

Asunción, 1990. Abogada, música en general, bajista en particular. Participante del TES 2015.

Oscar González Villalba

San Lorenzo, Paraguay, 1991. Egresado de la carrera de Relaciones Internacionales. Participante del TES 2014 y 2015. Zurdo que usa la derecha para escribir.

Eliana González Ugarte

Asunción, 1988. Participante del TES 2015. Cuando era chica le dijeron que podía ser cualquier cosa y hasta ahora no sabe qué quiere ser.

Esteban Hermosa

Guajaivi, Paraguay, 1983. Poeta campesino bilingüe aún inédito. Pintor y restaurador del patrimonio histórico. Participante del TES 2013.

Giovanni Lobatti

Asunción, 1994. Estudiante de Ciencias de la Comunicación. Más aficionado al cine que a la literatura. Participante del TES 2014 y 2015.

Ricardo Loup

Asunción, 1986. Abogado. Primer Premio del Concurso de Cuentos del Club Centenario 2015 y del Concurso Grupo General de Seguros 2014, entre otros premios y menciones en concursos literarios nacionales y publicaciones en antologías locales de cuentos. Participante del TES 2015.

Adriana Marecos Gamarra

Asunción, 1980. Abogada, máster en protección de derechos humanos. Autora de la obra *Tortura y muerte. Caso Schaefer Prono. Primera respuesta de la justicia a causas violatorias por terrorismo de Estado*, publicada en el marco del Bicentenario (2011). Participante del TES 2015.

Juan Monges Pacce

Asunción, 1986. Estudiante de Medicina y Sociología... durante un breve tiempo. Participante del TES 2015.

Fernando Pereira

Asunción, 1982. Abogado. Letrado en tiempo de crisis. Genes de revolucionario. Participante del TES 2014 y 2015. Quiere despertar a la mayoría que se siente minoría.

Alexandra Pose

Asunción, 1988. Diseñadora web y bajista frustrada. Tercer premio en el concurso de cuento corto del CCR Cabildo 2014. Participante del TES 2015.

Jazmín Sánchez

Asunción, 1989. Cursó la carrera de Ciencias Políticas. Participante del TES 2013 y 2014.

Giuliano Sardi

Asunción, 1990. Criado en San Lorenzo. Nómada. Estudiante de Ciencias Políticas (con tendencias anarquistas). Exconductor de radio y televisión. Fundador de la productora Circa. Cineasta en potencia. Participante del TES 2015.

Tania Sosa Caniza

San Lorenzo. Paraguay. 1990. Eterna estudiante de la carrera de Comunicación. El único aporte a la literatura que le enorgullece hasta el momento es ser «la chica que vende los libros» de la revista Y. Participante del TES 2014 y 2015.

Juan de Dios Valdez

San Juan Bautista, Paraguay, 1986. Pintor y caricaturista. Ganador de los concursos Premio Juvenil de Pintura CCPA y Amigos de Arte (2006) y Premio XXII Salón Primavera del Ateneo Paraguayo (2008), entre otros premios. Participante del TES 2014.

Paulina Velázquez

Durban, Sudáfrica, 1992. Adoptada por el Paraguay desde los 2 años. Amante del marketing y la publicidad. Lectora de clásicos literarios y escritidora ocasional. Participante del TES 2014.

Sebastian Ocampos

Asunción, 1984. Escritor, editor, corrector de textos. Director del Taller de Escritura Semiomnisciente (TES), la Editorial Y y la RevistaY.com. Mención en el Premio Academia Paraguaya de la Lengua Española 2015, con su primer libro, *Espontaneidad*, que contiene cuentos premiados, traducidos y publicados en antologías, revistas y periódicos nacionales e internacionales.

**Compuesto con la familia tipográfica
Crimson de Sebastian Kosch.**

Esta edición de mil ejemplares se terminó de imprimir
en febrero de 2016 en los talleres gráficos de AGR,
de Asunción, Paraguay.

El Taller de Escritura Semiomnisciente (TES) nace brevemente en 2011, renace en 2013 y se fortalece en los siguientes años. En él participan jóvenes y adultos paraguayos y extranjeros animados por el deseo de compartir experiencias y de enfrentar entre colegas los problemas de la creación literaria que en la soledad no han logrado resolver.

El resultado del aprendizaje colectivo es *Eclosión, antología de cuentos*, primera publicación de la mayoría de los treinta narradores. Los lectores reconocerán rápidamente que las historias y la forma de narrarlas varían de autor a autor; que cada uno se ha desentrañado a sí mismo y a su entorno desde diferentes apreciaciones y cuestionamientos; y que la diversidad lingüística del castellano actual está representada.

«*Eclosión* es una extraordinaria antología de cuentos de jóvenes escritores publicada en el Paraguay, en la que se observan los primeros brotes de la creatividad, y en la que se confirma la continuidad del amor por la literatura.»

Rogelio Vallejo, crítico de arte



Editorial